

CATULLE MENDÈS
(1841-1909)



**LOS SALONES DE
CRISTAL**

Título Original: *Les boudoirs de verre.*

Edición original: Paul Ollendorff editeur. París. 1887

© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra, 2009. En exclusividad para
<http://www.iesxunqueira1.com/mendes>

Echando una mirada a la frágil transparencia de los Salones de Cristal, pienso:

«¡El poeta no atentará contra el pudor sagrado de las vírgenes! Reirá con las muchachas locas que ofrecen al recién llegado, – dependientas de sus labios, – la rosa o el clavel del beso; escuchará y repetirá las bonitas y culpables chácharas de Jo y Lo con su amiga Zo, flirteará en el salón japonés, mientras los maridos están en el círculo, con las mundanas curiosas de pecado, buscadoras de lo desconocido, ávidas de imposibles, que plantean preguntas de las que ellas son vivas respuestas; ¡pero huirá de las bellas vírgenes!, aun cuando pudiese conquistar sobre sus bocas, con la delicia incomparable de la primera confesión, la posibilidad de todos los triunfos y de todas las grandezas; porque no es goce, ni victoria, ni poder lo que vale la pena ser obtenido por un pudor de menos. Una vez, Aboul-Kaçem-Mansour, cuando acababa de componer un poema sobre los rosales gigantes de Thous, vio aparecerse ante él un genio coronado de oro y pedrerías que le dijo: «¡Si quieres, todas las riquezas de este mundo serán tuyas, Ferduçi! y reinarás sobre todas las naciones de la tierra. –¡Lo quiero!– Ve pues a un claro del bosque vecino: fue allí donde descansó el rey Salomón una tarde de verano, y fue allí donde pasó su milagroso anillo, – como se pone una sortija en un dedo – por el tallo verde de una flor de lis cuya flor todavía estaba cautiva en su estrecha envoltura. Ve, toma el anillo, a fin de que todos los cetros, con todos los tesoros, te pertenezcan solo a ti.» Aboul-Kaçem-Mansour fue al claro y vio el tallo, vio el anillo, y en efecto el tallo estaba en el anillo como un dedo verde, muy largo, en una sortija. Pero el poeta no se apoderó del prodigioso talismán en donde reside la realización de todos los sueños; pues, desde los tiempos en los que el rey Salomón descansó una tarde de verano en el bosque, la flor se había abierto, ampliamente, fuera de su estrecha envoltura, y Ferduçi no habría podido sacar el anillo sin dañar un poco la bonita flor de lis virginal. »

JO Y LO

– ¡Cómo, pequeña Jo! – dijo Lo, – ¿llevas calcetines?

Jo y Lo, diminutivos cariñosos de dos nombres desconocidos, tal vez Joséphine y Lodoïska, son incuestionablemente dos personas casadas, no menos que Cornelia, hija de Mételus Escipión y esposa de Pompeo. Pero es probable que tengan sobre los deberes conyugales unas ideas que no eran las de la augusta romana. La aritmética más complaciente establecería difícilmente que el sueldo del marido de Jo, y el del marido de Lo, bastasen para pagar los vestidos de Jo, tres mil francos de uno en otro, y el coche de Lo, mil doscientos francos al mes. Hace mucho tiempo que ambas han debido arrojar el vestido de novia a las ortigas; y esas desabridas del matrimonio llevan, según todas las apariencias, una vida de Polichinelinas.

–Claro que sí, pequeña Lo, – dijo Jo, – llevo calcetines. Es una moda veraniega completamente encantadora. No quiero criticar las medias de color, tan peripuestas, divertidas y locas, – aunque esta alegría, como ves, que divierte la mirada, tal vez impida proporcionar a la pierna toda la atención que ésta merece, – ni a las medias de seda blanca que dan a la redondez de la carne la lisa esbeltez de una pantorrilla de estatua. Pero el calcetín, a cuadros rosas y negros, o color crudo, muy poco alto, es adorable. Por lo inesperado que es, tiene algo de endiablado. La media es alegre o elegante, pero el calcetín es picarón. Y cuando subes a un coche, con un saltito ligero, y el viento hace diabluras con la falda, debe ser un espectáculo atractivo el que aparezca y se desvanezca un fino resplandor de piel rosa entre el baturrillo de los encajes.

–Sí,–dijo Lo.– Reconozco que el calcetín puede tener en esta ocasión su encanto y su utilidad. Pero piensa en una cosa, pequeña Jo. No es siempre el viento quién juega con las faldas y hay circunstancias en las que no podríamos prohibir a amigos muy íntimos imitar su familiaridad.

–¿Y bien? – dijo Jo.

–Y bien – dijo Lo – ¿imaginas la sorpresa, y tal vez el espanto de un enamorado arrodillado que en lugar de las medias acostumbradas, encantadoras, tan femeninas, viese bruscamente unos calcetines masculinos? Sería motivo, pequeña Jo, para que huyese.

–Tienes razón, – dijo Jo, inquieta.

Pero habiendo reflexionado:

–¡Se puede solucionar ese inconveniente!

–¿Y de que modo? – dijo Lo.

–Escucha bien, – dijo Jo. – Lo que hay demasiado masculino, para tu gusto, o demasiado viril en la nueva moda, nada impide compensarlo mediante la renuncia a un traje más masculino aún; y los días en los que me pongo los calcetines, esos días, pequeña Lo, ¡no me pongo pantalones!

LA CASETA ENCANTADA

–¡Eh! señor, – dijo la señora de Cléguerec con un movimiento para alejarse de la mesa, – ¿cree usted que esta tonta historia interesará a nuestros amigos? Precisamente acaban de anunciarme que el café está servido bajo el cenador del jardín. Le aseguro que el viento del mar haciendo mover las flores y las ramas hace un ruido cien veces más hermoso que escuchar todos sus cuentos a los postres.

Aunque el señor de Cléguerec era de ordinario el mejor y el más obediente de los maridos, en esta ocasión no cedió a la voluntad de su esposa; el excelente hombre tenía especial interés en hacer escuchar su historia.

–La aventura es extraordinaria – dijo – y verán ustedes como asombrará a todo el mundo del mismo modo que me asombró a mí.

Luego, dirigiéndose hacia sus invitados:

–De entrada hay que explicar...

Iba a proseguir cuando el vizconde de Argèles, torpemente, golpeó con el codo el vaso de su vecina, derramando todo su contenido sobre el mantel en pequeñas transparencias luminosas; pero el señor de Cléguerec no se dejó distraer por ese incidente sin importancia.

– Debo explicaros – continuó – que todos los días, de cuatro a cinco, duermo mi siesta en una habitación bastante fresca en el tercer piso del chalet; durante ese tiempo, el vizconde de Argelès, que es nuestro invitado hace un mes, se va al acantilado a recoger florecillas y hierbas de las que es un entendido, y la señora de Cléguerec toma su baño en el mar que en marea alta trae la espuma hasta la arena de nuestra jardín. De este modo, cada uno realiza sus deseos y todo el mundo está contento. Pero ayer, no sé lo que me pasaba, me fue completamente imposible dormir. Me asomé a la ventana. ¡Era un día muy caluroso! ni un soplido de aire bajo el cielo sin nubes; en alta mar se veían la velas inútiles de los barcos que no se movían en absoluto. Inclinéme intenté ver a la señora de Cléguerec en las olas, cerca de la orilla. Nadie. Pensé que todavía no había tenido tiempo de desnudarse; debía estar en la caseta, en el extremo del jardín, muy cerca del agua. Tal vez hayáis visto esa especie de garita, algunas planchas pintadas de gris sobre cuatro patas hundidas en la arena. Lo que me demostraba que la señora de Cléguerec se disponía a prepararse para el baño, era que la caseta se movía un poco, levemente.

Miraba ese movimiento para distraerme. Pero no tardé en quedar atónito. La agitación, al principio apenas sensible e intermitente, se convirtió en intensa y continua. ¿La señora de Cléguerec, impacientada por no encontrar algún objeto de baño, sacudía las planchas buscando? No pude detenerme mucho tiempo con esta suposición, pues a continuación la caseta, como golpeada por una ráfaga de viento, se inclinaba a la izquierda, luego a la derecha, hacia reverencias y rápidamente volvía a incorporarse, hasta tal punto que, dos a dos, por turno, sus cuatro patas se mantenían en el aire, lejos de la arena. ¡Y ya os he dicho que no había ni un soplido de viento! ¿Extraordinario, verdad? Pero no había acabado mi asombro, pues de repente, tras sacudida más violenta que las demás, la pequeña caseta de madera perdió el equilibrio y cayó en un aplastamiento de hojas sobre una mata de siringas. Como podéis imaginar bajé lo más rápido posible desde el tercer piso para socorrer a la señora de Cléguerec que había podido herirse en la caída. ¡Pues bien! – el colmo de la estupefacción – ¡la caseta estaba vacía! y vi, a algunos pasos, a mi esposa, muy tranquila, sentada en traje de baño sobre la arena, al lado del vizconde de Argelès, no menos tranquilo que ella y ofreciéndole un ramillete de flores que acababa de recoger en el acantilado.

Después de ese bonito relato, el señor de Cléguerec, seguro de su efecto, miró a los invitados con aire triunfal. Pero le decepcionó constatar que su historia no había producido más que un efecto bastante mediocre; incluso se apresuraban a cambiar de tema.

–Bien, es igual, yo, – dijo el buen marido apoyándose en el brazo del señor de Argès para bajar al jardín,– ¡siempre encontraré extraordinario que la casete se hubiese caído, puesto que no había viento!

LA PRESCRIPCIÓN

En el salón rosa y malva donde muy poco del día penetra a través de las cortinas, la vizcondesa de Belvelize, tan encantadora, un poco pálida, con aire de morirse, estaba acostada, rodeada de encajes, sobre el diván, donde sus pies descalzos con los talones rosas salen a medias de las babuchas de perlas; y el médico de moda, joven, guapo, con maneras de extranjero, las manos largas, le tomaba el pulso bajo las sedas de la manga.

–¿Es grave, verdad, doctor? – dijo ella con un bonito estremecimiento que simulaba bien la fiebre.

–Bastante grave – dijo él.

–Una enfermedad de languidez, estoy segura.

–Precisamente.

–¿Y cuál es la causa del mal?

–Creo, señora, que hay dos causas.

–¿Dos? Me asustáis. ¿Cuáles? dígame, rápido.

Él pareció vacilar, con una sonrisa sin embargo.

–Y bien, señor, ¿esas causas?

–Vuestros veinte años, señora – respondió él al fin, en voz baja, – y los sesenta años de vuestro marido.

–¡Oh! ¡doctor!

Ella se había ruborizado, con aspecto de no estar enferma del todo. El elegante doctor dijo:

–¿Habéis advertido, señora, como las flores de vuestro balcón languidecen y se marchitan pálidas y endebles, cuando tras largo tiempo no han recibido la tibia caricia de los aguaceros? Las mujeres se parecen a las flores, y los médicos en este aspecto están de acuerdo con los poetas.

–¡Oh! ¡doctor! ¡doctor! – repitió la vizcondesa, más ruborizada todavía.

Luego, tras un silencio:

–¿Y... el remedio? – preguntó ella.

–Las rosas vuelven a florecer, señora, cuando caen algunas gotas de lluvia.

¡Esta vez la enferma mostró las mejillas más rojas que una gavanza! y, en su embarazo, se volvió hacia la pared con el rostro bajo sus cabellos despeinados.

El médico pensó sin duda que no sería de buen gusto prolongar la visita; tras un saludo se dirigió hacia la puerta.

–¿Doctor? – murmuró ella.

Él se detuvo.

–¿Estáis seguro de que no hay otro remedio?

–Completamente seguro.

–Pues bien, entonces – dijo ella con una voz aún más débil –¿por qué os vais?

EL COCHE VOLCADO

¡Jo y Lo se arrepienten amargamente de haber aceptado la invitación de su vieja parienta! Lo menos divertido del mundo es ese castillo completamente negro con pinos a su alrededor. «Aquí conoceréis, había escrito la anciana, algunos de mis sobrinos, unos jóvenes ya, que hacen sus estudios en el seminario de Toulouse y vendrán a pasar conmigo sus vacaciones. » « ¡Eh! ¡eh! » había pensado Jo. « ¡Vaya! ¡vaya! » había pensado Lo. Pues son terribles personas, de buen grado inclinadas a la búsqueda de lo desconocido y de lo novedoso, muy golosas de primerizos. Fue Jo quién un día dijo a Lo que aprobó: « ¡Eva hizo muy bien en comer la manzana si estaba verde! » Pero los nueve sobrinos, –¡son nueve! – no son de esas manzanas que se dejen comer. Tiesos en sus largas levitas, con la nariz siempre sobre un libro bajo sus gorros altos, se pasean metódicamente, de tres en tres, por las avenidas; ¡unos cuervos de pie bajo sus colas! Jo preguntó un día al menos taciturno de ellos: « ¿Sabes, primo, lo que hacen los pájaros que cantan en los árboles? – ¡Alaban al Señor, prima!» Lo a punto estuvo de abofetearle. Sobre todo las cenas son lúgubres en la vieja sala de paredes desnudas y el techo atravesado de vigas. Entre el *Benedicite* y las *Graces*, ni una palabra, excepto: « El señor cura ha predicado muy bien esta mañana.», o: « casi llego tarde a la misa de las siete » y la vieja parienta, alta, flaca, con un gorro negro, dando a los grises invitados, con lentos gestos, el ejemplo de cómo se sirve la bebida, de cómo se toma el tenedor, de llevarlo a la boca, con aspecto de un director de orquesta macabro dirigiendo un coro de mudos espectros. ¡Beber champán! ¡decir tonterías! ¡poner los codos sobre el mantel, y el pecho también! Jo y Lo tienen ganas de hacer todas esas locuras. ¡Oh! romper los vasos! ¡Oh! si pudiesen romper los vasos! para oír un gran ruido que las hiciese estallar en risas. De momento les invade una irresistible necesidad de saltar a la pata coja levantando la falda, de cantar, bailando, estribillos de operetas. «Sí, sí, el señor cura predica bien, pero es a Judit a quien hay que escuchar » ¡Ah! si pudieran hablar, si se atreviesen. Por desgracia, la mirada circular de la anciana dama reprime esas veleidades: Lo y Jo, –con todo el hormigueo de la impaciencia en sus piernas, – pasan el tiempo con la nariz sobre su plato, descifrando los piadosos jeroglíficos pintados sobre la loza. Jo, sin embargo, intentó un golpe de audacia. Un día llegó a la mesa con flores llamativas en los cabellos y en el corsé de encajes, sin mangas, abierto hasta mostrar todo el pecho. Sería natural que los ojos se iluminasen ante esa cálida nieve dorada. Vana temeridad. Los nueve sobrinos ocultaron sus cabezas en sus manos, y la tía tuvo un gesto terrible: Jo, vencida, fue a ponerse un vestido de tela marrón que le cubría hasta las orejas. Entonces Lo utilizó otro medio. De repente, en el postre, exclamó inclinándose sobre el respaldo de su silla: «¡Ah! ¡me encuentro mal! ¡ desabrochadme, rápido, desabrochadme! » Fue desabrochada, en efecto, pero por su pariente, y bajo una servilleta con la que la digna devota había tenido la precaución de ocultar, por completo, el corsé jadeante. Jo y Lo son las personas más desdichadas del mundo. ¡Dos pardillos en una jaula de búhos! Ya no aguantan más. Durante sus paseos en la vieja victoria, – su única distracción, – Jo conduce ella misma, – urden sus extravagantes proyectos. ¡Acabarán por prender fuego al castillo, puesto que es imposible prenderlo a sus moradores! Ni siquiera poder mostrar un muy poco de carne blanca, cuando, al contrario, se tiene el hábito... ¡Es demasiado fuerte! Ayer, regresando del bosque, entraron en el parque al galope de los jumentos, y, delante de la gran escalera, donde todos los sobrinos estaban de pie esperándolas, – chocaron contra un mojón, a propósito, aun a riesgo de partirse el cuello, – pues al fin y al cabo eso no podía durar más, – y el coche volcó, y allí, bajo los desorbitados ojos de los nueve seminaristas, ellas aprovecharon la caída. ¡Lo, por encima de las rodillas, y Jo hasta la cadera!

LA LECCIÓN DE SOR PERLA

La pequeña interna y la joven novicia – la señorita Rosa cumple quince años y sor Perla dieciséis, el mes de marzo y el mes de abril, – paseaban durante el crepúsculo por la avenida de plátanos, a lo largo del muro demasiado alto que, por desgracia, disuade de ser escalado.

–Sor Perla, – dijo la señorita Rosa, – vos que sabéis tantas cosas, ¿sabéis lo que es ser violada?

–Naturalmente, – dijo la novicia con seriedad.

–¿Es que vos lo habéis sido ya?

–No. Las violaciones son sucesos bastante raros y de las que está permitido hablar a pocas jóvenes por experiencia.

–Pero, en definitiva, ¿sabéis lo que es?

–Perfectamente, ya os lo dije.

–¡Oh! ¡entonces, explicádmelo! – exclamó haciendo palmas la pequeña interna.

Sor Perla se concentró. Luego, habló en estos términos, lentamente, como alguien que enseña:

–Imaginad que es de noche, y que estáis acostada en el convento en vuestra habitación, con la cabeza mirando hacia la pared donde cuelgan, debajo del crucifijo, dos ramilletes de boj en cruz. Ya habéis pronunciado vuestras oraciones y habéis encomendado a la santa Virgen la inocencia de vuestro sueño, y no será vuestra culpa si el recuerdo de algún apuesto jovencito, entrevisto en la casa de un tío, las pasadas vacaciones, pasa por vuestros sueños con un bigote que se riza y un cigarrillo en los labios. ¡De repente, – la voz de sor Perla se animó poco a poco – de repente oís un ruido terrible!

–¡Tengo miedo! – dijo la señorita Rosa.

–¡Tiroteos! ¡Estrépito de armas! ¡Clamores feroces y quejidos entre desmoronamiento de muros o caídas de árboles!

–¡Me estremezco!

–Son los soldados del ejército enemigo que toman el convento al asalto y se apoderan de él.

–¡Santa Rosa!

–Mientras que, fuera de la cama, en camisa, vos imploráis de rodillas la protección divina...

–¡Oh! ¡cómo imploro!

–...vuestra puerta, bajo golpes de sable y furiosas patadas...

–¡Misericordia!

–...cede, cruje, vuela en pedazos, y veis aparecer, terrible y apuesto...

–¿Apuesto?

–Casi siempre... cubierto de sangre, con hombreras que brillan...

–¿En uniforme?

–...En uniforme, a un joven oficial...

–¿Un oficial?

–...que se precipita sobre vos, os toma en sus brazos, os lleva...

–¡Ay! ¡ay! ¡ay!

–Y, sin piedad por vuestra debilidad, a pesar de vuestros gritos de pajarillo al que aprietan demasiado fuerte...

En ese momento Sor Perla juzgó conveniente bajar la voz, y fue al oído de la interna como contó, dulcemente, dulcemente, los últimos detalles de la espantosa

escena; si bien, la señorita Rosa, entre pequeños sobresaltos, murmuraba sobre el hombro de su amiga: « ¡Ah! ¡Dios mío! ¿Cómo? ¿De verdad? ¡y en uniforme! ¡y guapo! ¡un oficial! ¡Ah! sor Perla, ¡es espantoso! »

Se callaron. Continuaron su paseo por la avenida de plátanos, a lo largo del muro demasiado alto.

Sin embargo, tras largas reflexiones:

–Si he comprendido bien, – dijo la interna –¿ser violada es como si os hiciesen comer caramelos a la fuerza?

–Es eso, más o menos, – respondió la novicia.

Se produjo un nuevo silencio. La señorita Rosa pensaba, con estremecimientos, pero también con sonrisas: «¡Ah! desde luego es horroroso », – suspiró finalmente. Luego, ruborizada hasta las orejas: « Es igual, los bombones y caramelos están bien buenos.»

EL SENTIMIENTO DE LAS CONVENIENCIAS

¡Al menos no vais a autorizar la presencia de Valentin, a medianoche, en la habitación de la señora de Valensole, viuda desde hace tres meses apenas, para concluir que esta adorable persona no tiene ningún cuidado con sus deberes y lleva más allá de los límites permitidos el desprecio por todas las convenciones! Todo lo contrario. La señora de Valensole, – a pesar de su bonita nariz un poco rosada que respinga y que incluso en la iglesia, bajo el largo velo de gasa, abre sus fosas con intención de buscar, aquí y allá, algún olor, – sabe lo que debe a sí misma y al mundo; incluso es famosa por su estricta observancia de las reglas de conducta adoptadas por las personas de buenas compañías. Sin embargo, en la habitación de seda estampada con flores, donde todo está cerrado, salvo la alcoba, ellos se adoran esa noche. De rodillas ante ella, él le habla con la ternura apasionada de las primeras citas, inventa frases que encantan y que turban, juramentos que tranquilizan. Ella le deja decir, conmovida. ¡Él no se atiene solo a las vanas palabras! Lentamente, como quién no repara en ello, con una mano que parece pensar en otra cosa, hace salir de los ojales, uno a uno, los botones, deshace los nudos, ayuda en la caída de las telas, extrae torpemente el lazo del corsé, desabrocha la liga cuyo broche de oro, donde brilla un zafiro, imita un ojo azul que ríe. Clemente, ella le deja hacer. Tanto que al fin, en la envoltura diáfana de una camisa de gasa negra, ella parece, más bonita aún, una de esas formas simbólicas donde se encarna en las pinturas la hora de las recientes tinieblas; y es la nieve y las rosas vestidas de noche. ¡Oh, perfectas delicias del más dulce de los triunfos! Entregada, abandonada, no sabiendo decir que no, él la toma entre sus brazos, la aprieta cada vez más, la transporta. ¡Las cortinas de la alcoba viuda se mueven con estremecimientos! Sin embargo, incluso después de que él ha obtenido todo, desea algo aún. Maldice ese último velo de gasa que pone sombras sobre las blancuras; ¡lo desgarrará o lo arrancará! Pero entonces la señora de Valensole emite un grito, se levanta, huye, se refugia, espantada, en un rincón de la habitación. «¡Oh!, murmura suplicante, estrechando con brazos y manos sobre su piel la transparente camisa negra; ¡oh! Valentin, ¡no me pidáis eso! – ¿Y por qué ahora?, dice él con una sonrisa.

–¡Por favor! ¡Comprended! ¡las conveniencias! ¡Hace poco tiempo que he perdido a mi marido y no puedo prescindir del luto todavía!»

EL JUICIO DE LAS ROSAS

En el jardín del manicomio, donde vuela entre el sol la nieve alada de las mariposas, el joven loco se pasea. Es pálido, con aspecto dulce. ¡Y hay tanta tristeza en sus ojos perdidos! Se detiene ante una mata, toma una gavanza; luego se detiene ante otros dos rosales y coge, en uno una rosa de té y en el otro una rosa aterciopelada.

En un banco de madera, en una curva de la avenida, coloca las tres flores recogidas.

Dice a la gavanza:

–¡Gavanza, responded! Estáis acusada de haber, en la época en la que erais joven muchacha, abandonado sin misericordia, para casaros con un anciano que era rico, a un pobre y triste chico que os adoraba. ¿Qué tenéis que alegar en vuestra defensa?

Esperó la respuesta. Continuó:

–La causa está vista para sentencia. Os condeno.

Luego dijo a la rosa de té:

–¡Rosa de té, responded! Estáis acusada de haber, en el época en que erais una mujer joven y mundana, desesperado y torturado por el manejo infame de las sonrisas mentirosas y los consentimientos posteriormente denegados, a un miserable joven cuyo corazón, por desgracia, latía solo por vos ardientemente. ¿Qué tenéis que decir en vuestra defensa?

Esperó la respuesta. Continuó:

–La causa está vista para sentencia. Os condeno.

Luego dijo a la rosa aterciopelada:

–¡Rosa aterciopelada, responded! Estáis acusada de haber, en la época en que eras un bella muchacha vendedora de besos y risas, enloquecido con vuestras perversas caricias, arruinado y envilecido a un desdichado hombre que pedía a tu seno donde se duerme y a tu boca donde se embriaga, el olvido de antiguas desesperaciones. ¿Qué tenéis que alegar en tu defensa?

Esperó la respuesta. Continuó:

–La causa está vista para sentencia. Os condeno.

Realizados esos juicios, extrajo de su bolsillo un bonito instrumento, complicado, hecho de madera de las islas y de acero brillante; era un muy pequeña guillotina que había fabricado en sus ratos libres.

A su turno, fue poniendo sobre la encantadora báscula a la gavanza, la rosa de té y la rosa aterciopelada; una tras otra, bajo el cuchillo que se desliza y corta, las flores, separadas de sus tallos cayeron en la arena de la avenida.

Las recogió y las miró durante un largo rato.

Fue hacia el sombrío fondo del jardín, allí por donde nadie pasa, cavó una pequeña fosa en la tierra con un dedo y metió a las tres ajusticiadas juntas, las cubrió de arena y de hojas de acacia.

Luego, se arrodilló y lloró hasta el anochecer sobre la tumba de las rosas culpables.

CONCILIABULO

Jo y Lo, y su amiga Zo, hablan entre ellas muy seriamente con la cara pensativa que podrían tener tres pequeños titís, senadores de la república de los monos, que, sentados sobre sus colas y las patas bajo el mentón, discutirían las más serias cuestiones por el bien del Estado.

¡Y en efecto la cuestión es seria!

Se trata de decidir que actitud sería la más prudente que tendría que adoptar una mujer joven, si un desconocido, además bien parecido, entrase de repente en el cuarto de baño en el momento en el que ella ha dejado caer la última de sus prendas más íntimas.

–Yo, – dijo Jo, que se pica a veces con un pudor arisco, – ¡no vacilaría en absoluto! Me cubriría, lo más rápido posible, con una bata, un faldón, una alfombra, una cortina, no importa qué, luego, orgullosamente con un gesto digno, – semejante a una emperatriz ofendida – ¡indicaría la puerta al impúdico intruso!

–Yo,– dijo Lo, que por nada del mundo quisiera parecer menos terriblemente virtuosa que su amiga,– no vacilaría menos. Haría lo que tú acabas de decir. Únicamente, antes de que el desconocido se marchase, le arrojaría a la cabeza mi caja de maquillaje o mi jabonera de bohemia, para enseñarle a respetar el más dulce y sagrado de los misterios.

Zo no había hablado aún.

–¿Y tú? – preguntó Jo.

–¿Y tú? – preguntó Lo.

–Yo, – dijo Zo, – por el contrario, dudaría desde luego, ¡yo dudaría!

–¿Y eso?

–¿Y eso?

– Yo me quedaría allí. Pues al fin y al cabo, durante la duda pasarían cosas que me evitarían la molestia de tener que tomar cualquier decisión.

EL AMOR TRAPERO

Un poco antes de despuntar el día, en las calles de Cítara, bajo maravillosos harapos de lino púrpura y sedas deslumbrantes, que se deshilachan en flecos de pedrerías, el joven dios Amor, con un cuévano de rayos trenzados a la espalda, y entre sus labios de flor una pipa hecha de un solo diamante negro, registra, con un gancho de oro los intervalos entre las losas a menudo convertidas en enormes gemas, los montones de basura se convierten a medida que él las toca en fragancias perfumadas; y en su farolillo hay una estrella de la mañana. Lo que recoge el divino traperero son los corazones, ajados o sangrantes, que ya no laten, de los que se desprenden las hijas de Cítara arrojándolos por la ventana cuando han dejado de ser útiles para sus intereses, con los ramos de la víspera y las cintas arrugadas. Una a una, él pica con el gancho las tristes reliquias inertes y las mete en el cuévano donde caen y entrechocan sin una queja. Sin embargo, Cipris, atraviesa las nubes rosas del alba, en el carro uncido por una multitud de palomas; ella se inclina hacia Cítara, reconoce a su hijo, y dice: «¿A qué te dedicas, hijo? ¿No ves que esos corazones que sirvieron para la cruel diversión de los hijos de hermosos ojos, han perdido al fin, a base de delicias torturadoras y torturas deliciosas, el poder para experimentar nada a partir de ahora? Vete, vete, déjalos, tú no sabrías que hacer con ellos.— En eso os equivocáis, replicó el traperero Amor; pues, tan pronto como mi cuévano esté lleno, los llevaré al salón de una parisina que conozco, y basta que ella hable o sonría, o solamente que muestre bajo el volante del camión la punta de su pequeño pie descalzo, para que salten y revivan, ¡y estén dispuestos a morir en nuevas delicias y en nuevas torturas! »

SEGURA DE SÍ MISMA

La adorable amante dijo:

–Si yo muriese, ¿qué harías tú, querido?

–Te seguiría en la muerte, – dijo él.

–¡No! ¡no! no me seguirás, ¡júralo! y júrame también que no serás fiel a mi memoria.

Ella añadió:

–Quisiera que, una vez muerta, tu corazón se abriese a los demás amores. ¡Hay tantas jóvenes puras con los ojos tan azules y el alma tan blanca! ¿tú te arrodillarás ante esas vírgenes, con el fervor de un peregrino extasiado, verdad? ¡Hay tantas bellas cortesanas, soberbias y triunfales, enormemente descaradas, que ofrecen en el oro de sus cabellos el impudor magnífico de su pecho! ¿tú las desearás y las poseerás, en una locura de lujuria y de embriaguez, verdad? Y las delicadas mundanas que en sus salones bien preparados, son hábiles en el arte del flirteo, también las adorarás, – ¡Oh! ¡júramelo! – ¿y torturado sin fin por sus consentimientos que nunca se entregan del todo, te retorcerás a sus pies de delicia y de rabia?

Él preguntó:

–¿Por qué quieres que, una vez muerta, yo ame así a todas las personas bellas?

–Sería – dijo la adorable amante consciente de su perfecta forma y de su encanto sin igual – ¡para estar segura de ser desesperadamente añorada todos los días!

LA BOFETADA PERDONADA

¡Bien sí! ¡una separación! ¡una separación por vía judicial! Ella ha visto al abogado Les Brouzils y está decidida. Desde luego la pequeña esposa siente el corazón encogido. Será duro no volver a ver nunca a ese marido detestable, pues, al fin y al cabo, hay que reconocer que no está en absoluto desprovisto de una cierta gracia con su bigote corto rizado en las puntas, y como sus ojos, muy vivos, extraordinariamente vivos, tienen un no sé que de turbadores que no tienen los demás ojos. ¡Ah! ¡Qué hermosas horas han pasado juntos! Que modo atrevido– muy impertinente, a decir verdad – tenía de tomarla y transportarla de golpe, en unos abrazos donde los botines golpeaban el aire. ¡Acabe, señor! Él no acababa. Era muy divertido. ¡Pero no importa! El crimen del que es culpable es de los que no se puede perdonar. ¡Tres veces en la misma semana, le ha prohibido ir al baile! Ustedes tienen razón al pensar que una mujer como ella no podría tolerar semejante tiranía; y se impone la separación, esperando el divorcio. Lo difícil era provocar un incidente que permitiese acometer el proceso con algunas esperanzas de éxito. Con tres ausencias al baile, los jueces habrían podido no ver más que una queja insuficiente. Por fortuna, ella había visto no sé que comedia, donde una esposa, con la esperanza de obtener la separación judicial, – precisamente el mismo caso, – quiere hacerse recibir una bofetada por su marido. Nada más ingenioso. «Malos tratos graves», el texto de la ley es formal. ¡No ha dudado ni un instante! y son tomadas todas las medidas. Cuando en su habitación ella provoque, pinche, discuta, exaspere a su marido, – ¡recibirá la bofetada, la recibirá! – dos vecinas que servirán de testigos se mantienen apostadas detrás de la puerta, atentas al menor ruido, dispuestas a entrar, llegado el momento, para constatar el ultraje. Al principio, éstas confían que no tendrán que esperar mucho tiempo. ¡La discusión es álgida! La señora ya ha volcado unas sillas, roto dos o tres porcelanas, y, por instantes, la grave voz del Señor jura con una cólera llena de promesas. Un poco de paciencia y con toda seguridad, una buena bofetada, bien aplicada, sobre las dos mejillas tal vez... Todavía no. En la habitación se han calmado los ruidos. ¿Qué pasa ahora? ¡Ah! sin duda, tras las provocaciones y los desafíos, la Señora intenta la indiferencia, el enfurruñamiento. ¡Excelente medida! Nada más irritante que una mujer sentada, que vuelve la espalda, sin una palabra y con aire de pensar en otra cosa mientras que uno rechina los dientes. El silencio continúa. «¡Todo va bien!» se dicen las vecinas. Fuera de sí, finalmente, el marido va a precipitarse con la mano levantada y ellas oirán... ¡Oyen! ¡Sí, una bofetada, violenta, bien sonora! Y hélas aquí en la habitación, con los brazos en el aire, gritando: « ¡Ah! Señor, ¡es indigno!» Pero no añaden una palabra más, permanecen estupefactas, pues el marido y la mujer, allí, delante de ellas, están acostados en la cama de batista y seda; y, bajo la sábana arrugada, se pueden oír las risillas de la Señora. ¿Qué significa esto? Ellas se retiran, disculpándose; hay que perdonarlas, ellas habían creído oír... «¿Una bofetada?, dijo la pequeña esposa levantando su cabeza alborotada donde brillan todos sus radiantes dientes; ¡eh! sí, sí, he recibido un cachete, – ella rompe a reír – ¡pero no precisamente en la mejilla!»

EL QUERIDO PERFUME

Debido al pañuelo que le había robado, – diáfana batista, un poco arrugada, con puntillas de Inglaterra, – yo permanecía extasiado como un hombre que se metiese toda la cara en un ramo exquisito de floraciones desconocidas. ¡Oh! ¿Qué era ese perfume, más dulce que la más dulce de las fragancias, y jamás respirado? Embriagaba con languideces; quemaba con frescuras; daba la idea de una rosa de nieve, tibia, que tendría un aliento de virgen. Desde luego no era el olor del almizcle, de ese almizcle brutal y banal, querido por los besos en las encrucijadas de los caminos, que es a las preciosas esencias lo que el vino pirriague es al Château-Yquem; no era el olor de la verbena, ni el del heliotropo, ni el de la resina; no reconocía en él a ninguno de esos perfumes intensos, complejos, despertadores del olfato hastiado, donde excelsa la culpable química de los perfumistas! ¿Tal vez la que yo adoro tiene por costumbre expandir entre sus ropas íntimas, en el armario de madera de sándalo, flores de los boques y flores de los prados recién recogidas? No, los muguets, las gavanzas, la violeta que cierra el ojo, la frágil estrella del fresal que se abre, no tienen esos delicados y turbadores aromas. Y, besando a todas horas el pañuelo sustraído, buscaba en vano adivinar la causa de la persistente delicia que embalsamaba el aire. Pero, finalmente, gracias a la indulgencia de aquella a la que amo, he podido descubrir el misterio; y comprendo ahora por qué ese perfume era más dulce que las más dulces fragancias; pues ella no se sirve ni de flores naturales de los prados ni de los bosques, ni de las esencias de moda, ni de la resina, ni del heliotropo, ni de la verbena, ni del almizcle banal y brutal, sino que, durante toda una noche de vales, guarda sus pañuelos, con la diáfana batista un poco arrugada ¡entre su corsé rosa y su divina carne!

EL AMOR A LA GLORIA

–¡Tome a mi hija mía! – exclamó la apasionada madre.

Hay que apresurarse a decir, a favor de la señora Champagnac, que expresándose de ese modo no tenía ninguna intención de reprender. Aunque madre de actriz, era, gracias a Dios, una mujer digna de consideración, una buena amazona a caballo sobre los principios. ¡Jamás nadie había cuestionado la virtud de la familia de los Champagnac! Ella había querido que su hija recibiese estos tres nombres: María, Diana y Juana, y la había conservado digna de este triple inocente patronímico. Diciendo: «¡Tome a mi hija!» al muy célebre autor dramático que lo escuchaba con un aspecto distraído, ella pretendía dar a entender sencillamente: «Dadle el papel principal en vuestra próxima obra.» Realmente una mujer muy decente; cabellos grises, que, incluso blancos no estarían fuera de lugar.

–Por desgracia, señora, – dijo el célebre autor, inclinando su cabeza sobre el respaldo del sofá, – no me agradaría otra cosa. La señorita Juana tiene talento, enorme talento. Una naturaleza con un talento innato. Su primer premio es muy merecido. Pero, mire usted, –¿cómo se lo podría expresar? ¡hay cosas difíciles de explicar a una madre! – vuestra hija carece... de experiencia en ciertas cosas. Tiene, – y yo la felicito por ello – un candor evidente que me perjudicaría mucho; en tanto como hombre, siento un gran respeto, en tanto como autor, desconfianza. ¡Pues el papel del que vos habláis es un papel temible! Para representarlo bien, solamente para comprenderlo, se necesitaría a una persona para quien todas las pasiones fuesen familiares. ¿Qué digo? ¡las pasiones! he empleado un eufemismo. Todos los refinamientos del amor moderno, todas las sutilidades de las búsquedas culpables, todo lo que es exquisito y está prohibido, Eso es lo que mi actriz principal debería conocer mediante la práctica. Pero, vamos, vamos no os desoléis, que diablos, mi querida señora Champagnac. Mi obra no será representada antes de cinco o seis meses. ¿Quién sabe lo que nos deparará el futuro? Podría ocurrir que la señorita Juana, de aquí a allá...

–¡Señor! – exclamó la decente madre de la actriz, con el gesto amplio y altivo de una mujer que hubiese podido, como cualquier otra, representar la tragedia en las giras de la señora Agar.

E hizo una salida que tenía algo de teatral.

¿Pero qué pueden los más virtuosas resoluciones contra el deseo creciente, siempre más exasperado, de ver triunfar en el teatro a la hija a la que se ha destinado la gloria de las Rachel y de las Sarah Bernhardt y de ser la madre envidiada de la triunfadora? Reprochándose su debilidad en un lenguaje de monólogo trágico, la madre relajó poco a poco su vigilancia; la señorita Juana pudo salir sola, con unos sombreros que no eran ya de colegiala; pudo ir, tres veces por semana, sin compañía, a casa de su tía del Vésinet. Incluso, la señora Champagnac –¡tenía a la vez todas las esperanzas y todos los remordimientos! – toleraba las visitas del Sr. Georges, el muy joven primer actor del teatro donde debía ser representado el drama del célebre autor; visitas al principio escasas, luego frecuentes, después cotidianas, finalmente nocturnas. ¡Luchas formidables entre el amor por la gloria y el sentimiento del honor, se entablaban en el interior de la señora Champagnac! Hasta que un día – habían transcurrido tres meses – la madre de Juana regresó a casa del dramaturgo de renombre y cayendo en sus brazos, mojóndole el traje con sus lágrimas, le dijo: «¡Ah!, señor mío, ¡ya podéis confiarle el papel!»

Pero durante los ensayos, fueron olvidadas todas las desesperaciones. Ya no pensaba en otra cosa que en la victoria. El sacrificio estaba hecho, la amargura se desvanecía en la dulzura del triunfo próximo. La señora de Champagnac permitía a su

hija tutear al señor Georges en el teatro, ¡delante de todo el mundo! Lamentablemente las más seguras esperanzas a veces nos decepcionan. El día del estreno, la señorita Juana no obtuvo más que un mediocre éxito. Bonita, desde luego, y ya mujer, evidentemente, con su pecho que había madurado, más fría, torpe, casi boba, no tenido nada de lo que hace falta para representar ese rol de parisina sutil, exagerada, endiablada. Desde el tercer acto, la señora Champagnac, roja de ira, sofocada, sudorosa, iba y venía de un bastidor a otro, atropellando a los maquinistas, injuriando al regidor, dispuesto a morder al bombero; luego, de repente, advirtiéndole al señor Georges que esperaba detrás de una puerta el momento de su entrada, le espetó, propinándole una bofetada: « ¡Habéis sido un puñetero incompetente! »

LA IMPERTINENTE

Es mediodía. Zo ha llamado. Roseta, la doncella, entra vivamente, va y viene, con el ruidillo de un ratón que husmea, recoge las faldas, las arroja sobre el sofá, aparta las corinas, y se vuelve hacia su ama para preguntarle si hay que servir el chocolate. Pero en lugar de hablar, emite un grito de asombro, y, con la boca abierta de par en par, levanta los brazos hacia el techo. ¿Qué es lo que ocurre aquí? ¿Fue ver sobre una de las almohadas, al lado de Zo que bosteza con su boquita y se frota los ojos entre sus rizos despeinados, a un joven hombre aún dormido con ese sueño profundo y suave que es continuación de las labores nocturnas? Hipótesis inverosímil. Roseta es una profesional que conoce su mundo, sutil y discreta, experta en todo tipo de cosas, no entrando nunca en el salón sin haber mirado por el agujero de la cerradura, bastante tiempo en alguna ocasión, y dispuesta mejor que ninguna otra a responder: «Imposible ver a la señora, se está vistiendo.» cuando la señora, precisamente, está haciendo todo lo contrario. ¡Una perla! y, para decir toda la verdad, Jo la ha cedido a Lo que a su vez la ha entregado a Zo. Puede pues creerse sin lugar a dudas que una persona así no es quien para asombrarse por un bigote rubio o moreno que ronca un poco en los encajes de la almohada. Sin embargo Roseta no deja de hacer signos de la más perfecta estupefacción. Si bien Zo, completamente despierta, se impacienta: «Y bien, señorita, que os pasa? ¿Habéis acabado de mirarme con esos ojos de espanto? No tengo por costumbre dormir sola, creo, y vos habéis visto ya ayer y anteayer a este joven que está ahí. –¡Eh!, precisamente, señora – dijo finalmente Roseta en una loco estallido de risa, eso es lo que me asombra, ¡qué sea el mismo!»

LA INESPERADA FLOR

Estando apoyados en el balcón, durante la bella y cálida velada, con las bocas muy próximas y los cabellos mezclados, ocurrió que algo ligero se posó sobre el labio de la pequeña enamorada; lo que fue causa de una gran conmoción. «¡Oh! ¡un bicho!» Pero el enamorado, de un soplido precursor de un beso, hizo caer la cosa ligera y reconocieron que se trataba de una semilla transportada por el viento. Entonces ella comenzó a aplaudir. «¡Hay que plantarla enseguida!, ahí, en esa maceta. ¿Qué semilla es, adivínelo? Yo conocía muy bien los menudos detalles de la botánica, y mi jardín, en el convento, era mucho más bonito que el de las demás señoritas. Es una semilla de heliotropo, señor! y tendremos, entre las enredaderas, pequeñas uvas perfumadas con puntas violetas, y hojas de terciopelo verde! » A partir de ese día, ella no dejó de pensar en la semilla plantada; le dedicaba mil cuidados no exentos de inquietudes. Había que regar la tierra tres veces al día para que el brote se desarrollase fácilmente, pero regarlo con una lluvia fina, con mucho cuidado. El problema del abono era una cuestión delicada. En cuanto a ese sol, era demasiado ardiente o demasiado tibio, y no valía del todo. Tanto era así que, finalmente, tras muchas solicitudes y aprensiones, llegó la época en la que debía aparecer una fina punta de verdor. Apenas apareció, se fue haciendo más visible, y la pequeña enamorada daba gritos de alegría, y veinte veces al día iba a arrodillarse ante la maceta verde, para mirar surgir el heliotropo. Pero pronto, ella se volvió pensativa y un poco alicaída. ¿Es que se había equivocado? ¿Se vería obligada a confesar que no conocía los entresijos de la jardinería tal y como había dicho? Lo cierto era que la planta que había surgido no se parecía en nada a la que era esperada. Lo que se levantaba ahora, era un frágil y enclenque arbusto, con las ramas delicadas, espinosas aquí y allá, y las hojas dentadas esparcidas; y, una buena mañana, en una de las menudas ramas, se abrió una rosa roja. «¡Ah! dijo la jardinera, dando una patada de rabia, esa no era una semilla de heliotropo, y soy una gran ignorante.» Pero el amante, con una sonrisa: «No, alma querida, tu no te has equivocado. ¡Lo que sucede es que, si te acuerdas, la semilla traída por el viento se posó un instante sobre tus labios, y es el recuerdo de tu boca que floreció en rosa roja!»

EL GRAN VIAJE

Estaba decidido, harían un viaje muy largo en su luna de miel. «Si me caso, dijo la novia, es en primer lugar para recorrer el mundo.» Comenzarían por Italia; Italia era obligado; después de la pálida flor de azahar en París, las naranjas de oro en Nápoles. Pero no les bastaba ver el Vesubio, pues Génova, Roma y Venecia están cerca; apenas partido ya se ha llegado; era como ir a las afueras de Francia. Abandonarían Europa, se arrojarían en la gran y pintoresca aventura de los países desconocidos. A falta de ferrocarril, utilizarían mulas o descalabradas carriolas; barcos de vela o barcas de remos, después el paquebote banal. ¿Por qué no Alejandría y el Cairo? ¿Por qué no todo Egipto? Sería agradable dormir mecidos en la hamaca de la barcaza sobre el gran Nilo silencioso; bosques petrificados erizan la arena de oro del desierto; Memnon canta bajo el sol que se levanta; y el eterno enigma de las pirámides desafía a la Esfinge soñadora que pregunta a su vez. Si el sol los molestase irían hacia el Norte, atravesando los continentes con una furiosa velocidad desconocida para la mismísima Sarah Bernhardt. Por las noches oirían las olas rompiendo contra las rocas de los fiordos, y la caída de los pinos en las tierras de los leñadores de Noruega, que silban melodías antiguas. ¡Más lejos, más lejos todavía, en la soledad, en el invierno! Nada los desanimaba, ni el sueño que tiene frío en las cabañas laponas, ni la leche de reno bebida en una escudilla de cuero apestoso, ni la carne de foca, comida cruda, donde los dientes crujen, ni el desbocado descenso de los trineos sobre pendientes nevadas en la pálida niebla del sol de medianoche. Y ese fantástico itinerario no tenía para ellos nada de quimérico. Cumplirían en efecto lo que proyectaban. Ambos estaban realmente devorados por el amor a cielos nuevos, a tierras lejanas. Poco faltaba para que el novio pusiese un mapamundi en el ajuar de la novia. La noche de bodas, hubo sobre los cuatro carruajes que esperaban delante de la puerta, tantos bastones, baúles llenos de conservas y tiendas enrolladas, semejantes a enormes paraguas grises, y picos para romper el hielo, y lazos y ganchos y cuerdas, que las comadres del lugar, no pudiendo creer que tales utensilios fuesen indispensables para el viaje de dos recién casados, se decían entre ellas, tras haber asumido la opinión del herborista: «¡Sin duda son exploradores llenos de audacia que van a fundar una ciudad en algún continente recientemente descubierto o cruzar un mar en las heladas tierras del polo!» Finalmente partieron y permanecieron ausentes durante más de tres meses. Por otra parte, ni una carta, ni un telegrama. Es que los servicios de correos y telégrafos son bastante malos a lo largo del Nilo y en la soledad del país de los lapones. Y cuando regresaron, él un poco pálido, ella con ojos cansados, tenían ese aire de desorden y tedio abandonado que hace reconocer a los viajeros rotos finalmente por la continuidad de la fatiga y del peligro. «¡Eh! ¿Cómo os ha ido, y de donde venís, hijos míos?» exclamó la madre de la joven esposa. Ésta enrojeció un poco. «Venimos, dijo ella, de un país desconocido por donde nadie pasa, pero donde el ruiseñor canta en un gran árbol al lado de la ventana. – ¿Es Italia ese país? – No mamá, no, no en Italia. – ¿En Egipto? – Tampoco. – ¿En Noruega? – No creo. – ¿Dónde entonces?» La viajera se sonrojó por completo. «Debe ser en Francia, no lejos de Paris, dijo bajando los ojos, puesto que nos hemos detenido, creo, en la primera estación.»

LA HÁBIL AFRENTA

– ¡Señor! – dijo ella al atrevido pintor, – ¿por quién me toma usted? ¿y de dónde le ha venido esa descabellada idea de esperar que alguna vez posaría completamente desnuda ante un hombre en un taller? ¿Acaso soy una modelo? ¿Soy una de esas personas sin pudor y sin respeto por sí mismas, cuyo cuarto de baño no cierra con llave, y que, a orillas del mar en Dieppe o en Étretat, esperan, para bajar su falda levantada por una ráfaga de viento, que otro golpe de viento se la impida bajar? Yo soy una mujer decente, siendo casada, e incluso soplo la vela cada noche en la habitación conyugal. En interés por el arte he podido permitirlos reproducir sobre el lienzo mi rostro y mis brazos que usted dice parecidos a los de las divinas estatuas; tal vez hubiese consentido en mostraros de mis hombros lo que los vestidos escotados dejan ver en el baile. Pero quitar toda la ropa, ¡ah! señor, ¡qué horror! El rubor me sube al rostro nada más que con el pensamiento de una idea tan extrema, y me asombra con cólera que tal proposición haya sido hecha a una mujer como yo.

Bajo esas nobles palabras, el atrevido pintor bajó la cabeza con aspecto de estar humildemente arrepentido. Pero, muy persuasivo por naturaleza, además estaba apasionadamente prendado de la austera mundana tan celosa de sus secretas bellezas; él no desesperó en obtener sus fines.

Una vez que la joven mujer se fue, él se puso a desnudar a golpes de pincel el retrato inacabado aún. Trabajó durante varios días con fruición. En lugar de blusa de satén oscura, la carne blanca y rosada se curvaba sobre la tela; las bellas piernas cerradas, sobre unos pies en los que el pulgar se apartaba, se desprendieron poco a poco de unas telas desvanecidas. Tanto que al final ella apareció como él la soñaba, – entera, casi viva, toda de nieve cálida con dos claveles abiertos y un lis de oro, en el corazón rosa, – en la gloria de su desnudez.

–Señora – dijo él con una emoción hipócrita el día en que ella se dignó a regresar al taller,– habéis podido negarme el espectáculo de vuestro íntimo esplendor, pero, por desgracia, yo no he podido impedir adivinarlo.

Y, con gesto brusco, apartó la cortinilla verde que ocultaba el cuadro.

Ella dio un paso hacia atrás de espanto y se ocultó la cabeza entre sus manos. Sin duda, justamente ofendida, iba a estallar en discursos furiosos contra el impúdico que se había atrevido a imaginarla y pintarla completamente desnuda. Pero no, entre sus dedos separados se veía tan bella, y tan fielmente reflejada, que olvidó enfadarse, y una sonrisa donde moría el reproche, poco a poco le fue entreabriendo los labios.

Él hábil hombre no decía nada, esperando. ¿Qué esperaba? lo que ocurriese.

Cuando ella miraba la resplandeciente imagen con una complacencia cada vez más visible, de repente palideció y exclamó, con un temblor de cólera en la voz:

–¿Estáis loco, señor? ¿Qué quiere decir esto? Esas dos manchas color de hez, una sobre la cadera izquierda y la otra sobre el seno derecho, ¿qué extravagante fantasía os ha hecho creer que yo las tenía? ¡Ah! ¡desde luego, esto es un insulto del que me vengaré terriblemente!

Al mismo tiempo golpeaba el suelo con el pie, sacudida de despecho; poco le faltó para desgarrar con dientes y uñas el ultrajante retrato.

–Por desgracia, señora, – dijo el hipócrita – soy de esos artistas que ante todo buscan la verdad en el arte; y vuestro rostro me ofrecía indicios, – sí, esos dos pequeños y exquisitos lunares, uno al lado de vuestro ojo y el otro en la comisura de vuestros

labios – no han debido engañarme si la ley de las analogías no es una quimera. Es cierto que...

–¡Que sois un tonto! – respondió ella.

Y, con manos estremecidas, se desabrochó y desanudó, quitando la blusa, la falda, el corsé, pantalón y camisa, quedando tan desnuda en un instante como las ninfas sin pudor que se levantan después del baño sobre el oro cálido de la arena.

El pintor se acercó, miró, pareció muy sorprendido.

–Confieso que me he equivocado – dijo.

Luego, con la frente curvada, se arrodilló, pidiendo perdón.

Y como el estado en el que esta estaba no era de los que facilitan las resistencias, ella no pudo impedir ser besada, como señal de arrepentimiento, en las blancuras sin mácula que él había calumniado.

EL COMIENZO DE TODO

Ocho años, las mejillas sonrosadas, con los bucles de oro al estilo de una chiquilla inglesa, la Señorita Lucía, a la que una criada acompaña, regresa del parque Monceau con su muñeca entre los brazos.

– ¡Buenas tardes, mamá!

– Hola, Bebé.

¿Quién es la madre? Una persona muy agradable, maquillada como una figura de cera, que mantiene su mobiliario gracias al señor de Marciac, su coche al Sr. de Puyroche, su vestuario al vizconde de Argelès, y Bebé – ella no sabe de quién es. Pero ignorar al padre no implica la indiferencia por la niña. Se puede ser una muchacha loca y una madre prudente. Incluso se pretende para otras todas las decencias que una no tuvo. Malos ejemplos y buenos consejos.

– Dios mío, Bebé, ¿qué le ocurre a tu muñeca? No reconozco ese vestido rosa, ni ese gorro blanco, y jamás le había visto esos diamantes en las orejas.

– ¡Bueno! – dijo la señorita Lucía, con un pequeño encogimiento de hombros, – unos harapos y abalorios.

– Pero ¿quién le ha dado todo eso?

– ¡Eh! mamá, fue el polichinela del Sr. Paul.

La madre abrió sus grandes ojos asombrados y la niña continuó:

– A propósito, es cierto, tú no lo sabes, tengo que explicarte. Figúrate que, desde hace mucho tiempo, el polichinela del señor Paul merodeaba alrededor de Lili; tenía unas intenciones que no eran difíciles de ver. En las Tullerías, en el parque Monceau, en los Campos Eliseos, en los alrededores del Guiñol, cerca del mercado de barquillos, en el coche de las cabras, por todas partes nos acechaba, nos seguía. Nosotros hacíamos como si no nos percatáramos de todas esas actividades. Es así como hay que proceder, ¿verdad mamá? En fin, la semana pasada, el señor Paul, un muchacho muy apuesto, se ha decidido a hablar. Me manifestó que su pelele estaba completamente enamorado de mi muñeca y no se echaría atrás ante ningún sacrificio para conseguir complacerla. Yo le dejaba decir. Era bueno saber lo que él entendía por sacrificio. Entró en detalles. Ofreció una cocinita, muy completa, comprada en Delorme, un coche tirado por dos corderos, y los vestidos, naturalmente. Además, una suma el primero de cada mes. ¿Eran unas proposiciones convenientes, dime, mamá? Y el polichinela, muy bien puesto, tenía el aspecto de un caballero. Yo pensé que no debía dejar escapar la ocasión, y por eso es por lo que mi muñeca tiene algunos trapos, a la espera de algo mejor. Para una pequeña que comienza, es agradable tener un coche.

La madre se retorció de risa.

– Fíjate – continuó Bebé – se diría que eso te sorprende. ¿Tienes alguna idea de lo que pasa? Pero, mamá, esos arreglos se hacen todos los días. Es una costumbre. No se oculta. Todas las muñecas de mis amigas están muy bien mantenidas. Fíjate, la muñeca de Juana está con el payaso del señor Maxime, la de Renée con el bebé chino del señor Adrien, y la de Regina con el general circasiano del señor Philibert. Ella ha tenido suerte; hay que decir también que está admirablemente hecha, y que es muy elegante.

– Bueno, basta – dijo la madre tratando de retomar su seriedad. Tu muñeca me dará la satisfacción, señorita, de romper toda relación con el polichinela del señor Paul.

– ¡Eso ya está hecho mamá! Lili le ha notificado su despido hoy mismo. Ella tenía, creo, alguna amistad por él. Pero ha comprendido que no debía mantener una relación que no la conduciría a nada serio. Él mantenía sus promesas, yo no digo que no, ¡pero tan pobremente! ¡una verdadera lástima! ¿Es que podía soportar, – mientras la muñeca

de Regina estrena cada domingo un vestido nuevo, – llevar un despreciable vestido de cuatro centavos, y siempre el mismo? Ah! ¡si pudiese arreglarse con el general circasiano!

ZO PRUDENTE

La discusión se volvió intensa, y eso no tenía nada de sorprendente, pues el objeto de la desavenencia era de la mayor importancia; se trataba de saber si la pequeña Zo era rubia realmente o, sí morena de nacimiento, debía a los refinamientos de la química moderna el oro rizado de su ardiente cabellera.

–¡Morena! – sostenía Lo.

–¡Rubia! – sostenía Jo.

Y cada una insistía en su opinión. Lo añadió: «Como las alas de los cuervos », mientras que Jo, desde que la literatura llega incluso hasta la canción de Fortunio, – ¡a causa de la música! – exclamó: «¡Cómo el trigo!»

Finalmente hicieron una apuesta, cuyas condiciones juradas por ambas partes, – ¡oh! los serios juramentos – consistían en que la perdedora, durante toda una semana, no trataría de distraer de su deber, – no, ni siquiera con una mirada que ríe de soslayo bajo las pestañas, ni de un pequeño pie que no sabe lo que hace bajo la mesa, – a ninguno de los amantes de la ganadora. Pero ¿cómo conseguir una certeza perfecta? No era el momento ni de pruebas a medias ni de vagas probabilidades; la seriedad de las circunstancias exigían que la verdad fuese establecida indiscutiblemente. Jo prorrumpió a reír. «¿Tienes una idea? » dijo Lo. «¡Excelente, querida!» Y cuando ambas hubieron hablado en voz baja, Lo convino, en una carcajada también, que la idea era muy imaginativa. Es cierto que la prueba propuesta sería completamente convincente y que tras eso no habría nada más que decir.

Al día siguiente, Jo y Lo, gracias a la complicidad de Roseta, se mantenían al acecho vigilando detrás de la puerta, apenas entreabierta, del cuarto de baño donde Zo, sin desconfianza no se cortaba un pelo ante su espejo como si hubiese estado usted o yo. Ellas oyeron el deslizamiento de la esponja sobre las lisas redondeces de los hombros y los brazos, vieron rodar sobre el pecho como perlas, unas gotas de agua, y una, en la punta del seno, detenerse y brillar, rocío de una pequeña rosa, que no cae más que a disgusto. ¡Ellas no dejaban de mirar! Tanto que al final les fue dado admirar por completo – en el instante donde se deja caer a sus pies con la batista de la camisa en redondo los queridos recuerdos de las noches, – esa exquisita estatua en porcelana rosa y viva que se llama señora Zo.

–¡He ganado! – dijo Jo. Es rubia, adorablemente rubia.

Pues bien, Lo, empecinada, no consentía en confesarse vencida.

–Mantengo que es morena. Solamente...

–¿Solamente?

–Solamente, – dijo Lo – ¡que ella piensa en todo!

JULIETA EN LOS INFIERNOS

Contaré la visión que he tenido para dar que reflexionar a las jovencitas enamoradas sin convicción que creen que se pueden hacer dos cosas a la vez,

Y que, a menudo, en la alcoba, en el momento de la delicia suprema, estudiasen con una mirada apenas moribunda los juegos de luz y de sombra sobre la seda de las cortinas,

O incluso, – más que a los suspiros del amante en éxtasis, – estuviesen atentas al ruido monótono del péndulo del reloj.

Una noche, tras los pasos del poeta Catulo, – y ese era el guía perfecto que convenía al Dante frívolo que yo era, – penetré en el círculo infernal

Dónde están eternamente castigados los hombres y las mujeres culpables por haber trasgredido las leyes del justiciero tirano Amor.

¡Y vi terribles suplicios! Había bellas flirteadotas que se retorcían desnudas sobre enormes parrillas en forma de divanes

En las que cada barra al rojo, donde chisporroteaba la carne, era uno de los deseos que ellas habían encendido.

Y había allí amantes criminales que, por haber engañado una o dos veces a sus amantes con sus esposos, estaban obligadas a hacer felices a éstos

Hasta el fin de los siglos. Y vi también, siempre sedientos, condenados a no comer más que apariencias de frutas, a no beber más que en copas vacías,

A Lisistrata de Mileto, que amó con un vano amor a Rhodope de los ojos verdes de Corinto, y a Gabrielle de Asnieres, que cenaba todas las noches en la mesa de invitados de la calle de los Martires, con Rosa, de Bougival.

Y, más allá, bajo lámparas de hielo, de donde caían témpanos, a las implacables mundanas que nunca conocieron las tiernas languideces bailando un eterno cotillón.

Teniendo en los pies unos zapatos de satén blanco, que no eran zapatos de satén blanco, sino que eran torpes botas hecha de una nieve mil veces más fría

Que la nieve de los icebergs polares. Lleno de dolor a causa de esos horribles espectáculos, iba a decir a mi guía: «¡Oh! ¡por favor! salgamos de este lugar de desolación y angustia »,

Cuando reconocí a una joven. Sombra ahora, que había llevado sobre la tierra el nombre de Julieta y a la que que había conocido una mañana de junio, cerca del estanque de Ville-d'Avray. Y su suplicio era el más cruel de todos los suplicios.

De entrada, unos demonios semejantes a hermosos y apuestos jóvenes, la conducían completamente desnuda ante un armario con espejo, y ella sonreía al verse tan blanca bajo el oro desenredado de sus cabellos,

Con dos fulgores rosas al oriente de sus senos semejantes a dos enormes perlas. Luego otros demonios, que habían tomado el aspecto de los más ilustres costureros y más famosos modistas de París,

La vestían con delicadas telas, confeccionadas según la moda del futuro, le ponían un sombrero bonito y ligero como un ramo de flores; y Juliette, mirándose en el armario con espejo,

Sonreía ante la imagen de su vestuario. Pero, entonces, surgían de todas partes unas Arpías que se parecían a las costureras de Carpentras y a los modistas de Draguignan, y esos monstruos,

Arrancando y pisoteando las delicadas telas y el ligero sombrero, envolvían a Julieta, como en un saco, con un vestido de algodón amarillo estampado de flores,

Le ponían sobre los hombros una cachemira de Lyon de fondo blanco, y sobre los cabellos un gorro turbante donde se erigía una pluma verde y donde estaba adaptada una peluca gris

Que colgaba en bucles ingleses. Y Julieta, obligada a mirarse en el cruel espejo, miraba con ojos abiertos de par en par con una locura de espanto, a esa lamentable

Provinciana, con un capacho en el brazo, a quién ella, por desgracia, se parecía. A la vista de tal suplicio no pude retener mis lágrimas y exclame: «¡Oh! Catulo, oh, maestro,

¿Por qué crimen ha merecido esta pobre alma un castigo tan bárbaro? » Y mi guía dijo: «Pregúntaselo»

Entonces yo: «¡Oh, pobre alma, tu culpa fue sin duda especialmente execrable. Acércate, háblame. Has engañado al que te adoraba

En su propia casa, en el querido lecho sagrado por vuestros primeros besos? Tal vez has aprovechado su feliz sueño para hundirle un cuchillo en el corazón, o de su hambre confiada para

Mezclar alguna droga fatal con la salsa de los cangrejos a la bordelesa? » Pero Julieta, pálida de horror, con la mirada siempre fija sobre la imagen vengativa, dijo: «No»

No, no lo he engañado, no le he golpeado en el corazón, no he puesto agua tofana en la salsa, y sin embargo merezco mi incomparable suplicio, pues, una noche,

Una noche de ternuras y delirios, en nuestra querida cama, bajo la luz misteriosa de la lámpara que va a apagarse

Mientras Valentin me abrazada apasionadamente con la inefable caricia a lo que nada sobrevive, yo, yo miraba revolotear una pequeña mosca, y la atrapé

Con un rápido movimiento de la mano, sobre el encaje de la almohada. »

ZO PERSPICAZ

Hace todo un día que Zo no ha visto ni a Jo ni a Lo. Llama a la puerta con todas sus fuerzas. A veces ellas se hacen algunas visitas amistosas por las mañanas.

–Buenos días, Roseta, ¿Está Jo?

–No, la Señora ha salido.

–¡Ya!

–Antes de las diez.

Zo emite una risilla. Para que Jo, que adora quedarse sobre la almohada arrugada donde se charla en pareja, se haya levantado tan temprano, hace falta que haya tenido que cumplir algún tierno deber. Pues Jo es una persona consecuente con sus ideas, que no se distrae de un amor más que por otro amor. ¿Pero a casa de quién habrá ido? ¿A la del vizconde de Argeles, al que ella ensalzaba, la semana pasada, a la pequeña Lo, el bigote rubio que apenas se rizaba y los ojos de un azul oscuro? tal vez; sus caprichos, a veces, no duran menos de ocho días. ¿A casa del Sr. Marciac? tampoco es inverosímil: «Mira, le había dicho anteayer, donde habéis puesto esa bonita aguamarina con un Eros grabado, que estaba sobre la repisa de vuestra chimenea? – Bajo mi almohada, señora. – ¡Eh! ¿por qué, señor? – ¡Para que vayáis allí a tomarla!» También se podía creer que tal vez tuviese una cita, – de negocios – en el despacho de Les Brouzil, joven abogado de moda, que no pleitea más que separaciones, siempre contra los maridos; y nada impide suponer que haya aceptado almorzar con el Sr. de Puyroche que ha reunido una colección completa de aguafuertes de Rops, completamente bonita para mirar a los postres.

Zo, curiosa, imagina un medio de aclarar el asunto. Dime como vistes y te diré a donde vas.

–¿Qué vestido llevaba puesto tu señora, Roseta?

– El vestido de paño gris hierro.

–¿Con una blusa de chaleco y el pequeño cuello recto como un cuello de uniforme?

–Sí, señora.

–¡Ya! ¡ya! ¿y qué sombrero?

– El gorro húngaro de fieltro, un poco caído sobre la oreja.

–¿Sin flores ni plumas?

–Nada más que una cinta negra con un bucle de acero.

–¡De maravilla! ¿Guantes?

–No, sin guantes.

–¿Y pocas sortijas?

–Ninguna.

–¡Cada vez mejor! ¿Qué botines?

– De piel de cabra.

–¿Qué se anudan?

–No, señora, elásticos.

–¡Perfecto! – dijo Zo con una sonrisa que adivina.

Sin embargo los indicios no deben parecerle completamente suficientes, pues todavía interroga a Roseta a media voz, casi al oído:

–¿Mucho polvo de arroz, sin duda?

–Muy poco y muy tenue. Solamente un toque en los ojos, más que de ordinario, lo que da a la Señora un aire malévolo, muy divertido.

– ¿Pero polvo rubio?

–No, señora.

–¿Cómo? ni siquiera...

–¡En absoluto!

– ¿Y perfumes?

– No del todo. El hylang-hylang, en el frasco, no ha disminuido ni una línea. Por el contrario, la señora ha puesto en sus bolsillos, en su blusa, donde ha podido, – no he comprendido por qué – todos los pequeños objetos de cuero de Rusia que estaban en los cajones.

–¡Cuero de Rusia!

–Luego ha atravesado el salón, muy aprisa. Pero, aunque tuviese el aire de tener mucha prisa, ha permanecido en la antesala, de pie, durante un cuarto de hora fumando tres cigarrillos.

–¡Tres cigarrillos! ¿seguidos? ¿con grandes caladas?

–Sí, señora.

Entonces Zo exclamó golpeando las manos:

–¡Ah! ¡la loca! No ha ido a casa del Sr. Puyroche, ni a la de Les Brouzils, ni a la del Sr. Marciac, ni a la del vizconde de Argèles.

–¿Y a casa de quién entonces, señora?

–Eso no es de tu incumbencia, Roseta.

Luego con una risa loca, bajó la escalera, rápidamente, a saltitos, con los delicados ademanes de un ratoncillo que baja corriendo y subió a su culpé diciendo al cochero: «¡Al domicilio de la señora Lo, aprisa!»

LECTURAS NOCTURNAS

El marido y la esposa leen en la cama, dándose la espalda, él a la luz de la lámpara sobre la mesilla de noche, ella a la luz de las velas rosas en el candelabro de cristal de Venecia que está encastrado en la pared acolchada. ¿Qué lee él? la «Revista de la Inglaterra colonial » El señor es un hombre de comercio, muy serio. ¿Qué lee ella? «Para condenarse» de Jeanne Thilda. La señora es una mundana muy frívola. ¡Ah! el exquisito librito, tan bonito y culpable. Todas las sonrisas que engañan, con todos los besos que mienten. Todos los consejos para amar, no durante mucho tiempo. Un buen libro para guardar entre las joyas, en el cofre de madera de sándalo que llevase la marquesa de Portalègre, o Lila Biscuit, como la canastilla de bodas de los caprichos de una noche. Cada historieta despierta un recuerdo o hace nacer una esperanza, – recuerdo de un beso, esperanza de un abrazo; cada frase, donde suspira un poco de ternura sincera bajo el chismorreó parisino, es como una rosa de los bosques empapada en pánace. ¿Cómo no perder la cabeza, leyendo esas encantadoras locuras? ¿Qué mujer no soñaría con ser una de esas a quienes se habla de amor en ese adorable volumen? «¡Ah! señor, no quiero, déjeme! » No, esa es una de las páginas que ha sobrepasado los límites, ¡la impertinente! Y sin embargo en la cama donde el marido y la esposa están castamente acostados, ésta ya no se preocupa en absoluto de Jeanne Thilda ni de su libro. Aun cuando parece leer ya no lee ni una línea. Tiene veinte años, su marido le da la espalda. Bajo las sábanas ella hace pequeños movimientos inquietos con el pie. ¡Que dulce y cálido es el aire en la habitación! Bosteza un poco, levantando un brazo de donde se deslizan unas sedas, un brazo que sale de la sábana. Se vuelve a medias, arroja una mirada de soslayo: ¡él continúa leyendo! Ella se acerca apenas, con deslizamientos de seda. Decididamente, sí, hace mucho calor. Aparta el borde de la camisa de donde el pecho sale un poco con un movimiento oscilante. Se acerca más. Hace un ligero ruido con la punta de la uña sobre la batista de la almohada. Adelanta una pierna, casi tiene miedo de encontrarse con otra pierna, un miedo que le gustaría. «¡Ah! amigo mío, perdón, creo que os he tocado! – No, no.» Él reanuda su lectura. Ella ha apartado la camisa por completo. «¿Es muy interesante esa revista? – No demasiado. – ¿Quiere usted que le preste mi libro?» Y ella le ofrece el volumen de Jeanne Thilda, tan culpable y tan bonito, consejero de caricias. «Eso sería privaros de él, querida.» Ahora ella está muy cerca. «¡Oh! yo, dice ella muy mimosa, ¡ya no tengo necesidad de él!»

LA CARIDAD RECOMPENSADA

Sobre ese gran camino de España, donde las bellas señoritas y los apuestos muchachos, brazos encima brazos debajo, regresan de la corrida, el joven mendigo, bien cubierto con su capa harapienta, pedía una limosna diciendo que no había comido desde hacía dos días; y a pesar de la salud firme de la carne de su busto, tan tostada que parecía de oro bajo los desgarrones de los harapos, se adivinaba que no mentía, no habiendo más que considerar su lamentable aspecto y sus mejillas hundidas por el ayuno. Sin embargo las personas no se preocupaban demasiado de él, ocupadas como estaban con canciones y amor. ¿Se le dejaría morir de hambre al buen mendigo sobre el camino?

Solamente se detuvieron tres muchachas, de veinte años, gordas, risueñas, y tuvieron piedad de él.

La primera le dio un real.

–¡Gracias!–dijo él.

La segunda le dio un centavo.

–¡Dios os los pague! – dijo él.

La tercera, – la más pobre y la más bonita, – no tenía ni centavos ni reales: le dio un beso en la boca. El hambriento no pronunció palabra; pero advirtiendo a un vendedor de flores que pasaba, pagó con todo el dinero mendigado un gran ramo de rosas y se lo ofreció a la bonita muchacha.

BAJO EL BIGOTE

Catorce años, ya bonita, con su frágil esbeltez de un joven rosal que va a cubrirse de rosas, la señorita Elena ya era una muchachita pasablemente curiosa. En las pasadas vacaciones, jugando a las muñecas en el salón donde su primo mayor – diecisiete años, un hombre ya completo, – traducía a golpes de diccionario las sátiras de Perse, ella observó que el colegial no podía permanecer ni un minuto sin meter en el borde de sus labios, bajo el bigote naciente, la barbilla de su pluma de oca. Incluso, la hacía ir y venir, aquí y allá, un poco más bajo, un poco más arriba, como con intención de hacerse cosquillas. ¿Qué placer podría obtener con eso? Pura manía sin duda de colegial absorbido por la búsqueda del sentido del texto que se resiste. Pero la señorita Elena no lo entendía de ese modo. Cosquilleándose el labio con la barba de su pluma, el primo mayor debía encontrar alguna particular satisfacción. Ella no dudó en intentar la experiencia sobre sí misma. Cogió una pluma, se encerró en su habitación, y, delante del espejo, comenzó a pasear la fina caricia deslizante entre el labio superior apenas rojo y la naricita respingona. Nada, o casi nada. Apenas un estremecimiento, más bien desagradable. Continuó, se dedicó a ello con frenesí. Pero nada. Iba a deducir de ello que su primo era un imbécil, cuando se dio cuenta de que si no experimentaba ningún placer, era porque no tenía bigote. Los bigotes nacientes deben ser indispensables en la perfección de ese juego. Por desgracia ella no lo tenía, y, dando una patada, con un enfurruñamiento muy divertido, pensaba que siempre tendría que ignorar el encanto que se encuentra en pasear la barba de una pluma bajo los rizos de los jóvenes pelillos rubios. Se sentó en un gran sofá, todavía colérica, un poco soñadora. ¿En qué pensaba ahora ella con un comienzo de sonrisa y ese aire indeciso que parece decir: ¡eh! ¡eh!?

En torno a ella, la habitación que bañaba la dulzura del crepúsculo era misteriosa y discreta. La soledad, ningún ruido, apenas un trino de pájaro por instantes a través de las telas de las cortinas bajadas. Una languidez de atardecer, propicia a los abandonos del sueño. Cuando la campana del jardín anunció la hora de la cena; la señorita Elena se levantó muy aprisa, corrió hacia su espejo, se miró, alisó sus cabellos despeinados. En la mesa, mostró modos extraños, como pensando en otra cosa, asombrados y radiantes. Y, después, en el salón donde ella juega a las muñecas, cada vez que el primo mayor se pasa la pluma bajo el bigote, la hace ir y venir, aquí y allí, un poco más abajo un poco más arriba, a ella le sobreviene, volviéndose a medias, un vago sonrojo, y, algunas veces, una risilla, que parece decir que está completamente al corriente de las cosas.

LA PRUEBA

–En cuanto a lo que a mi respecta, – dijo Jo – hay días en las que estoy completamente aturrida, en los que no se como proceder para aclarar mis verdaderos sentimientos. Entre tantos asuntos, cuando tantos hombres nos solicitan no ser crueles, ¿qué medio hay de discernir con certeza a aquél que nos gusta en efecto y por el cual podemos, sin temor a una desilusión inmediata, perder algo de nuestra reserva habitual? En semejante caso, el error, aunque siempre reparable, tiene algo de irritante. Haber elegido a Paul o Léon, y, una vez la cosa hecha, reconocer que era a Gaston o Ludovic a los que prefería, todo el mundo convendrá que es lamentable. ¡Ah! ¡cuántos besos perdidos! Es como un goloso que después de cenar se diese cuenta que ha comido prácticamente del plato que no puede soportar; dime si no lamentaría sus bocados. Me han ocurrido muchos de esos infortunios, –¿quién no los ha tenido? – y me he vuelto circunspecta. A pesar de ello, vuelvo a recaer en mis desgracias. El otro día aún, me creía segura... Pues bien, en absoluto; me equivoqué de cabo a rabo. Es que en el fondo soy muy ingenua. Por un pequeño latido de corazón, creo en una gran pasión. Un enamorado se arroja a mis pies mientras que un ómnibus circula con estrépito por la calle; y no puedo impedir estremecerme, imaginándome que el ruido es a causa de el enamorado! Lamentablemente no, es del ómnibus; y, por desgracia, cuando racionalizo las cosas, hace una o dos horas que el coche ha pasado. Es realmente lamentable que no se haya encontrado un medio de darse cuenta con claridad ante toda imprudencia, de las incitaciones tiernas que una cree experimentar, eso nos ahorraría muchas equivocaciones que no son del gusto precisamente de personas preocupadas por su dignidad.

–Pienso como tú y he encontrado el medio.

–¿Lo has encontrado? – dijo Lo.

–Lo he encontrado, – dio Jo.

–¡Ah! querida, dímelo

–¡Con mucho gusto, querida! Cada vez que me ha parecido estar vagamente confusa a la vista de algún hombre, no dejo nunca de pensar en él, durante mucho, mucho tiempo, por la noche, antes de dormirme. Lo veo en mi mente tal como se me ha aparecido. Me imagino que se arrodilla ante mi, que me toma de las manos, que me dice, con los ojos húmedos, las más cariñosas palabras. Y me dejo llevar por mi sueño. Siento sobre mis labios la fina caricia de su bigote. Está ya tan cerca, se aproxima. Levanta el encaje de mi manga, su aliento hace vibrar el vello rubio de mi brazo. Poco a poco, muy delicadamente, con el cuidado de tocar un pájaro que podría levantar el vuelo, se atreve a las supremas audacias, su boca esta casi sobre mi boca, y entonces...

¿Y entonces? – dijo Jo.

–Entonces – dijo Lo – sin desviarme de mi sueño, ¡ y esto es un punto muy importante!, tomo una de mis sortijas, aquella, un poco pesada, de oro viejo, donde está encastrado un rubí, y, con un gesto ligero que ni toca la piel, la pongo, como en un pequeño dedo, entre la batista apartada, en el botón de rosa de té que florece en mi seno izquierdo, mi seno izquierdo, ¿entiendes?

–Te entiendo, pero no comprendo.

–¡Eres muy ingenua, en efecto! Sucede una de dos: la pesada sortija se desliza o bien permanece suspendida; si cae, yo rechazaré prudentemente al nuevo pretendiente, pero si no cae, es que puedo, sin exponerme a crueles decepciones, a permitirme un dulce desfallecimiento.

Jo reflexionó durante un largo rato.

–Sí – murmuró, – el medio es bonito.

Pero añadió con un suspiro:

–Solamente que no valdría para mí; pues si yo soñase como tú me has dicho, la sortija – una se conoce, ¿verdad? – la sortija, incluso muy pesada, ¡no caería nunca!

LA BUENA ENFERMEDAD

¿Así que era eso el matrimonio? Tras algunos meses de ternuras, el abandono, la soledad. Completamente sola en un rincón al lado de la chimenea durante el invierno, completamente sola en la ventana durante el verano, la condesa Amedina esperaba ahora con lágrimas en los ojos al ingrato que regresaba tan tarde, ¡cuando regresaba! Los placeres de antaño, el círculo, los salones de las coquetas lo habían echado a perder de nuevo, no lo abandonaban. ¿Cruel? no, pero descuidado. Y como ella no era de las que aprenden, en las vanas alegrías del mundo, a no echar de menos las felices intimidades perdidas, sufrió tanto y durante tanto tiempo, que cayó enferma. Enfermedad hasta el punto de que a la pregunta: «¿Es grave, doctor? » el médico respondió un día: «Tan grave que morirá de ella.» Entonces, bruscamente, el conde se transformó. El amor apagado se volvió a encender, muy ardiente. No más círculos, no más salones. Siempre en casa, siempre cerca de ella, con arrodillamientos que pedían perdón, con lágrimas que tienen temor de dejarse ver. Se le había aconsejado viajar a los países cálidos y soleados. Él la llevó. Fueron a Nápoles, a orillas del mar azul y dorado, a la bonita casa con flores y pájaros rodeándola. ¡Oh! ¡qué feliz era ella ahora! ¡De igual modo que las melancolías del mal siempre crecían, ahora se desvanecían en el amor reconquistado! Con la condición de que su marido estuviese allí, sin cesar, ¿qué importaba lo demás? Ella bendecía el sufrimiento que le valía tantas dichas. «¡Tú me amas, todo está bien!» Raramente soñaba, como una pesadilla olvidada, en sus tristezas de antes, cuando se encontraba tan radiante. Él, sin embargo, se preocupaba espantosamente. Para prolongar esa vida que le era más preciosa que su vida, ¿qué no hubiese intentado? Pensaba en otros viajes, hacía acudir a la cabecera de la condesa a los médicos más ilustres. Un día por fin tuvo una gran alegría. «Amedina, dijo él, ¡estás salvada! – ¡Yo!, dijo ella palideciendo. – ¡Salvada! la semana que viene recibiremos la visita de un médico de Londres que cura en poco tiempo, todo el mundo lo dice, la enfermedad de la que estás afectada, ¡querido ángel! » Ella no respondió. Pero estuvo triste durante siete días, muy triste. Y no encontró su pálida sonrisa de moribunda feliz hasta el fin de semana, cuando estuvo completamente segura de que el médico de Londres, – a quién ella había escrito en secreto – no acudiría a curarla de su deliciosa agonía.

FIDELIDAD AL JURAMENTO

–¡Quiero que me lo jures! – dio el enamorado.

– ¡Por supuesto! – dijo la enamorada – y el juramento será tal que ninguna mujer en el mundo se atrevería a faltar. Pues yo no juro por personas queridas ni por las venerables cenizas de mis antepasados, sino que juro por el azul soleado de mis ojos, por la nieve rosada de mi rostro, por la sangrante flor de mis labios; y pudiese ver en el espejo vengador mis miradas apagadas, y lívida mi mejilla y mi boca marchita, si no mantengo el solemne compromiso que adopto esta noche, con la cabeza sobre tu pecho, habando bajo tus besos.

¿En lugar del enamorado, quién no hubiese estado seguro? lo estuvo y también quedó encantado; poco tiempo en realidad; al día siguiente, ella ya lo engañaba descaradamente con el barítono de un teatro de opereta.

–¡Ah! ¡perjura! ¡perjura! – dijo él con lágrimas.

–¡De ninguna manera! Exigiendo una promesa sagrada, no debías olvidar de precisar el objeto de la misma, y lo que yo juraba, ayer, con la cabeza sobre tu pecho, hablando bajo tus besos...

–¿Qué era? – preguntó él.

– ¡Eh! señor – dijo ella – era amar a otro.

LA TARJETA DE VISITA

La menuda señora de Courtisols, – ustedes ya conocen sus bonitos ademanes de obstinada inocencia, y su modo de exclamar: « Pero, señor, ¿qué quiere usted en realidad?» cuando no tiene nada más que pedirle – la pequeña Elena de Courtisols ha ido a la feria de San Clodio con la condesa de Ruremonde. ¿Dos mundanas entre esa muchedumbre que se agolpa y berrea? sí, las dos solas, en impermeable y con sombreros de cincuenta francos, con aspecto de vendedoras de un comercio que aprovechan el domingo. Una escapada, una locura. ¡Y cómo se han divertido! Al día siguiente, almorzando en el comedor donde dos criados ofrecen el asado de pájaro de Córcega en la vajilla de plata blasonada y vierten un dedo de Château-Yquem en los vasos lechosos donde el día se opaliza, ellas recuerdan, partiéndose de risa, los chisporroteos de las frituras bajo las tiendas, las cocinas y los mesados en tugurios de madera.

–Es igual, hermosa mía, – dijo la condesa de Ruremonde, – habéis llevado las cosas un poco lejos, y habéis sido demasiado benevolente con ese joven desconocido bastante bien parecido, creo ...

–¿Qué joven, querida?

–¡Eh! bien lo sabéis.

–No, no del todo, os lo juro. ¡Ah! sin embargo, sí, esperad, me parece que ya me acuerdo. Veinticinco años aproximadamente, ¿verdad? rubio, de aspecto común. Sí, sí, ya me acuerdo. Se acercó a nosotras, entre la muchedumbre, en el momento en que acabábamos de subir a un banco para ver mejor el combate de los luchadores.

–¡Ya lo creo que se acercó! Estaba detrás de nosotras, y tan cerca, no de mí, que se hubiese dicho en realidad que os tenía tomada por la cintura y que os hablaba al oído.

–¡Ah!, condesa, por el amor del cielo, ¿qué ideas tenéis? ¡Imaginarse semejantes exageraciones! ¡En el oído! ¡un desconocido! De ningún modo, él no me dijo ni una sola palabra. ¿Acaso pensáis que no me hubiese desagradado si me hablase? Con respecto a tomarme por la cintura, es la más insigne falsedad. ¿Cómo hubiese hecho, a menos que fuese un gigante, puesto que yo estaba de pie sobre el banco de piedra?

–¡Oh! no insisto en lo concerniente a la cintura, precisamente. Reconozco que estaba mal situado para alcanzar tan alto. Pero me había parecido que sus manos...

–¡Fi! ¡condesa! Un momento, creo que me tocó, en efecto, apenas; pero era con excelentes intenciones. Como había tanta gente, temía sin duda que mi falda se arrugase; extendió los brazos para protegerla, – pero respetuosamente, ¡oh! muy respetuosamente.

–¿Y llevó el respeto tan lejos como eso?

–¡Tan lejos como fue posible! Creo incluso que se lo agradecí al Sr. Gaston Rivelin.

–¡Cómo! – dijo la señora de Ruremonde estupefacta, – ¿habéis sabido su nombre? Pero la pequeña Elena de Courtisols no mostró la menor turbación.

–Dios mío, sí, y del modo más extraordinario del mundo. No me explico del todo lo que debió ocurrir. Figuraos que ayer noche, desvestiéndome, encontré la tarjeta de visita del Sr. Rivelin...

–¿En vuestro bolsillo?

–No, – dijo la imperturbable inocente con una sonrisa de muchachita, ¡en mi media de seda negra, encima de la liga!

PRELUDIOS EN MENOR

Ese joven provinciano hubiese sido el más ingrato de los amantes felices si no hubiese reconocido que recibía cada día una acogida muy conveniente, – cada día, a la misma hora, desde hacía dos semanas, – en el salón rosa y malva de la pequeña Zo. ¡Ah! ¡la bonita culpable! Todas las complejidades perversas de los sutiles delirios, todos los exquisitos empleos de la doble rosa de los labios y de sus dedos menudos y rápidos como desplazamientos de mosca, los conocía mejor que nadie, y sobre todo era excelente en el arte de las exasperaciones que suspiran y de la ralentización suprema. Delicias concedidas y compartidas. Pues ella no era en absoluto, en el duelo del amor, de esas personas demasiado dueñas de sí mismas que, atacando siempre, nunca olvidan parar; a él le gustaba ser herido. Antes incluso del primer beso, ella ya tenía, enseguida, al borde de los parpados, pequeñas lagrimas dulces que eran en sus ojos pálidos como un rocío de acianos. Sin embargo el joven hombre de provincias no mostraba una completa satisfacción, y una vez, el imprudente, se atrevió a decir: «Tu eres, sin ninguna duda, la más bonita y la más cariñosa de las enamoradas, pero hay algo que me choca y que me disgusta – ¿Qué es?, preguntó Zo. – Es, dijo él, que no he entrado nunca en tu salón, todos los días, a la misma hora, sin encontrar allí, sentadas demasiado cerca de tu diván, de donde se escapan en el momento que yo llego, a la pequeña Jo o la pequeña Lo. Esas visitas, antes de la mía, no me resultan agradables, y harías bien, creo en no permitir las más. – Bueno, ¿por qué? preguntó Zo con una mueca donde afloraba una sonrisa un poco maliciosa. Además, puesto que no tengo más interés que complacerte, no dejaré de decir a Lo: « Vete » y a Jo: «No vuelvas más.» Ella mantuvo su palabra. A partir de ahora, entrando en el salón malva y rosa, el joven provinciano ya no vio el gorro de Jo caído sobre la alfombra, ni la cola del vestido de Lo escabullirse entre los dos batientes de una puerta rápidamente cerrada. Pero lo que había ocurrido produjo un cambio, por desgracia. Todo lo que Zo sabía, ahora lo había olvidado, y no mostraba más que escasamente el deseo de acordarse de ello. ¡Ah! la decente pequeña mojigata, ahora, con complacencias de resignada esposa. ¡Ella, mojigata, la pequeña Zo! Consentía, puesto que había que consentir, sorprendiéndose de que se lo pidiese, bostezando; la doble gavanza de sus labios ya no sabía lo que tenía que hacer e, incluso tras todos los besos, nunca un rocío de pequeñas lágrimas mojaba los acianos de sus ojos. Por momentos, con una decisión repentina, trataba de renovar las delicias de antes: ¡inútil tentativa! su esfuerzo languidecía rápidamente en una indiferencia tediosa; y el amante experimentaba esa penosa cólera que un pájaro de los trópicos, acostumbrado a mecerse en ardientes cálices, experimentaría posándose sobre una flor de nieve. ¡Ah! ¡completamente apenado el joven provinciano! Aunque un día, acercándosele al oído, él dijo a la pequeña Zo: « Tú sabes, pequeña Zo, he reflexionado, y, en definitiva, no habría nada malo en que tu amiga Jo y tu amiga Lo viniesen a verte alguna vez, antes de mi visita, algunas veces, ¡o incluso todos los días!»

IDILIO

Vuestra es la culpa, rosas del sendero, que hacéis soñar a las jóvenes bocas abiertas, musgos de los bosques que concedéis el pensamiento del sueño a las parejas, bajo el frescor de las ramas, después de las dulces fatigas; ¡es culpa tuya, primavera! Con el irresistible furor de un fauno que transporta a una driade, el apuesto muchacho, de veinte años, busto de Hércules adolescente y los músculos tensos, arrastró a la pobre pequeña que apenas gritaba, y no se resistía demasiado, no sabiendo la muy simplona lo que él quería. Lo peor es que la aventura no permaneció ignorada. El se vanaglorió de ello el domingo, después de beber con los amigos, apoyado entre los barriles de vino. ¡Oh! cómo la compadeció todo el mundo en el pueblo, sobre todo las mujeres, las viejas basculando la cabeza con aire conmovido, las jóvenes con gestos de pavor y sonrojo también: ¡hubieseis creído que la cosa les hubiese sucedido a ellas! Pero no era solamente a causa del honor perdido por lo que se sentían llenas de piedad. Se pensaba en el miedo que ella había debido de pasar, en el daño que se le había hecho. ¡Oh! ¡qué monstruo, ese apuesto muchacho! Ella era tan frágil, tan encantadora, no más de quince años en realidad. Cuando se contaba la historia, un escalofrío recorría la espalda de las muchachas más aguerridas. Era como si un ogro hubiese devorado al pequeño Pulgarcito, como si el lobo hubiese comido a Caperucita Roja. La cosa dio tanto que hablar que finalmente llegó a oídos del señor cura; y, lleno de cólera contra el malhechor, quiso consolar a la ingenua víctima. La hizo llamar. Ella entró. Estaba roja de vergüenza, lloraba un poco, se enjugaba los ojos con el extremo de su delantal, volviendo la cabeza. «Acércate, hija mía; vamos, no temas nada, tú no eres culpable. ¿Así que es cierto que ese palurdo te ha maltratado?» Ella permanecía callada, como no comprendiendo, y emitía grandes suspiros. El cura insistió: «Te pregunto una vez más, hija mía, ¿es cierto que ese despreciable hombre te ha sometido a los últimos ultrajes? – ¿Los últimos? ¡oh! señor cura, espero que no,» dijo ella bajando sus largas pestañas donde una pequeña lágrima parecía sonreír.

EL VENDEDOR DE FELICIDAD

«Aquí está la felicidad, señores! ¡he aquí la felicidad! » Es el dios Amor que pasa por la calle anunciando su mercancía. Pero los transeúntes no se detienen, y las ventanas permanecen cerradas. «Aquí está la felicidad, señores! ¡he aquí la felicidad! Conozco en un taller de modistas a una bella muchacha rubia que tiene el corazón en los labios y quiere ser besada. Ella es la juventud y la risa. Será la amante loca que pone en toda la habitación y en todo el pensamiento una dicha de besos y canciones. Pero para que ella ame, debe ser amada. Vamos, ¿quién quiere a mi bella muchacha rubia? » Un burgués, interrumpido en la lectura de su periódico, dio a su esposa que quitaba el polvo, en camisola, a los muebles del salón: «Esos gritos son muy molestos y la policía debía prohibirlos.» El dios Amor, en la calle, continuaba ofreciendo su mercancía. «Aquí está la felicidad, señores! ¡he aquí la felicidad! En una pequeña ciudad de provincias, conozco a una joven con pañoleta, que sueña con un novio, toda la noche, y lo espera todo el día en la ventana. Es dulce y piadosa, le gustan las flores y los pájaros. Como es hija de un capitán retirado, nunca ha llevado más que vestidos de orleáns negros, pero sus ojos son puros como pequeñas estrellas que apenas se abren, muy lejos, y su rostro es blanco como si tuviese su alma en las mejillas. Una buena ama de casa que hace unas muy buenas confituras. Dispuesta a todas las sublimes ternuras y a todos los más mínimos esmeros. Yendo al mercado y regresando del cielo. El hombre de corazón puro que la espose tomará el té, por la noche, en un rincón de la chimenea con su ideal. Vamos, ¿Quién quiere a mi joven con pañoleta?» Un deportista, que acababa de almorzar en el salón de la vieja Dora Merle, dijo, frotándose su estómago donde se hacía la digestión: «¡Ah! bien, sí, enterrarse en provincias!» Y besó los olores del almizcle en los labios maquillados de la vieja casquivana, mientras que el vendedor Amor, a quién nadie compra, continúa gritando en vano por las calles: «Aquí está la felicidad, señores! ¡he aquí la felicidad!»

LOS DOS RAMOS

Ocurrió en los últimos días de las vacaciones de otoño. El Sr. de Roseboise, que abandonó el castillo desde el amanecer para ir de caza, dejó salir volando, sin disparar el fusil, todas las bandadas de perdices; se paseaba con aspecto inquieto a orillas de un pequeño estanque. Unos velos de bruma se arrastraban sobre el silencio helado del agua en cuya superficie se abrían unos verdes y pálidos nenúfares; una libélula aquí y allá se estremecía. Pero el Sr. de Roseboise, marido preocupado, no mira ni el estanque florido, ni los vapores, ni a los insectos que se estremecen. No puede disimular que de un tiempo a esta parte, su esposa muestra un humor especialmente desabrido; manteniéndose apenas quieta, discutiendo a la menor ocasión, rompiendo a posta y sin motivo, las pastorcillas de Saxe o las bomboneras de varios pisos, con unos ojos que brillan de despecho o que súbitamente se anegan en lágrimas. ¡Ella, hosca y siempre irritada como una solterona, con sus veintitrés años, rubia, un poquito gruesa y una salud de rosa y blanco! Lo peor es que el Sr. de Roseboise – hombre justo, – no se considera completamente inocente del agrio humor de su esposa; él no desconoce en absoluto la razón, la mañana, a la hora del almuerzo, en su vestidor, por la que ella lo mira con ese pequeño gesto de nariz completamente despreciativo, pareciendo compadecerlo. ¡Consecuencia de un largo abuso, en reservado particular, del bogavante a la americana, y de unos labios igualmente rojos, más sazonados aun! Pensando en esas cosas, en la orilla del estanque, el señor de Roseboise tiene el rostro muy contrito. Se confiesa a sí mismo que en la situación presente, si se hubiese paseado en el año 61 de nuestra era por una calle de Pompeya, no habría hecho caso por nada del mundo a la señal de entrar que, encima de la puerta, indicaba el gran Cupido libertino de los pequeños mosaicos. ¿Qué decisión tomar? Para que se le perdonasen los abandonos del lecho conyugal que sorprenden e impacientan, él no ha olvidado ninguna excusa; a fin de explicar su fidelidad, festejando todos los santos del calendario de los antiguos, ha ido incluso a hacerse socio en un círculo católico. El deber religioso prima sobre el deber marital; él esperaba que el ayuno de la jornada autorizara el ayuno de la noche. Pero la señora de Roseboise no es una persona a la que se pueda engañar mediante mediocres supercherías; ella pretende que se practique de otro modo; y, día a día, el pequeño gesto de su nariz se ha hecho más burlón y más impertinente. Mientras piensa, con amargura, en las posibles consecuencias de ese desdén, el Sr. de Roseboise observa finalmente los nenúfares que se muestran entre las palmas verdes, sobre el silencio helado del agua. Un rayo le atraviesa el espíritu. ¡Oh fría flor languideciente, enemiga de los abrazos, dormida de los besos, a ti que temen, al igual que la muerte, las calidas ninfas de los bosques que ser regocijan en los brazos de los faunos, y que desgarras con furor la danza desnuda de las menadas nocturnas, eres tú la salvación! El no tiene la esperanza de que la señora de Roseboise consienta en beber, en insípida tisana, el soñoliento jugo que tú contienes, pero con solo tus aromas, mucho tiempo evaporados en la habitación bien cerrada, bastan para calmar los peligrosos deseos. A riesgo de ahogarse, entra en el estanque, arranca los tallos a manos llenas y regresa corriendo hacia el castillo, ¡ofreciendo triunfalmente a su esposa el pálido ramo completamente húmedo donde aún se estremece el ala de una libélula! Y desde ese día, él no deja de llevar todas las mañanas un ramo de nenúfares que él mismo introduce en un jarrón japonés, tan cerca como es posible de la inquietante alcoba. Los resultados son admirables. Transcurre una semana sin que la señora de Roseboise haya roto una sola pastorcilla de Saxe, ni una sola bombonera; no discute como antes y a veces permanece una hora completa tumbada sobre el mismo diván; ya no hay despecho en sus ojos, ni

lágrimas; e incluso su bonita nariz rosa ignora ahora el gesto que desprecia y burla. ¡Oh, nenúfares de agua helada, exhalaciones calladas de las bellas flores de nieve! El marido, antes inquieto, ahora se regocija; va a pasear a orillas del estanque con un conmovido agradecimiento; ignorando que, cada tarde, desde hace una semana, un vecino del castillo se introduce en la habitación en vano conyugal, y que el ramo de nenúfares, arrojado por la ventana, es sustituido en el jarrón japonés por un ardiente ramo de rosas rojas, que, durante toda la noche, unen sus cálidas fragancias, consejeras de delicias, a los perfumes de los alientos mezclados.

EL CIGARRILLO ROSA

– Que sepáis señor, –dijo la joven encendiendo un cigarrillo rosa – que no soy en absoluto una de esas personas que se abandonan fácilmente a una locura caprichosa; es indispensable asediar mi virtud según todas las reglas de la estrategia amorosa. ¡Jamás caigo! me deslizo. Por lo demás estoy dispuesta a admitir que el tiempo nada tiene que ver en este asunto: un amante que tiene alguna prisa en el deseo y en la ejecución, – ¡hay grandes artistas que son unos improvisadores! – puede obtener muchas cosas en poco rato; los madrigales, los primeras confesiones, los arrodillamientos, los tímidas audacias, las desesperanzas, las temeridades supremas, no tienen necesidad de verse desmesuradamente espaciadas; por mi parte, no me sería imposible resignarme en vuestro favor hasta las últimas vergüenzas, si, mientras fumo este cigarrillo y antes de que se consuma, vos me hacéis, de principio a fin, teniendo cuidado de no omitir ningún detalle, la corte minuciosa y asidua sin la cual una mujer que se preocupa de su honor no podría sustraerse a su reserva.

Apenas había acabado, cuando él ya estaba fuera del salón. Reapareció al instante, vestido con un traje de librea pedido prestado al criado de la antesala, y con una carta en la mano. Ella se negó a recibir la carta. Él se alejó, regresó trayendo otra nota. Esta vez ella consintió en recibir el papel. Él se retiró muy aprisa, mostrándose de nuevo, habiendo recuperado su traje, y cayó de rodillas con palabras de gratitud apasionada. ¡Así que era verdad! ¿ella se dignaba a tener alguna piedad por él? ¿ella había consentido en leer la confesión de un amor profundo y eterno? Pero ella, con una fría dignidad, le ordenó levantarse y abreviar su visita. Él no se lo hizo decir dos veces, y regresó, tres segundos después, con los ojos enrojecidos por las lágrimas. Era en vano, que, durante cinco largas semanas, hubiese querido olvidar a la que era más preciosa que su vida. ¡Esfuerzos vanos! El día y la noche, siempre, estaba perseguido por una obsesiva imagen. A estas palabras, ella pareció conmoverse. Sin duda había sido afectada por ese perseverante amor. Pero ella conocía sus deberes y no dejaría de cumplirlos nunca. Ella le conjuro que partiera, que viajara mucho tiempo; lejos, la olvidaría. «¡De acuerdo! ¡partiré!» exclamó él sollozando. Un minuto más tarde – fatigado por largas rutas, pálido por los sufrimientos, – él había recorrido España, Italia, Sicilia, incluso había ido hasta Asia Menor, sin poder encontrar el olvido- ¿Ella iba a rechazarlo aún después de una tan larga y dolorosa prueba? Sí, lo rechazaría. Loco de desesperación, abrió la ventana, y, desde que hubo puesto el pie sobre el balcón, se oyó el grito terrible de un hombre que se rompe el cráneo sobre el pavimento de la calle. ¡Ella se estremeció ante esos espantosos gemidos! Moría por ella, a causa de ella. Iba a desvanecerse, cuando – retornando al apartamento por otra ventana – él reapareció en el salón; dos criados los sostenían; bajo la venda que le rodeaba la cabeza debía tener una herida espantosa. ¡Ante esa visión ella ya no trató de martirizar más su pasión! Le tomó en sus brazos, despidió a los criados, y desesperada al verle herido, radiante por verle vivo, le hizo acostarse sobre el diván donde le fue tanto o más difícil de proponer una resistencia seria a las acometidas de ese perfecto amante, mientras ella tenía una de sus manos ocupadas en mantener la fina envoltura de papel rosa donde la ceniza todavía ardía.

– ¡Esto está muy bien! – dijo ella, tras un silencio; y habéis hecho las cosas con una prisa tan admirable, que mi cigarrillo no se ha consumido más que en las tres cuartas partes.

–También, respondió él, el cuento no ha acabado.

Ganó la puerta, y luego con un gran saludo dijo:

– No me queda , señora, más que daros las gracias por mi dicha y olvidar.

LA BUENA NOTA

Zo se comporta de un modo absolutamente formal cuando está en casa de tu tía de Fontenay-aux-Roses. Con aspecto de una burguesita, en realidad. Yendo a misa con la mirada baja, y jugando al whist por las tardes bajo la tulipa de la lámpara. Incluso es sincera en su digna gravedad. Por las noches no piensa del todo en la cama solitaria, en las alegres locuras de los besos y las risas; y si le habláis de Jo o de la pequeña Lo, os preguntaría: «¿Quién es esa persona?» Zo se dice con convicción: «Yo había nacido para la vida de familia.»

Una mañana, cuando dormía todavía en el segundo piso de la casa de su tía, alguien llamó a la puerta dos veces, levemente.

–¿Quién está ahí? – dijo ella levantando sus brazos en un lento bostezo que todavía anhela el sueño.

Era Evaristo, el primo pequeño que pronto cumpliría dieciséis años. Entró de puntillas, completamente sonrojado al verla en la cama.

–Prima, puesto que mamá ha salido, ¿quieres tomarme mis lecciones y ponerme la nota en mi cuaderno del Instituto?

Ella aceptó con gravedad. Se sentía digna de cumplir con ese austero deber. Tomó el libro y se dispuso a escuchar con la mayor seriedad del mundo.

–Vamos – dijo ella con el rostro dirigido hacia la página distinguiendo mal las letras a causa de la penumbra de la habitación donde las cortinas todavía estaban cerradas.

Pero Evaristo no pensaba precisamente en recitar sus lecciones. Con los ojos desorbitados, devoraba con la mirada los bonitos brazos de su prima, los cabellos que acariciaban los hombros, los turbadores relieves de las sábanas; y la cabeza le daba vueltas en la tibia atmósfera del cuarto a causa del olor nunca respirado que ascendía de la cabellera, de la dulce piel blanca, de las telas deslizadas, de toda la cama, como desde una canasta de flores desconocidas y deliciosamente perfumadas.

Zo levantó la cabeza para decir: «Venga, vamos, ¡estoy esperando!» No dijo más. Miraba al hombrecito, muy cerca de ella. Sí, realmente, un hombre, y tan guapo, con sus frescos labios y sus ojos tan dulces, pero muy brillantes! más guapo a causa de su turbación y de su feliz espanto. ¡Ah! ¡si ella no hubiese sido tan virtuosa! A decir verdad, ella hubiese vuelto a meter prudentemente sus brazos en la cama y llevar las sábanas hasta su nariz, pero no reparó en ello al no estar acostumbrada. Alrededor de ellos la habitación era misteriosa y tierna. Había zalamerías en el silencio, en el desorden de los edredones colgantes, en el aquí y allá de las faldas, del corsé, de las medias caídas en la alfombra, donde el libro también cayó, sin que Zo hubiese hecho nada para dejarlo cader; y no pensaba del todo en recogerlo cuando el reloj de péndulo, –¡qué rápido pasa el tiempo!– sonó brutalmente.

–¡Ah! Dios mío, ¡primo! ¡Son las nueve! Tengo que espabilarme. Y aún no has puesto la nota sobre el cuaderno del Instituto.

Ella tomó la pluma que él le tendía, y, con una risilla entre sus cabellos revueltos, escribió, no sin razón: «Muy bien.»

LA REINA COELIA

Coelia es la reina de un reino quimérico, tal vez en el lindero del Bosque de las Ardenas, tal vez de la orilla de la isla de Avalón. En uno de los cien salones de su palacio, donde rosas trepadoras florecen en las sedas de las colgaduras, – mientras los pájaros del jardín entran por las ventanas abiertas para disputar con los pájaros cautivos detrás de los barrotes de jaulas de oro, – ella habla a sus damas de honor que juegan en las mesas manipulando collares de perlas en los cofres abiertos.

–Es cierto,– dice la reina Coelia, – que ese joven estudiante se ha dejado morir de hambre el año pasado, en la capital de mi reino, pero no se os ha contado toda su historia. Desde hace tiempo estaba triste a causa de un sueño que tenía, y a menudo se le encontraba melancólico bajo la ventana del oratorio donde yo toco el clavicordio por las tardes. Luego sus compañeros de estudios no lo volvieron a ver. Nadie sabía en que soledad, en que silencio ocultaba sus languideces. Una vez, unas personas que entraron en su domicilio lo encontraron extendido, muy pálido, con una sonrisa en los labios sin embargo, sobre su cama en desorden. Estaba muerto y no era menos apuesto. Llamado un médico reconoció que el pobre muchacho había muerto de inanición.

– Eso es tanto o más extraño, dijo una de las damas de honor,– toda vez que en la cama, sobre la mesa y sobre la alfombra, había muchas piezas de oro con la efigie de Su Majestad, y con la que una de ellas hubiese bastado para pagar el más rico festín.

– En efecto, –dijo Coelia.

– Pero, – añadió, mientras una lágrima se le deslizaba del parpado y descendía a lo largo de la mejilla hasta mojar la sonrisa,– el pobre estudiante prefirió morir a separarse de alguna de sus hermosas piezas de oro...»

PUDOR

Mientras Valentín dormita a medias deliciosamente cansado, con la frente en la almohada de encajes perfumada de besos recientes, la puerta del cuarto de baño, apenas cerrada, se entreabre un poco, muy poco, y el más bonito de los brazos, desnudo, con un vello dorado y hoyuelos en el codo, se extiende hacia la habitación, y se agita inquieto.

—¡Valentín, Valentín! ha ocurrido algo terrible. He olvidado sobre el sofá mi camisa de seda, y, me siento ruborizada de pies a cabeza con solo pensar que tendría que atravesar toda esta luz, sin poder cubrirme con alguna prenda. Tú no puedes olvidar que, a pesar de los abandonos de los que tu amor ha hecho una ley cruel, soy la persona más decente del mundo, y que me sonrojo por lo más mínimo.

Pero Valentín, con intenciones realmente reprobables, finge no escuchar esta queja y no ver la inquietud del brazo desnudo.

—¡Valentín! ¿Duermes? ¿o es que no sabes dónde he dejado la camisa de seda? Te dije que está sobre el sofá. Dámela aprisa. Pues al fin y al cabo no podrías exigir que me muestre en un estado poco conveniente para un mujer que tiene en estima las buenas costumbres.

Pero Valentín, que se hace el sordo, se limita a reír un poco entre los encajes de la almohada.

—¡Oh! ¡Valentín! eres un hombre absolutamente carente de pudor, y no te perdonaré nunca tal vileza. ¡Adivino perfectamente tu pensamiento! Te gustaría gozar de mi confusión. Te gustaría, sí, verme morir de vergüenza, y tal vez has urdido el plan completamente maquiavélico de mirarme en el espejo, simulando dormir, mientras que, llena de espanto, a penas atreviéndome a poner los pies en la alfombra, me adelantaría igual que una bañista a quién se le ha robado la ropa.

Todo induce a creer que tal era en efecto el plan de Valentín, pues no dejaba de reír, y la cama parecía reír con él en las sacudidas provocadas por esta culpable hilaridad.

—Pero desbarataré tus planes. No te daré la satisfacción que esperas. En vano te niegas a entregarme la prenda que te ruego, ¡pero que ya no te imploro más! Podré, incluso sin camisa, entrar en la habitación convenientemente sin ofrecerte el espectáculo de mi turbación. Una mujer como yo siempre encuentra algún recurso en el cumplimiento de sus deberes.

Valentín ya no reía, temiendo alguna hábil superchería. ¿Tal vez, al entrar, ella soplaría a las velas muy rápidamente? ¿o bien tenía la idea de hacerse un paño con algún retal de una tela? Es cierto que ella había imaginado un medio notable de salvaguardar su delicado pudor: empujó vivamente la puerta, ¡y apareció tan desnuda como el mármol de las estatuas o la nieve viva de las ninfas! Pero una gruesa borla de maquillaje que ella mantenía entre sus dientes, le ocultaba todo el rostro, desde el mentón rosa hasta los pequeños rizos ondulados de los cabellos.

EL EXPRESO

¿A dónde diablos puede ir Zo todas las noches, sola, un poco después de las nueve? Haga lo que haga, siempre se interrumpe en el momento en que suenan las nueve y se escapa sin decir ni una palabra. Jo y Lo, especialmente intrigadas por esta desaparición cotidiana, y completamente aguijoneadas por la curiosidad, han decidido interrogar a su amiga.

–Veamos, dinos pequeña Zo, nosotras no te ocultamos nada, ¿a dónde vas todas las noches? ¿Tienes algún amorío desconocido, alguna dicha secreta que no es posible, o no es dulce más que en un momento preciso? Cuéntanos querida, y puedes estar segura de que no le revelaremos a nadie el misterio de tus escapadas.

–¿A dónde voy a las nueve? – dijo Jo pensativa.

Luego añadió:

–Voy a perder el tren.

–¿Eh? – dijo Jo.

–¿Eh? – dijo Lo.

–¡Voy a perder el tren, queridas! Pero no lo podríais comprender si no os contase una historia. Vosotras sabéis que estoy casada. Mi marido vive en Ruán, y no es en absoluto un hombre despreciable, arenque algunas veces se dedique a escribirme cartas donde parece tener dudas acerca de mi fidelidad. Pues bien, hace seis meses tomé una resolución heroica. Abandonaría París para reunirme con mi marido, y viviría apaciblemente en provincias, ¡cómo una burguesa decente! Fijaos bien que no era una decisión frívola. Yo estaba completamente decidida a la vida familiar, por la que siempre he tenido una marcada vocación. Hice mis maletas, me subí a un coche y llegué a la estación a las ocho y cuarenta, diez minutos antes de la salida del tren expreso. Realmente estaba satisfecha conmigo misma. Pero, por desgracia, es muy difícil ser una persona virtuosa.

–¡Ya lo creo!–exclamó Jo.

–¿A quién se lo vas a decir? – suspiró Lo.

–Cuando tendía la mano hacia la ventanilla para tomar mi billete, cometí la imprudencia de girar la cabeza, y vi, muy cerca de mí, a un hombre joven, un hombre muy joven...

–¡Ay!–dijo Jo.

–¡Qué mala suerte!–dijo Lo.

–Un hombre muy joven que se parecía como dos gotas de agua, a Ludovic. Ya sabéis, Ludovic, el que tenía esos bigotes tan bonitos. Es algo extraordinario, – pero más fuerte que yo, – que no pueda ver unos bigotes parecidos a los de Ludovic, sin experimentar, como lo diría, un no sé qué que me turba, me hace languidecer, me capacita para repentinas imprudencias. ¡Qué frágiles resultan en nosotras, queridas, las más sólidas virtudes! El joven, que sin duda se había dado cuenta de mi conmoción, no me quitaba los ojos de encima. Se acercó con un aire muy seguro de sí y me habló, –¡la voz de Ludovic también! En fin, no se que pasó: es cierto que ese día yo perdí el expreso de Ruán.

–¿Pero al día siguiente?

–¡Al día siguiente también lo perdí! Y, al siguiente, ya no partí.

–¿Por las mismas razones?

–Por razones análogas. ¡Qué queréis! Unos bigotes como los de Ludovic no son los únicos que me turban, y cuando veo algunos que se parecen a los de Gontran o de Gastón...

–¡Nada más peligroso que los recuerdos!

–Después de la tercera tentativa de irme, reconocí que el infortunio se había interpuesto en mi camino y que sería siempre más fuerte que yo. ¡Evidentemente no había llegado la hora en la que debía conocer las dulces alegrías del hogar! Debía resignarme a seguir siendo una pequeña parisina frívola. Me rendí, con dolor. Creo que reconoceréis que siempre he conseguido disimular perfectamente mi tristeza; y nadie, viéndome sonreír y cometer algunas locuras, ha podido adivinar que latía en mí la nostalgia por la provincia y la vida estable.

– Nadie, en efecto – dijo Jo.

–¡Oh! no, ¡nadie!– dijo Lo.

Sin embargo, dado que había decidido partir y me había jurado a mí misma tomar el expreso de Ruán, no podía sustraerme por completo a esta obligación; y cumplo con mi deber con regularidad, sin desfallecer. Solamente, – puesto que sería completamente vano luchar contra el destino, – me las arreglo llegando a la estación un poco después de la salida del tren: ¡hace seis meses que voy a perder el tren todas las noches! De este modo, siempre cediendo al destino, me siento con la conciencia tranquila, lo que es un gran consuelo.

EN LAS CENIZAS

El otro día, mirando prender el primer fuego de otoño, Valentín vio el extremo de un papel rosa entre las cenizas del invierno pasado. Alguna carta olvidada a medio romper, arrojada en un movimiento de desden o de cólera. Un papel rosa, – una carta de mujer, seguramente. La hoja adopta el color de los dedos. ¿De quién era esa carta? Buscó en su memoria. Le pareció recordar. Sí, tal vez, no. Se inclinó para recoger la frágil reliquia. ¿Para qué? Un recuerdo dudoso que permite la imaginación es más dulce que un recuerdo preciso, con su desilusión sin duda. Uno de los troncos prendió delante de la hoja. ¡Oh! la fina y encantadora escritura. La distinguía vagamente a través de un poco de humo, pero no podía leer las palabras. Una sonrisa de mujer, luego otra, luego otras pasaron por su pensamiento. ¿Jane? ella no escribía demasiado desconfiando de su ortografía. ¿Felicienne? tampoco; una persona prudente y tan atenta hasta el punto de no comprometerse que, cuando va a casa de sus amantes, jamás lleva su pañuelo por miedo a perderlo; la señorita Paso-de-Prueba. ¿Amédine? por desgracia no; ésta, preciosa y exquisita, jamás había tenido nada que escribirle, ¡la cruel que él había amado con una tan largo y vano fervor! ¿Quién entonces? La mano que había trazado esas finas patitas de mosca debía ser adorablemente delicada y ligera, ¿y qué alegre mano va sin un bonito rostro? Él sin duda había amado con locura a esa mujer de la que no se acordaba ya ni de los rasgos ni del nombre. ¡Con toda seguridad la había amado! Incluso ahora se sentía lleno de ternura por la desaparecida, por la eclipsada. ¡No aguantó más! La curiosidad, la esperanza también de volver a encontrar quizás la antigua y olvidada felicidad fueron mayores que el temor a una decepción. Tendió la mano hacia la hoja rosa. Pero la llama lo detuvo, y, en menos de un segundo, el papel no fue más que un pequeño fragmento negro, semejante al ala de un escarabajo. Se había acabado. Valentín jamás sabría quién le había escrito la carta arrojada a las llamas del pasado invierno. Desde ese momento, ya no pudo mirar el fuego de su chimenea, ni las nuevas cenizas que han cubierto las cenizas de antaño, sin pensar con una melancólica dulzura en aquella de la que ni siquiera pudo evocar la imagen y que tal vez fue su amor más querido.

BODAS BOHEMIAS

Las personas menos mojigatas no ocultan que la conducta de Lila Biscuit les parece completamente reprobable. Sin duda, hay alguna austeridad exagerada pidiendo a una locuela como ella fidelidades muy prolongadas; siendo tan bonita, sería enojoso que se economizase desmesuradamente. Pero hay límites para todo, incluso para la inconstancia. Realmente Lila Biscuit va demasiado lejos. Es sabido que, desde hace dos años, jamás ha amado al mismo hombre más de un día. Un día, con su noche, naturalmente; no importa, eso es poco; y se concebirá sin esfuerzo que Anatoline Meyer, de los Bouffes, que está prendada de un tenor de opereta desde hace seis semanas al menos, haya creído que debía regañar a la pequeña Lila Biscuit.

–Por desgracia, sí, es cierto, ¡mis amores no duran mucho tiempo!– respondió la niña bajando la frente, sonrojada de vergüenza.– Pero no es culpa mía. Es la fatalidad que quiere eso.

–¿La fatalidad? – dijo Anatoline

– Dios mío, sí. En una ocasión vi un valet muy bonito. En el desenlace, cuando el bohemio esposa a la bohemía, se trae un cántaro de cerámica, se le deja caer, éste se rompe, y los esposos deben permanecer juntos tantos años como trozos del cántaro quedan sobre las planchas. Yo he encontrado esta idea ingeniosa y me he prometido aplicarla, – por ejemplo los fragmentos no serían años, no, días solamente. – y hago como me he prometido. Cada vez que no regreso sola, paso a mi cuarto de baño, tomo una copa de champán que no sirve mas que para eso, – señora, yo no tengo cerámica – y tras haber renovado mi juramento de obedecer al destino la arrojo contra el suelo. Te lo juro, si rompe en diez, en veinte, en cien fragmentos, ¡no dejaría de adorar a la misma persona durante diez o veinte o cien días! Pero jamás, jamás, entiendes, ha querido romperse, ¡No, nunca! Y como no hay más que un solo trozo por tierra, me veo obligada a no amar más que un solo día. ¡Oh! eso me produce mucha pena. Sé que no está bien por mi parte. Experimento muchos remordimientos porque en el fondo tengo sentimientos honestos. Pero, ¿qué quiere usted? debo mantener mi juramento, y en tanto la copa...

–¡Es extraordinario, incluso, – exclamó Anatoline Meyer – que no se haya roto!

–Es espantoso – dijo Lila, más sonrojada todavía, y no imaginas cuanto lo lamento. Pero no es tan extraordinario como crees.

–¡Vaya! ¿Por qué?

–Si no hay más que un fragmento es porque la copa que utilizo... comprendes, una precaución... esa maldita copa...

–¿Y bien?

–¡Es de vidrio irrompible! – dijo la pequeña Biscuit tronchándose de risa.

LOS PANTYS FALSOS

– No hay audacias prudentes, – dijo la señora de Portalègre, – ¡excepto las audacias excesivas! Entrad en un hotel cayendo la noche, cubierta con un velo – temeridad mediocre y banal, – para reunirse con un amante llegado como vos en coche; si el asunto es divulgado, será crudo porque no tiene nada de inverosímil y vos seríais sin ninguna duda puesta en boca de todos y despreciada. Por el contrario, una noche de fiesta de caridad, cenando, con la cara al descubierto y el pecho también, con todos los reporteros y todos los comediantes, – vos, una altiva mundana, – dad un beso, sin elección, tras el champán, a todos vuestros vecinos, enseñad vuestros hombros y vuestros brazos, y apostaría que vuestro buen renombre no tendría límites; pues nadie, en verdad, a causa incluso del asombroso exceso de vuestra fantasía, se atreverá a creerlos capaz. Es prudente llevar la imprudencia hasta sus últimos límites, – más allá incluso. Hay que desanimar a la maledicencia por la enormidad de la falta. El juez de instrucción de ideas estrechas que se le llama maldad pública, no cree en lo extraordinario, y vos obtendréis una sentencia de sobreseimiento con ese encogimiento de hombros. Yo que os hablo, yo, marquesa y la primera dama de honor de la más augusta de las reinas, yo que, los días de cena oficial, hago sentar a un príncipe heredero a mi derecha y un embajador a mi izquierda, yo, a quién todos respetan, excepto mi doncella particular, – ¡pero le pago muy bien! – he podido, a causa incluso de mi rango y mi intacta reputación, mostrar a quinientas personas, a plena luz, mis piernas completamente desnudas, sí, completamente desnudas, ni una batista, ni una seda, sin que la más vaga sospecha se le hubiese ocurrido a alguien.

–¡Oh! señora, –dijo enrojando la vizcondesa de Vignerolles, salida de un convento y

recientemente casada.

–¡Sí, he hecho eso! Ocurrió una noche, durante una fiesta en Palacio. Un baile de disfraces. Todos los vestidos, atrevidos que apenas ocultaban, se mezclaban en el esplendido tropel. Faunesas, bacantes, Salambós. Los senos salidos de las telas que casi no los sostenían, iluminaban a la luz de las lustres el oriente rosa de sus redondeces semejantes a enormes perlas. Muchas personas, en esa época, censuraban a las mujeres por la temeridad de su escote; el traje de baile casi llegaba a ser un traje de baño. ¡Las muy torpes! no se atrevían lo bastante. Yo había decidido sobrepasar su inmodestia con impunidad. Se me anunció, entré. Vestida de amazona, llevaba la túnica flotante de Antiope o de Pentesilea, y mis bellas piernas de mármol, veteadas de azul y rosa, habían omitido los pantys. Pero se suponía que tenía unos. ¡Todo el mundo lo supuso! ¿Quién se habría atrevido a atribuir a la marquesa de Portalègre el impudor tranquilo de una puta? Yo besaba la mano de la soberana entre el luminoso pasillo que me dejaban los grupos, figuré en la cuadrilla real, bailaba, bebí chaman en la barra libre, luciendo por todas partes, y presentando a todas las miradas, la evidente desnudez de mi piel; ¡ni un ojo se atrevió a creer en ello! «¡Admirables pantys» se comentaba a mi paso; un bailarín, cuyo guante me rozó, rechazó de inmediato la absurda sospecha concebida un instante, y vi claramente en sus ojos que pensaba: «¡Estoy loco!»

Escuchando estas cosas, la vizcondesa de Vignerolles se mostraba muy confusa siendo como era tan ingenua.

–¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Es posible que hayáis tenido semejante audacia? Desde luego, pocas mujeres tendrían aseguradas la impunidad, atreviéndose a seguir vuestro ejemplo.

–Bien pocas, en efecto. Para permitirse, en lugar de una envoltura de seda rosa, unos pantys de piel viva y lisa, hace falta un especial valor y algo más.

–¿Lo qué? ¿Lo qué?

– Pues – dijo la marquesa sonriendo – ¡hay que estar segura de que los pantys no se arrugarán en ningún momento!

EL AMANTE EGOISTA

–¿Lo has dejado? – dijo Jo.

–Lo he dejado – dijo Lo.

–¿Y por qué, querida?

–Me engañaba.

–¡Buenos!, querida, no se podría pedir a los hombres más fidelidad de la que se les profesa; y la traición de un amante tiene en sí de agradable que es una autorización de revancha.

–Vaya, ¿Acaso tienes necesidad de autorización, tú?

Y ambas se troncharon de risa, agarrándose las costillas, ¡con las bocas muy próximas entre sí! Lo retomó su seriedad.

–Yo le habría perdonado haberme engañado, tanto o más porque esa dependienta de almacén que él ha llevado a almorzar al Pabellón Enrique IV es bonita y fresca como una flor húmeda, pero Ludovic ha agravado sus errores de un modo que me ha resultado singularmente penoso.

–Eso es diferente – dijo Jo.

– Por la noche, cuando ha regresado, me contó la situación, pero yo no estaba enfadada, no del todo. Al contrario, de muy buen humor, y le dije: «Felicidades, ella es encantadora». ¿No la conoces? es probadora en los almacenes de Bordillat. En el fondo yo tenía mi idea. Debe ser curioso el amor de esas pequeñas que todavía no han asomado por encima de los molinos más que una esquina de su gorro. Esas caritas divertidas. Esos aires de gato que adelanta la pata en la bolsa de los bombones retirándola muy aprisa. Gracioso, ¿verdad? Y luego, ésta, precisamente, con ojos de ángel bastante bonitos, un poco bobos. ¡Me explico que a los hombres les gusten esos ojos! eso los cambia. Añade que ella no está mal hecha del todo. Un ángel no flaco. En fin, todo para gustar. También yo estaba contenta. ¿Comprendes? Sobre la almohada, en voz baja, parar reír, bajo los cabellos, en el bonito roce arrugado de las batistas. ¡Oh! ni celos del todo. No siempre una puede hablar de sí misma. Pero Ludovic se ha conducido muy mal. Con discreción, mi pequeña Jo, y remordimientos! desde: «¡Te adoro! ¡no quiero a nadie más que a ti!» Ni otra cosa. «¡Bien! ¡bien!, decía yo. ¿Dices que ella tenía unos bonitos cabellos?» Fingiendo no escuchar, respondía: «Tú eres más bonita que todas.» En fin, eso me ha impacientado, y he saltado de la cama y lo he puesto de patitas en la calle a las tres de la madrugada, arrojándole a la cara mis mulas de peluche azul con pezuñas de oro. Es cierto, – acabó Lo con un aire muy convencido,– ¡no comprendo que se pueda ser tan egoísta!.

EL LIS DE ORO

Un almuerzo loco, sonidos de cristal y plata, de besos y risas, con todo el gran parque solitario como reservado. Sobre el césped donde se ha puesto el mantel en la bella claridad con la que se alegra el día y que, de rama en rama, entre la brisa, puedes oírse los gorjeos de los pájaros, los pliegues de la tela de las camisas se hinchan como gruesas flores; y los cabellos despeinados de la joven, ondeando al viento, ponen sol en el sol. ¿Qué beben los amantes? champán en la misma copa espumosa; ¿qué comen? un pájaro de Córcega, con los dientes en la misma ala. Y se dicen mil palabras en voz baja, que no saben lo que dicen y saben bien lo que quieren, con unas sacudidas de alegría revolcándose sobre la hierba, haciendo oscilar los platos y dejando caer los vasos, mientras los pájaros, enamorados también, ponen música en los árboles.

–¡Puesto que te amo!

–No. Tengo hambre.

–Yo también. De tus labios.

–Eres demasiado goloso.

– Y tú demasiado golosa.

–Acaba. ¡Te equivocas! Son las fresas las que hay que morder.

–¡Eh! ¿Y quién no se equivocaría?

–¿Ves esos dos pájaros?

–¿Dónde?

–Ahí, en la arena del sendero, persiguiéndose.

–Sí.

–Dime que hacen.

–¡Caramba! Nos dan ejemplo.

–Eres un libertino. Ofréceme un melocotón. ¿Pero qué es esta extravagancia?

–Ya cojo el melocotón.

–¡Bueno! está en la cesta.

–¡No, no! en tu blusa.

–¡Ah! ¡qué malo! y no es una razón por hayas perdido tu tenedor para buscarlo entre los encajes de mi falda.

Sin embargo el buen vino pone un cosquilleo risueño en los ojos de la joven y en su ánimo. Y decide cometer una locura. A su lado florece un gran lis, muy abierto, de un amarillo oro. Ella lo coge, vierte un poco de champán en el cáliz, sopla a la espuma donde va y viene su lengua rosa, y vacía, a pequeños tragos, la bella copa-flor. Pero el amante se ha puesto serio, mientras ella bebe en el lis abierto más rubio que unos cabellos dorados.

–¡Eh! ¿En qué piensas? – pregunta ella.

–Pienso, – responde él con suspiro, – que me encantaría hacer otro tanto.

LA BUENA BAILARINA

Muy aprisa, en voz baja, las dos cabezas bajo el abanico, detrás de los cortinajes pasados, mientras que, en el salón vecino, el vals hacía girar la tranquila nieve de los hombros y la ligera oscilación de los senos que se sonrosan un poco:

–No vayas al círculo Gontran! quédate en este baile puesto que yo estoy aquí.

–Imposible.

–¡Te lo ruego!

–Tengo una cita de negocios.

–¡Te conjuro!

–He dado mi palabra.

–¡Ten cuidado! Ya que no temes disgustarme... me vengaré.

–¡Bueno! ¿de qué modo?

–Engañándote, – dijo ella.

Luego se dirigió hacia el salón con un rozamiento de la cola de su vestido en donde destacaban guirnaldas de rosas, y, advirtiendo al Sr. de Marciac, le dijo: «Vuestro brazo, mi querido conde, e invíteme a bailar.»

Al principio, con la mano apenas apoyada en el hombre del elegante caballero, ella no se entregó a la lenta evolución del ritmo con demasiada diligencia; teniendo en la mirada una idea fija que obedecía mal a la cadencia de la danza, perdiendo el paso en alguna ocasión; con aspecto de alguien que piensa en otra canción más triste. Pero el encantador demonio del vals acabó triunfando poco a poco sobre ella, poniéndole bajo los párpados una languidez húmeda, una languidez también en su risa franca como una rosa lasa, transportándola por fin, deliciosamente desfalleciente, en su torbellino de olvido donde el alma y los sentidos se mueren extasiados. Algunas veces, por una crispación pronto reprimida, sus uñas se alargaban, como garras de gata sobre el hombro del traje negro; sus ojos se cerraban, para volverse a abrir muy vagamente, y, en la inclinación retraída demasiado tarde de su busto, sentía sus labios muy próximos a un aliento que le levantaba las pestañas y le hacía correr una llama sobre la piel, bajo los cabellos! La orquesta se había callado hacia ya algunos instantes cuando ella se dejó caer sobre un sofá, en un deliciosos desvanecimiento, con la cabeza inclinada y una lágrima apenas visible discurriendo muy lentamente hasta el hoyuelo de la pálida sonrisa.

Sin embargo Gontrán había regresado al baile.

–¡Eh! ¿Cómo? – dijo ella disipando con un golpe de abanico el desfallecimiento del vals – ¿no has ido al círculo?

–No, te obedezco.

–¡Ah! tal vez sea un poco tarde para esa complacencia. ¿No te había prometido vengarme?

–¡Engañarme! – dijo él con una sonrisa en los labios – ¿estando seguro de ser amado?

–Precisamente.

–¿Y bien?

–Y bien, señor, creo que ya lo he hecho – dijo ella con una bonita sonrisa donde brillaban todos los dientes en la sangre sonrosada de las encías.

EL ROMPEDOR DE RUBIS

Vi a un joven loco que rompía piedras en el camino. No por oficio sino por locura. Una a una tomaba las pequeñas piedras, las golpeaba con un martillo y, muy rápidamente, con aire ansioso, miraba los fragmentos, les daba vueltas, los volvía a girar, mirando siempre, luego los arrojaba a lo lejos con un gesto de desaliento. «¿Qué buscáis entre esos guijarros?, le pregunté. – El filón de oro, respondió él, que deberían contener. Pero no lo encuentro nunca, ¡ah! ¡nunca!» Yo lo compadecí. «Eso es muy triste», le dije yo. Él interrumpió su tarea. «Más triste era en la época en la que, en lugar de ser un rompedor de piedras sobre el camino, era un rompedor de rubís. Yo iba de mujer en mujer lleno de tristeza y de cólera. Tomaba sus corazones, corazones de jóvenes muchachas, de esposas o cortesanías. Todos eran rojos, pero todos duros y helados, semejantes a crueles rubís; y resultó en vano que golpease todo lo mejor que podía esos corazones para poder abrirlos: nunca encontré el filón de amor que habrían debido contener, no, nunca, ¡ah! ¡nunca!». »

LA LECCIÓN DE CANTO

Como Bartolo, él tenía el bastón que sonaba sobre el parqué durante sus ataques de tos y todas las llaves de la casa tintineando en el cinto. Tosiendo y escupiendo, se mantenía al lado de ella sin cesar; y creed que la pobre mujercita se aburría mucho en esa casa con las ventanas cerradas, que no había visto en dos años reír un joven rostro, y cuya única distracción era jugar a los naipes por las noches con su anciano esposo. En lo relativo a ciertas alegrías permitidas entre los matrimonios, no había nada que hacer. Pero ella no se quejaba, habiendo permanecido ingenua, y simplona, como en los días del convento. ¿Mujercita? no, una chiquilla. Pasaba horas en su habitación vistiendo y desvistiendo muñecas. ¡Tal vez no le hubiese disgustado que se jugase con ella de ese modo! El marido desde luego no había reparado en ello. De modo que tenía el aspecto de una flor enclenque que pronto florecería. Sin embargo tuvo una alegría: fue cuando obtuvo permiso para tomar lecciones de música. El profesor era un joven con ojos dulces. Los días en los que debía venir ella se sentía feliz desde la mañana, y un poco turbada cuando cantaban juntos al piano un dúo de Mendelssohn, siempre el mismo, en el que las mariposas hacen la corte a las rosas; se sentía plena como si le entrase la primavera en el corazón. Pero no completamente contenta a causa del marido, en la habitación contigua, él los escuchaba con la puerta entreabierta, rompiendo la melodía por los accesos de tos y unos crujidos de sofá sacudido. En cuanto al anciano, estaba muy satisfecho de su suerte; incluso le resultaban muy placenteras las lecciones de canto, moviendo la cabeza al ritmo de los estribillos del dúo; y nada lo había turbado todavía en su cruel beatitud, hasta que un día reconoció muy visibles indicios de que no tardaría en tener un heredero o una heredera de su fortuna y su apellido. ¡Entonces escupió en un acceso de tos, en el que casi entrega el alma, un espantoso juramento! «¿El culpable? ¿el nombre del culpable?» Por desgracia, bajo el bastón levantado, la pobrecilla, con lágrimas en los ojos, confesó todo, nombrando al profesor de música. Pero, pequeña miserable ¿cómo has podido hacerlo? Él no ha venido nunca más que a las horas de las lecciones, y, durante las lecciones, yo lo sé porque escuchaba, no dejabáis de cantar –Sí, señor, – respondió ella con pequeños sollozos, sí, es cierto, cantábamos, pero no os habéis dado cuenta que en el dúo, cuando la mariposa se ha posado sobre la rosa, ¡hay... un calderón¹!

¹ En música calderón o corona es un símbolo musical que indica un punto de reposo alargando normalmente la duración de las figuras a las que afecta (N. del Tl)

ZO CAZADORA

La pequeña Zo dijo:

–¡Ha sido lo más extraordinario que una se pueda imaginar!

–Cuéntanoslo – dijo Lo.

–¡Rápido! ¡rápido! – dijo Jo.

–Valentin había querido llevarme de caza y me vestí de muchacho para que la aventura resultase divertida. Pues bien, no, como sabéis los trajes de hombre no me sientan bien del todo. No tienen suficiente holgura. Unas redondeces por aquí, unas curvas por allá, inverosímiles para un hombre. Una tiene el aspecto de tener una joroba, por detrás muy baja, y por delante muy alta. Valentin me miraba riendo. Daba la impresión de que a él le gustaba lo que a mí no. Por ejemplo, lo que resulta cómodo son los pequeños rizos agrupados que se recogen bajo el gorro. ¡Y partimos! Al apearnos del tren yo adopté un aire muy serio. No necesitaría caminar de puntillas, no. ¡Siempre hacia delante! con el fusil al hombro y el cigarrillo en los labios. Yo me miraba caminar, procurando dar las mayores zancadas que podía. Es curioso, las mujeres tienen las rodillas muy próximas entre sí, sin embargo deberían haber perdido la costumbre. No importa, parecía un auténtico muchacho. Las perdices y las liebres, ¡pif! ¡paf! tenían mucho que temer. ¡Ah!, sí. Si creéis que Valentin es un hombre serio os equivocáis de medio a medio. Apenas estuvimos en el bosque cuando quiso deshacer el nudo de mi corbata. Yo, sin pensar en nada malo, me dejé hacer. Al principio solamente me ocupaba la idea de cazar. A él, no. Después de la corbata dedicó un tiempo infinito intentando cerrar mi camisa en la que un botón había saltado. ¡Ah! queridas, que lugar más bonito, bajo los árboles, con sol y pájaros por todas partes. Era como si hubiese llovido, entre el follaje, luz de oro sobre el césped, un césped tan denso y tan mullido como la alfombra de un dormitorio; y sin otro ruido que los trinos amorosos de los pajarillos dando mal ejemplo. «Vamos, vamos, Valentin, no seas loco.» Pero yo decía eso para mayor tranquilidad. Vosotras sabéis que es imposible hacer entrar en razones a Valentin. Por ejemplo, una no se imagina lo divertido que es desvestirse, por poco que sea, cuando se es un hombre. ¡Todas las costumbres cambiadas! Las pequeñas resistencias, sin las que la derrota no tiene premio, no se pueden llevar a cabo. No hay medio de detenerse en esas bonitas lentitudes por una lazada que se ha convertido en nudo, por un corsé cuyo corchete se engancha a la batista. En definitiva, todo es muy rápido. Los hombres que están acostumbrados a esas prendas, no pierden tiempo en absoluto. ¡Sería una cuestión digna de estudio! Ese día, yo no tuve tiempo. Ya mi chaleco estaba colgado de una rama y, entre el césped profundo, Valentin me estrechaba contra su pecho, cuando sentí el viento que levanta las hojas produciéndome un fresco estremecimiento bajo la holgura de la tela. ¡Ah! ¡qué bonita locura! ¡y que dulces palabras me decía al oído, Valentin! Ya no pensaba para nada en las perdices ni en las liebres. Queridas, el diván es un prejuicio. En fin, de ese modo yo comenzaba a perder la cabeza. – vosotras sabéis lo rápido que la pierdo, – cuando de repente ¡ay! ¡ay! se produjo una detonación de fusil, muy lejos felizmente y, bajo el levantamiento de tela precisamente recibí el impacto de los perdigones de algún torpe cazador.

–¡Diantre! – dijo Lo.

–¡Rayos!– dijo Jo.

–Tuve más miedo que dolor. Algo así como pinchazos de pequeños alfileres, muy ligeros y ni siquiera una gota de sangre.

–En cualquier caso eso debió cambiar singularmente el transcurso de tus ideas, y a pesar de las dulces cosas que te decía Valentin...

Zo estalló en una carcajada.

–¡En absoluto! – exclamó – Tener plomo en la cabeza, es sinónimo de ser razonable y prudente, pero en otras partes, queridas, resulta ser algo completamente opuesto!

LA TETA DE VENUS

La bella dama parisina que está de vacaciones en una de sus granjas en Touraine, se apoya en la pequeña ventana, en camisón, en la dulzura del crepúsculo, y mira a lo lejos más allá de los grupos de árboles y del río donde fluyen unas corrientes rosadas, la gran llanura desvanecerse entre las brumas del horizonte; pero también mira allí, en la avenida flanqueada por plátanos, al hijo del granjero que va y viene, lentamente, y que de vez en cuando levanta los ojos. Es un joven muy guapo, con fuerza y elegancia al mismo tiempo; un aldeano, pero un caballero; pues ha hecho sus estudios en un colegio de la ciudad. Ella lo mira y sonríe. Hay en el aire una calidez que languidece y que enerva, propicio a dar tiernos consejos.

–¿Señor Georges? – dice ella.

Él se acerca muy aprisa.

–¿Me llamáis, señora?

–Sí – dice ella. – Veis aquí, a mi derecha, al lado de la ventana, entre las hojas de la empalizada, ese gran melocotón maduro; realmente es muy bello, y huele tan bien como una flor. Tiene una pequeña coloración rosada a un lado.

–Entonces se trata de esos melocotones que en nuestra comarca se llaman «tetas de Venus».

–¡Oh! que nombre tan divertido. ¿Lo veis?

–No, Señora.

–Es que hay un poco de oscuridad y vos estáis demasiado lejos. Escalad la empalizada.

Obediente, él aferra sus dedos a la verja y ayudándose con sus pies contra el muro, hace un esfuerzo y sube; su cabeza ya está a la altura de la ventana.

–¿Veis el melocotón? – pregunta la bella dama.

–No– dice él.

–Escalad un poco más – dice ella.

Él se iza de nuevo; con una mano se agarra al borde de la ventana y con la otra aparta las ramitas y las hojas.

–Es extraño, no veo nada.

–Pero entonces, ella se inclina, y, atrayéndole y rodeándole el cuello con su brazo, entre los pliegues holgados de su camisón que se abre:

–Es que buscáis demasiado lejos – dice ella – y además, sobre todo, ¡esos frutos se encuentran con los labios, señor Georges!

LAS PIERNAS DECENTES

Ocurrió en el despacho de ese director de teatro que ha hecho representar tantas comedias, y que finalmente ya no encuentra ninguna comedia que estrenar, y que, un día, cuando alguien le reprochaba –¡oh! el quimérico reproche!– no montar más que piezas en verso, respondió golpeando dos veces sobre los pantys de su más gruesa actriz: «Dime ¿acaso esos muslos no riman?»

Apenas introducida, la señora Bertillot – irreprochable entre las esposas burguesas! llevando el sentimiento de sus deberes hasta la adoración de un ventrudo quincuagenario y calvo y hasta la confitura de membrillo, orgullo de las comidas familiares, – exclamó con suplicante voz:

– Señor, mi felicidad está en sus manos.

–¿Eh? – dijo el director.

– Mi marido tiene un defecto, señor. Habla en sueños. Pues bien, la pasada noche – ¡ah!¿por qué habría tenido yo la curiosidad de conocer la opereta que se representa en su teatro? – la noche pasada, en las agitaciones de un sueño culpable, no ha dejado de pensar en la señorita Constance Chaput, sí, en esa gruesa muchacha que representa en la tercera escena el papel de la Reina del Carnaval, y que aprovecha un traje del baile de disfraces para no ocultar más que su rostro. ¡En qué términos se dirigía a ella! Me siento enojecer con solo recordarlo. Espero que no me exija que se los repita, y le bastará saber que el Sr. Bertillot, – cuyas costumbres, señor, habían sido hasta ese día de una austeridad ejemplar, – ha enloquecido completamente, por desgracia, a causa de las piernas de esa señorita.

–¡Eh! ¡eh! la gordita Constance no está mal hecha, en efecto.

–Ella no es la única – dijo la esposa irreprochable volviéndose a medias, con dos coloretos en sendas mejillas.

–No lo dudo, señora, – respondió el director galantemente.– Pero no veo en este momento...

–¿Lo que puede usted hacer por mí? Todo.

Y añadió, con un aire de arrojarse por la ventana:

–¡Déjeme representar a mí esta noche el papel de Constance Chaput!

–¿Usted quiere, señora?...

–¡Sí, quiero! y nada es menos imposible, puesto que la Reina del Carnaval, que no tiene ni una palabra que pronunciar, se limita a mantenerse de pie sobre una mesa bebiendo champán, y en todo el acto no quita su máscara.

–Pero, el diablo me llevo si entiendo...

–¿Mis intenciones? Escúcheme. Esta noche el Sr. Bertillot vendrá con seguridad al teatro, solo, para volver a ver las piernas de la señorita Chaput, y, esta noche, en sus sueños, seguirá hablando a esas piernas. Entonces yo le despertaré y le diré: «¡No era ella, era yo!» Y no le quedará más remedio que reconocer la estupidez de los hombres que pierden la cabeza por culpa de las telas de todas los colores, de los maquillajes, de la luz eléctrica, y que no prestan atención a las piernas más que a causa de los pantys.

–¡Una buena broma! – dijo el director riendo con una carcajada, – ya lo creo...

–¿Entonces, acepta?

–Para servirla, señora.

Tales fueron las circunstancias, gracias a las cuales la Señora Bertillot, – ¡la más irreprochable de las burguesas! – bebió champán, de pie sobre una mesa, con un pie en el aire, y, en una envoltura de oropeles, en medio de los ¡ohé! ¡ohé! de una multitud carnavalesca, mostró a ciento cincuenta personas unas piernas que ni su propio espejo

había visto nunca, pues, por las noches, al quitar sus medias, tenía la decente costumbre de mantener su camisón púdicamente bajado.

Una vez caído el telón, se vistió aprisa, se introdujo en un coche y estuvo de regreso antes que su marido en el domicilio conyugal. ¡Oh! ¡Cómo iba a triunfar! ¡Cómo se burlaría de él! Seguramente sería una excelente lección; él ya no se dedicaría más a decirle cuando fuesen al teatro juntos: «¡Pásame los anteojos, querida!»

El Sr. Bertillor regresó al fin; antes de que ella hubiese dicho una palabra, se arrojó de rodillas ante su esposa.

–¿Qué te ocurre? – preguntó ella.

–Sucede – dijo él con la cabeza baja y tono de arrepentimiento, – que soy culpable e imploro perdón. He tenido malos pensamientos, querida, a causa de una figurante en el teatro. Pero te juro que eso no volverá a suceder.

–¡Ah! ¿bah! –dijo ella, sorprendida.

–¡Nunca más! Es para creer que me había vuelto loco. Tal vez el vino que bebimos en la cena. Pero, – añadió con aire piadoso – la he vuelto a ver esta noche, ¡y si supieras las piernas que tiene!...

LA RELIQUIA

–¡Señora, es el alguacil!

–¡Qué entre! – dijo Colette Hoguet.

Y saltando de la cama, se envolvió en un camisón de seda color carne.

–Adelante, adelante, caballeros.

Luego, mientras el alguacil, caminando por la habitación, dictaba a uno de sus ayudantes las frases acostumbradas, ella de dejó caer en un sofá, cruzó las piernas, enrolló un cigarrillo, lo encendió y, con la cabeza echada hacia atrás sobre el respaldo entre todos sus cabellos pelirrojos, despeinada, reía con una silenciosa risilla, lanzando de vez en cuando finas bocanadas de humo en círculos, muy divertidas, que parecían burlarse también.

No, realmente no le importaba nada ese embargo. Las figuritas de la repisa de la chimenea y de la estantería en madera de caoba, imágenes japonesas, pastoras de porcelana, abanicos, quemadores de perfumes; podían embargarlo todo; a ella no le parecía mal. Además, que caramba, le comprarían otros. Y los cuadros también, las cortinas y las alfombras, – que sin embargo habían costado tan caras, más de veinte mil francos invertidos en una habitación, – las abandonaba sin pena. Escribid, dictad, elegid, vended! ¡A vuestro gusto! Era una buena ocasión para renovar su mobiliario. Y las bocanadas de humo continuaban teniendo ese aire de burlarse en el aire.

Pero de repente se puso seria y un poco pálida, cuando el alguacil dictó:

– Un diván en bastante mal estado.

–¡Oh! señor, – dijo ella levantándose –¿es que estáis obligado a embargar eso también? Hay tantas cosas en el apartamento.

Había adelantado el brazo, ponía la mano sobre el mueble como intentando defenderlo; en sus ojos tan alegres antes, había ahora una húmeda tristeza que tal vez presagiaba una lágrima.

–¿Cómo – dijo el alguacil – tenéis apego a este diván? Es curioso, no es bonito y no vale gran cosa. Fijaos, incluso está roto.

–Precisamente, – dijo Colette Hoguet.

Y, ahora en sus ojos fluía una pequeña lágrima.

EL LARGO TUNEL

–Hay que confesar – exclamó Zo – que los hombres son sorprendentemente astutos y no tienen otro placer que tender trampas a nuestra ingenuidad.

– Hasta tal punto, – dijo Lo – que es necesaria una virtud considerable para mantenerse sana y salva de sus obstáculos.

–Y que, a pesar de esa virtud, – dijo Jo – nos ocurre demasiado a menudo dejar en sus lazos algunas de nuestras plumas de ángel.

–¡A veces toda el ala!

Y ella continuó:

–Pero la malicia de los hombres nunca se me había revelado de un modo tan execrable como en la aventura que me sucedió ayer. ¡Ah! queridas, lo que es de nosotras, y como, con las mejores intenciones del mundo, se puede caer en el pecado. Imaginaos que yo nunca había tomado el tren expreso de la mañana para ir a ver a mi marido en Ruán. El expreso de la mañana, ¿comprendéis? por miedo a los peligros nocturnos; no ignoráis que algunos viajeros, por la noche, cuando la luz del compartimento, detrás de la cortina pasada, tiene complicidades de lamparilla moribunda, se permiten dirigiros, en voz baja, palabras muy reprochables. En fin, el expreso de la mañana; y yo estaba completamente tranquila; pues el joven sentado frente a mí llevaba unas gafas de un azul oscuro, casi negro. Aunque fuese bien parecido y tuviese en la curva de las puntas de su bigote un bonito aire de fatuidad, era evidente que no había nada que temer; las personas que llevan gafas son por lo general serias. A decir verdad, cuando me miraba adoptaba una expresión de placer que no dejaba de ser inquietante, y en un instante tuve la sospecha de que, si había puesto las gafas era únicamente para evitar que le entrase en los ojos el polvo de la vía o las cenizas procedentes de la locomotora. ¡Pero enseguida alejé de mí ese pensamiento! un joven muy serio, por supuesto; y no era de los que se dedican a extender el pie bajo la bancada buscando un posible encuentro con un botín. Yo me instalé en mi rincón llena de confianza, registrando en el pequeño bolso, desabotonando y abotonando mis guantes con ese aspecto ocupado y encantador que vosotras ya conocéis. Pero ni la menor coquetería, ¡oh!, ni la más mínima. Al principio, yo estaba muy contenta de ir a ver a mi marido. Vosotras ya sabéis, una tiene un carácter un poco locuelo pero no por ello pierde el sentimiento de sus deberes. Es tan bueno sumirse en la vida hogareña alguna vez, una o dos veces al año! ¿Queréis dejar de reír? Os juro que yo era una decente mujercita. Desgraciadamente mi compañero de viaje no fue todo el hombre que yo había esperado. ¡Ah! bien, sí, como los demás, a pesar de las gafas oscuras. Sus ojos, bajo el cristal, – yo veía como brillaban! – me miraban de arriba abajo, y me percaté de que consideraba particularmente, con insistencia muy fuera de lugar, las curvas de mi corsé y de mi falda. Oh, Virgen Santa, por más que sea virtuosa, una no está flaca. ¡Él ya no dejó de mantener el pie cerca de mi botín! En vano yo adoptaba un porte muy austero poniendo mala cara, – ¿conocéis mi mohín de disgusto, cuando no quiero? – el impertinente no dejaba de seguir con sus ardidés, y yo ya comenzaba a sentirme muy inquieta. Pero la cosa todavía empeoró cuando entramos en un túnel que era muy largo, me acordaba de ello. ¿Qué iba a pasar? Para estar dispuesta a cualquier acontecimiento, traté de buscar con la mirada el timbre de alarma: no había. Y ya estábamos en la oscuridad. Oh, queridas, él no se podría comportar peor! tomando mis dos manos en una de las suyas, buscando con la otra, entre las tinieblas, todo lo que había visto a plena luz, ¡y encontrándolo! ¿Qué habríais hecho vosotras en mi lugar? ¿Gritar? ¿Quién me hubiese oído? ¿Defenderme? Él debía ser especialmente robusto. Tomé pues el único

partido posible: dejarme hacer, con una dignidad fría. Ningún peligro serio, en definitiva, puesto que pronto estaríamos fuera de la bóveda, por larga que fuese; y, una vez regresada la claridad, él vería la severidad de mi actitud y la indignación de mis miradas, –¡oh! ¡Qué ojos indignados tendría! – como era una persona absolutamente virtuosa con quién semejantes insolencias no están bien vistas. ¿Vosotras aprobáis mi conducta, verdad? Unos segundos más e iba a verme ya liberado de este enojoso asunto: me regocijaba por adelantado pensando en la cara que pondría ante la solemnidad de mis mudos reproches. Pero, Dios mío, ¡qué largo era ese túnel! Tinieblas, tinieblas y más tinieblas. Y el viajero, tomando sin duda mi inmovilidad por un consentimiento, me estrechaba las manos más ardientemente, me tomaba por la cintura, me quemaba con sus labios en la frente, en el cuello, en las orejas. ¡Ah! ¿es que ese túnel no acabaría nunca? Ya era hora, os lo aseguro. Pero no, no acababa, – el viajero tampoco. ¡Ni una claridad, ni siquiera una promesa del día! Debía haber pasado un cuarto de hora bajo el subterráneo, media hora, tal vez más. Ahora oía unos rozamientos de telas, que no eran precisamente de seda... ¡Emití un grito! Demasiado tarde. Y, al mismo tiempo, sentí, en un destello de día, algo caerme del rostro. ¡Ah! queridas, había mucho tiempo que habíamos salido de la bóveda; pero, por una execrable estrategia, él me había puesto sobre la nariz sus gafas negras, ¡para hacerme creer que todavía estábamos bajo el túnel!

EL FUTURO

Bajo las cortinas donde dormita la claridad de la lámpara, ella acaba de abrir los ojos en un sobresalto de su sueño. A su lado, su amante duerme. Ella se inclina y lo mira. ¡Qué guapo es y cómo lo ama! ¡Qué felices estaban hace un momento y como se han abandonado entre las delicias de los abrazos! Él es muy joven, apenas tiene veinte años. Se ha entregado a ella por entero, con las ilusiones del primer sueño, con los ardores del primer amor. Ella sabe y siente que es la amante soberana de un alma nueva y buena, y, en el conocimiento de esta perfecta posesión, de esta dominación absoluta, se regocija y se enternece a la vez. Ella ya ha tenido otras aventuras antaño, pues tiene treinta años; ha conocido las traiciones, los abandonos, las soledades y como todos los lazos se desatan; el que duerme a su lado ignora todo, salvo que la adora y la adorará sin cesar. A causa de esa inocencia y pureza ella se extasía y hay orgullo en su dicha. ¡Oh!, sí, ella lo ama. Para que él fuese todavía más feliz, ella moriría enseguida si fuese necesario. Su corazón se abre deliciosamente como una flor a pleno sol. Se vuelve a inclinar, lo contempla más de cerca, lo admira. ¿Qué alegría es comparable a aquella de la que se siente invadida? Pero poco a poco sus ojos se turban, como entristecidos por la sombra de un mal sueño. Sus labios se crispan en una amarga sonrisa, y, lentamente, lentamente, de cada uno de sus ojos cae una lágrima sobre el amante dormido. Piensa que, lamentablemente, llegará un día, sí, llegará puesto que la vida es así, un día que, a ese muchacho al que hoy adora, dejará de amarlo.

JEAN Y JEANNE

Después del Gran Premio, Jean y Jeanne se regocijan en esas escapadas primaverales. Mundanas aburridas de placeres sin cesar y de fiestas oficiales, ambas se evaden felices en una bonita mañana, en la bohemia florida y cantarina de la pradera y los bosques. Mientras el coche espera al otro lado de la cuneta que ambas franquean levantando sus faldas, resulta una bonita locura correr a través de la hierba, con los botines en el rocío, las flores del sombrero mezclándose con las flores de las ramas, llevar por ramos las gavanzas silvestres, y reír, siendo unas grandes damas, como chiquillas. Se produce un intercambio entre una naturaleza ingenua y las artificiosidades parisinas: en lugar del pachulí o del sándalo, el aroma sano de la verde vegetación perfuma los cuellos, las mejillas y las frentes, y un poco de seda, levantada por efectos de sus alientos, va a maquillar, más lejos, las pequeñas rosas blancas. Lo que sobre roto resulta encantador, después de esas carreras, es el almuerzo en la posada de siempre, ese albergue tan alegre en un giro del camino con su fachada de ladrillos rosas y su empalizada de rosas, con su cartel chillón donde está pintado un caballo blanco con las crines alborotadas. Ellas atraviesan, con los velos bajados, la ruidosa taberna, donde beben las gentes de la comarca, se instalan en la habitación del primer piso, arrojando muy aprisa los abrigos y los sombreros sobre la cama o sobre las sillas; y la gran tortilla con tocino, color dorado entre los cubiertos de estaño, transforma el apetito en alegría. Solas, de un humor de escolares de vacaciones, comen y beben, charlan y estallan en carcajadas, con una alegría absoluta, en unos platos resquebrajados sobre un basto mantel duro y vasos sin pie donde se ha vertido un vino agrio. Luego, si la cálida jornada no recomienda el regreso bajo un sol demasiado intenso, o si ellas se sienten cansadas del paseo matinal, con los labios todavía rosas de las fresas recién comidas, les invade ese sopor en los ojos que pide acostarse y dormir un poco sobre la gran cama dura cuya madera cruje tanto que las divierte, y al no poder dormir se cuentan cosas, mil historias, en voz baja, al oído, con sobresaltos de bonitas risas en un tierno abandono de confidencias. Pero la otra mañana, Jane y Jeanne discutieron en el momento de entrar en el albergue. ¿Respecto a qué? No lo sé. Lo que es cierto es que Jane, rencorosa, manifestó su resolución de no almorzar allí y regresar enseguida. En vano Jeanne reconoció sus errores, suplicando que no fuese tan mala. «¡No! ¡no! ¡Quiero irme! déjame.» Y, algunos minutos después, el coche las conducía a París. ¡Ah! ¡Qué triste estaba Jeanne! ¡Cómo echaba de menos la bella jornada, y la buena comida campera, y las queridas confidencias y las historias alegres sobre la cama que cruje al reír! Pero Jane, con una arruga de cólera en su frente, no parecía reparar en la pena de su amiga. Sin palabras le daba la espalada con aire enfadad, como una pequeña esposa que está enfurruñada. Tenía en su blusa una rosa cogida por la mañana, una rosa aterciopelada, muy abierta. La tomó, la respiró, desde un poco lejos al principio, desde más cerca después, durante un largo instante. El olor debía ser exquisito y dulcemente embriagador, pues Jane, ahora, – sin mirar a Jeanne, por desgracia – no tenía ya arrugas en la frente, tenía una sonrisa en los labios, una sonrisa que se abría como la rosa. Y ya no se ocupaba más que de la flor, entregándose por entero al encanto de aspirar en ella su alma aromática. Incluso, apoyaba su boca, con demasiada intensidad, besando y mordiendo los pétalos, buscando con los labios el corazón.- En un momento, hubieseis creído ver en ella a una gata que lame leche rosa: la punta de una pequeña lengua, en un ligero va y viene, acariciaba las felices hojas que se abrían cada vez más; y Jane, con una languidez bajo las pestañas, estaba tan perdida en la delicia de este himeneo de dos

flores que no veía o fingía no ver, allí, tan cerca de ella, a Jeanne, con los puños crispados y muy pálida, llorando lágrimas de celos.

EL MARIDO MEDIUM

No es al placer frívolo de los bailes, ni a las malsanas emociones de los naipes, a lo que se dedican los invitados del Sr. Duruflet. No, ese buen Sr. Duruflet, aunque fabricante de bronce, es un «espiritista», incluso un médium; ha leído los libros de Hume y los de Allan Kardec, ha tenido el honor de conocer a Jobard, de Bruselas, y la muerte de éste último no ha interrumpido sus relaciones amistosas; incluso puede decirse que las ha estrechado. Así pues, después de toda una hora, los amigos del Sr. Duruflet, serios burgueses y dignas burguesas, se encuentran sentados alrededor de una pesada mesa de un comedor, inmóviles, con las sienes arrugadas por la proyección de la voluntad, y la mano bien aferrada a la madera, – solo una mano, pues el Sr. Duruflet ha debido reconocer, tras una larga serie de experiencias, que las manifestaciones de los evocados son mucho más inmediatas y mucho más sobrecogedoras si cada evocador no aplica sobre la mesa más que los cinco dedos de su mano izquierda. Fueron la Sra. Duruflet y el Sr. Achille Bernard, un joven animoso muy ferviente, los primeros que hicieron esta observación, de dónde el médium dedujo una ley. Sin embargo, esta noche los espíritus tardan en revelar su presencia. En vano el Sr. Achille Bernard, sentado al lado de la Sra. Duruflet, se inclina hacia la mesa y habla en voz baja, con aire grave, como dando órdenes a unos invisibles esclavos: la madera todavía no ha crujido, ni siquiera estremecido. Algunas personas comienzan a disimular mal su aburrimiento; unos bostezan, otros se abandonan poco a poco a un sopor que va a derivar en ronquidos, cuando por fin el Sr. Duruflet exclama:

– ¡He sentido algo!

– Yo también – dice el Sr. Achille Bernard.

– Yo también – dice la Sra. Duruflet.

Entonces, el médium, de pie, sacudiendo sus cabellos:

– Amigos míos, vais a asistir a unas manifestaciones completamente sorprendentes, y que, permitidme vanagloriarme de ello, jamás habían sido obtenidos en anteriores experiencias. Los espíritus que me obedecen no se limitan a manifestarse mediante golpes o el levantamientos de los pies de la mesa; no, se materializan, – sin dejar, es cierto, de ser invisibles, – y se hacen tangibles tocando no solamente objetos inanimados sino a seres inteligentes. Pero en definitiva, las palabras son vanas: los hechos os convencerán.

Dicho esto, el Sr. Duruflet se vuelve hacia su esposa, una pequeña criatura, fresca, bonita, muy sonrosada, que pone de repente en los ojos un no sé que turbación de profetisa visitada por el dios.

– ¿Qué experimentas? – pregunta él.

– Con la mirada todavía más azorada e iluminándose, responde:

– Una mano se posa sobre mi pie.

El Sr. Duruflet observa a los asistentes en círculo, con aire de triunfo.

Luego, dirigiéndose a su esposa:

– ¿Y ahora?

– La mano sube a lo largo de mi pierna.

– Bien.

– Se detiene, me aprieta la pantorrilla.

– Bien.

– Me toca la rodilla. Me parece que unos dedos desabrochan mi liga.

– Muy bien.

La Sra. Duruglet, con fuegos artificiales en los ojos y roja hasta las orejas, no dice nada.

El médium respeta ese silencio durante un instante; pero no tarda en preguntar:

–¿Y ahora?

–No siento nada.

–Es extraño – dice el buen Sr. Duruflet, un poco decepcionado por la interrupción del prodigio. – Pero – añade paseando su mirada por los invitados, – les aseguro que la última vez, – pregunten a la Sra. Duruflet, – ¡el espíritu no se detuvo ahí!

EL JURAMENTO DE ALAETTE

La baronesa Alaette ha formulado un gran juramento. Hoy mismo, a partir de medianoche, dejará de ser la mundana alocada que ha sido durante tres años. Ni bailes, ni paseos a caballo por las avenidas de los Poteaux. Olvidará las direcciones de los modistas famosos. Las coqueterías, los flirteos, «¿qué es eso?» se preguntará; y si ve pasar a una de sus antiguas amigas con el rostro demasiado blanco y los rizos demasiado rubios, dirá: «¡así que es verdad que se pone polvos de arroz y se tiñe los cabellos!» Incluso cerrará su puerta al pobre Aurélien, –¡oh! la cara que pondrá! – y ya no le volverá a abrir jamás esa puerta. Pues a partir de ahora pretende ser la más irreprochable de las esposas. Optará por vestidos negros muy subidos y el corazón apaciguado bajo el modesto vestido. Una mujer de su casa. Se ocupará de su hogar, comprobará las cuentas de la cocinera. No sabe hacer postres, pues bien, ¡aprenderá! En cuanto a la causa de esta decisión, no debéis buscarla en alguna depresión tras un cotillón mal llevado, ni en algún despecho por haber sido menos bonita que la Señora de Soïnoff o que la marquesa de Portalègre en el último baile de la condesa Amedine. De entrada la más bonita siempre es ella. No, si se resigna con nobleza a una vida de sacrificios, es porque se ha visto turbada hasta el fondo de su conciencia por los reproches de su confesor. No hay que decir que ya estaba en el camino de la perdición. Todavía algunas extravagancias podían contribuir a su salvación. El buen sacerdote le dijo: «¡Vuestro ángel de la guarda ya está abriendo una de sus alas blancas para abandonaros para siempre!» Cerradla, dulce ángel; no tendréis que sonrojaros más por los vestidos escotados, donde el frescor de los senos, como sorbetes de nieve, se ofrece en la doble media copa del corsé; y no escucharéis más a Aurelien decir palabras culpables, arrodillado y gesticulando. ¿Pero por qué fijar ese instante?: ¿a media noche? ¿Por qué esa demora por corta que sea? porque la mundana arrepentida tiene necesidad de algunos instantes, – son las once de la noche, – para desprenderse y alejar de ella los queridos y peligrosos recuerdos de su vida anterior. Se pone a ello animosamente. En el cajón de un mueble japonés están dispersas unas cartas. Aurelien escribía con tanta ternura. No no relee las cartas, las rompe, las prende en la vela y las arroja envueltas en llamas a la chimenea. Los antiguos amores generan poco humo. Extrae de un joyero de sándalo un pequeño ramillete de violetas marchitas, se acuerda del día de verano, en el campo y de la pequeña muchacha en harapos que vendía flores en la calle del pueblo, y que dijo, al irse: «Es de los que se besaban bajo los árboles, antes.» Le aflora en las pestañas una lágrima, que cae sobre el ramo... Se enjuaga la lágrima, muy rápido, y sobre las cartas que todavía arden, otras reliquias siguen a las violetas marchitas a las llamas. Se apresura. ¡Es necesario a que medianoche todo haya acabado! Después de la medianoche – según su juramento – se sumirá en la austeridad, en la tranquilidad, en el deber. Pero hete aquí que se abre la puerta, alguien entra, alguien que Luisette ha dejado pasar por costumbre. «¡Aurelien! vos: en este momento! ¡Oh! partid, iros, os lo pido» Por desgracia el no escucha, o finge no escuchar. Se arrodilla, gesticula y dice palabras culpables que hacen desplegar el ala del ángel de la guarda. Ella no quiere escuchar, lo rechaza con firmeza al principio, con un poco de languidez después. Sin embargo es débil. Ya sus brazos cuelgan sin fuerzas, y su cabeza se deja caer con los cabellos despeinados, sobre la espaldera del sofá bajo. «¡Vamos! puesto que lo exigís, ¡cruel!» Luego, tras una ojeada al reloj de péndulo, dice: «Da lo mismo, habéis tenido suerte de llegar pronto, pues, os aseguro que un cuarto de hora más tarde ¡ya no sería posible!»

EL TIMBRE

–¿Qué le vamos a hacer? Una no es perfecta.

–Por desgracia, no – dijo Lo.

– ¿Pero qué haces en ese caso?– dijo Jo.

Zo explicó:

–Yo tengo un defecto especialmente desagradable, incluso para mí misma, y para muchos otros. Nunca he podido evitar una timidez que sobrepasa todo lo imaginable. Porque tengo el aire más impertinente que un gorro de paje, y que miro a las personas de frente con un desafío chulesco, tal vez os imagináis que soy absolutamente audaz y decidida. ¡Ah! queridas, es un gran error. Al comienzo de mis aventuras, no digo que no, he sido alguna vez descarada y no me asustaba por un pie que busca mi botín, o, al bailar, por una mirada que se desliza demasiado baja entre los bordados de mi corsé; incluso en este último caso, a veces me inclinaba, no por casualidad, ¡mucho más de lo que era necesario! Hace falta acelerar las situaciones, ¿verdad? puesto que hoy en día los hombres no derriban más que las puertas entreabiertas. Pero es en el momento supremo en el que nuestro aprensiones absolutamente extraordinarias, y os confieso, sonrojándome, que a ciertas horas me invade un pudor inconcebible.

–¡Eh! ¡eh! – dijo Lo, – no hay nada malo en eso.

–¡Al contrario! – dijo Jo; – me inclino a creer que tales reticencias deben parecer muy graciosas a las personas que tienen alguna delicadeza.

–¡Sin duda! ¡sin duda! y todo estaría bien si mi pavor se mantuviese en sus justos límites. Por desgracia no es así. Incluso cuando no pido otra cosa que ser vencida, la cercanía de la derrota me inspira un horrible espanto. Intento razonar, intento decirme: «Al fin y al cabo, Zo, ¡no es la primera vez!» No lo consigo. Me eludo, huyo, llamo, quisiera que me tragara la tierra; imaginaos a una monjita en el saqueo de un convento; y si el ataque continúa, – algunas veces cesa, ¡los hombres son tan tontos!– a fe mía, tanto peor, aún a riesgo de no volver a encontrar jamás la ocasión perdida, salto hacia la chimenea y agito con fuerza el cordón del timbre.

–Me sorprendes, – dijo Lo.

–¡Oh! ¿por qué el timbre? – dijo Jo. – La doncella acudirá y eso sería desconcertante, un escándalo...

–¿Qué queréis? Es más fuerte que yo. Y me conozco tan bien que estoy segura de lo que sucederá, puesto que me he visto obligada a poner por todo el apartamento timbres sin sonido.

EL REGIMIENTO DE ROSALINDA

Ella se encontraba en el palco principesco, en el Covent-Garden, inclinándose, levantando la cabeza con aire de sacudir la pluma de un sombrero, siempre oscilante, y siempre riendo, sonrosada, un poco gorda, cabellos cortos, con maneras de joven muchacho altivo, con el mando y la locura en la mirada, imperiosa y traviesa. «Es la princesa Josefa de Ringsfeld, en visita a la Corte de Londres, me dijo el poeta inglés sentado en una butaca a mi lado, pero se le llama Su Alteza Rosalinda porque se viste de jinete como las señoritas aventureras de Shakespeare o de Fletcher, y porque sería muy capaz de seguir en el bosque de las Ardenas, al hijo más joven de sir Roland de los Bosques. Niña mimada de un viejo duque de Alemania que reina en un país lleno de pájaros y rosas, ha puesto en su ducado, semejante a un bosque mágico, su poder al servicio de su locura. Inventó festejos y juegos que se parten de risa en las narices del antiguo protocolo; como vuestro d'Assouci era el emperador de lo burlesco, ella es el hada feliz de lo fantástico y lo bonito. El año pasado ha querido hacerse servir un pequeño ratón asado y trufado de pistachos sobre un inmenso plato que llevaban, caminando sobre sus rodillas, los doce chambelanes de su padre vestidos de cocineros; y todas las currucas del parque ducal, que un día hizo atrapar para que se les pusiesen cascabeles de oro al cuello, ahora cantan en los árboles con un acompañamiento de agudos sonidos. Pero la obra maestra de su capricho es el regimiento que ha creado. Un regimiento, no mercenarios huraños y bigotudos, sino jóvenes rubios, blancos, sonrosados, los más apuestos que ha podido encontrar, y vestidos de satenes estampados de todos los colores. Al verlos maniobrar desde lejos sobre la hierba en una palpitación de cintas, dan la impresión de un vuelo inmenso de pájaros tropicales que batiesen sus alas sobre el césped. Y la maniobra no tiene nada de marcial, pues, todos a la vez, a la orden de un coronel que es el más guapo de todos, recitan versos de amor, o tocan la guitarra, o recogen en la hierba margaritas que deshojan sonriendo, con una coordinación completamente admirable. Cada mañana, Su Alteza Rosalinda pasa revista al regimiento y se enfada si la seda de los trajes no tiene el pliegue gracioso que conviene, infligiendo castigos por un bucle en los cabellos mal peinado, y, con una bayeta de guata en una mano y una pata de liebre en la otra, pone un poco de rojo en la mejilla de aquellos que están demasiado pálidos, un poco de blanco perla en la frente de aquellos que son demasiado sonrosados. Cada joven, sin embargo, cuando ella pasa ante él, suspira con voz desfalleciente: «Os amo», enviándole con la punta de sus dedos, el deseo de sus labios; y una vez pasada la revista, si su Alteza Rosalinda ha quedado contenta, besa al coronel en la boca, para testimoniar su satisfacción con el regimiento extasiado.»

LA OCASIÓN

Esta noche, él saliendo de su salita de estar y ella de su tocador, el conde y la condesa de Marciac se encontraron atravesando el salón. Hacía ocho días, tal vez más, que no se habían visto. ¿Acaso no tienen tiempo de verse, marido y mujer? tienen tantos asuntos placenteros que atender cada uno por su lado; tantos deberes a los que no se pueden sustraer. ¿Están separados por las noches porque que es necesario que la señora vaya al baile y que el señor vaya al círculo? ¿No están juntos durante el día porque que el señor está con su agente de bolsa y la señora con su modisto? Se miraron sonriendo; él, en traje negro, a causa de una fiesta en casa de Anatoline Meyer, con sus cuadros vivos después de cenar; ella, en traje de baile, con la piel tan blanca apenas maquillada, a causa de un picnic nocturno con música, en casa de la señora Morison, de la colonia americana. Ella lo encontraba muy apuesto, él la encontraba muy hermosa. «¡Buenas noches, André! – ¡Buenas noches, Lucienne!» Se volvieron a mirar con placer; estaban contentos de encontrarse cara a cara; se tendieron la mano. No hablaban, pero se hubiese dicho que tenían algo que decirse. ¿En qué pensaban? Se acordaban tal vez de que no hacía mucho tiempo que estaban casado. Qué felices habían sido al principio. ¡Oh! entonces si que sabían bien el medio de estar juntos; ella no iba al baile, él no iba al círculo. Las dulces veladas, aquí, en el salón, ante el fuego, bajo la luz amortiguada de la lámpara, mientras el té humeaba en las tazas de porcelana china. ¿Habían pasado para siempre esos felices tiempos que sonreían en su memoria? ¿Pasado? ¿Por qué? ¿Es que no se podía volver a encender la buena lámpara íntima? ¿Es que, esa misma noche, súbitamente, no se podían sentar en esos sillones, ante la chimenea, y tomarse de las manos hablando en voz baja, y llamar al servicio para que sirviese el té? Al fin y al cabo no sería muy divertida, – siempre lo mismo, – la fiesta en casa de Anatoline, con los cuadros vivos; ¡y esas muchachas son tan tontas! En cuanto al picnic en casa de la señora Morison, en realidad nada tentador; siempre la misma música y el mismo flirteo. Qué encantador sería quedarse ambos en casa y amarse como antes. Seguían mirándose con ternura; sus manos no se habían separado; poco les faltaba para saltarse al cuello... Pero, veamos ¿qué les ocurría? ¿Es que estaban locos? ¿Cómo concebir semejantes ideas? Tuvieron un pequeño sobresalto riendo, como unas personas que se despiertan de un sueño absurdo, salieron del salón, bajaron la escalera, codo con codo, en una banal conversación, y, habiéndose separado en la puerta, «Buenas noches, conde – buenas noches, condesa. » subieron en sus coches para irse cada uno hacia su tedio, sin ni siquiera lamentar la ocasión perdida.

LA POBREZA DEL LENGUAJE

Zo regresa de Italia. Le gusta viajar y se va lejos, ¡de túnel en túnel! «Querida Zo, dice Lo, ¿es cierto que los italianos son unos Romeos notables, y la dulzura de sus besos es más intensa en efecto bajo los limoneros en flor?» Pero Lo no insiste para obtener informaciones de esa naturaleza. En ciertos casos, nada puede suplir la experiencia personal; desde hace tiempo ha proyectado ir algún día a Nápoles o Venecia, para asegurarse si más sol alumbra más amor. Lo que sobre todo le interesa, mientras espera, es saber las palabras italianas indispensables para los diálogos amorosos, y Zo, que no ha dejado de adquirir al respecto una considerable erudición, no le gustaría otra cosa que compartir su ciencia. Así pues, todas las mañanas, después del almuerzo con champán, se imparten unas encantadoras lecciones. Como se dice: te amo, en italiano, pregunta Lo, y Zo se lo dice. Al cabo de algunos días, la alumna sabe pronunciar las misteriosas y queridas frases; se ha aplicado y ha adquirido un gran dominio del idioma; no teme ser sorprendida si un día va a Italia. «¡Te seré fiel hasta la muerte!. Te quiero más que a mi propia existencia! ¡Dime que no me olvidarás nunca!» conoce de maravilla esas diversas locuciones, y es con una sorprendente memoria como ha retenido todas las exclamaciones que confiesan, con sonrojo, todas las ternuras posibles, y todos los balbuceos que permiten las supremas audacias. – todas las formas del consentimiento. ¡Cuántas veces Zo ha debido consentir parar conocer tan bien, en lo concerniente a esos casos especiales, las finuras de la lengua toscana! Pero de repente adopta un aire muy penoso. Lo acaba de turbarla con una pregunta realmente inesperada. «Querida, cómo se dice en italiano: ¡No quiero!» Zo permanece pensativa, se rasca la oreja, no responde al principio y acaba por confesar: «A decir verdad, no lo sé.» Y añade que además debe ser una locución poco conocida, ¡completamente inusitada! y Lo exclama, rompiendo a reír: « Bueno, ¡entonces cómo en francés! »

LA BUENA SIRVIENTA

Estaban dándose el primer beso, – el primero de esa noche, – cuando la doncella empujó la puerta exclamando:

–¡Todo está perdido! Ha llegado el señor que regresa del círculo. Sube por la escalera. Vamos, ¿comprendéis?

Espanto, pavor, las prendas recogidas apresuradamente sobre la cama, sobre la mesa, sobre las sillas.

El único medio de salvación era la huida del amante por la escalera de servicio. Pero, ¿podría estar dispuesto, en estado de partir, antes de la llegada del inoportuno, cuyos pasos siempre más cercanos, sonaban sobre los escalones?

–¿Louisette?

–¿Señora?

–Vete a la antesala y, a cualquier precio detén a mi marido.

–¿A cualquier precio?

–Es necesario.

–Bien señora – dijo la devota sirvienta.

Y, muy rápidamente, retiró su blusa, su falda y su corsé. Era blanca y sonrosada, con hombros rellenos; la punta de los senos elevaba la tela de la camisa.

–¿Estás loca? ¿Qué haces?

Louisette desató el cordón de su camisa; se veía abombarse la nieve dura del pecho; luego, saliendo de allí muy aprisa:

–Ahora no os deis prisa, ¡yo me ocupo de todo!– dijo.

EL ABEJORRO

–¡No! – me dijo – no es la fatalidad lo que me persigue. He visto desvanecerse en la quiebra de ese banquero español, la mayor parte de mi fortuna; se me ha negado la mano de una joven a la que adoraba; amistades queridas y poderosas se han alejado de mí; he perdido mi plaza en el ministerio del Exterior, y, el último golpe, acabo de recibir la orden de partir para una isla casi desconocida para los geógrafos donde seré cónsul de Francia en una tribu de antropófagos; pero no es al encarnizamiento de la mala suerte a lo que debo estos desastres. ¡No tengo por enemiga a la suerte, sino a una mujer! Y vos la conocéis. La Señora de Lurcy-Sévi. Fue ella, muy involucrada en los medios financieros, quién precipitó la ruina del banquero español porque yo tenía fondos en su banco; ella me ha calumniado en la casa del excelente hombre que iba a ser mi suegro; me ha perjudicado ante mis protectores y ante el propio ministro, ella en fin, es quién me envía entre los salvajes de la más espantosa de las islas Fidji.

–He aquí – dije yo – una persona cruel.

–Cruel conmigo solamente. Muy dulce para los demás. ¿No habéis oído hablar de su infatigable caridad? Ninguna sube más a menudo que ella la escalera de los áticos donde se llora; reza en la cabecera de los enfermos con asiduidad de devota que hace aflorar lágrimas en los ojos conmovidos. Y, más difícil aún, a la caridad cristiana añade la indulgencia mundana. Contra las que hablan mal de ella a causa de su perfecta belleza, nunca ha puesto esa media sonrisa que promete burlas, ni la frase repentina y mordiente; e incluso no desearía la más cruel de las muertes a su mejor amiga, si ésta le hubiese robado la idea de un vestido nuevo o la invención de un sombrero.

–¿Entonces vos habéis merecido su odio por alguna injuria muy grave?

–¡Ruego al cielo que la hubiese injuriado! Me habría perdonado. Lo que ha pasado entre nosotros es más irremediable que el más espantoso ultraje. Una mujer puede no vengarse de la traición, de una palabra brutal, del desprecio incluso, pero hay cosas que están situadas más allá de su misericordia. ¿Os diré la verdad? ¿Me atreveré a contarla? ¡Oh! si hablo os estremeceríais, y os sorprenderíais de que el odio de mi enemiga no se haya satisfecho mediante persecuciones más despiadadas aún. Escuchad. Hace tres años yo amaba a la Señora de Lurcy-Sévi, y tenía la dicha de ser correspondido. Sí, tan exquisita, parecida a un sueño, ella había querido entregarse a mí. Podéis adivinar que horas agradables, cuando ella se dignaba a acudir a mi apartamento de soltero por las noches, con todas sus gracias y todos sus perfumes de mujer joven, – ¡un ramo de flores arrojado en un quemador de perfumes! Solamente una cosa me entristecía: aunque su marido estuviese ausente en esa época, yo nunca había podido lograr que ella permaneciese en mi casa hasta el día siguiente, que se durmiese dulcemente cansada entre mis brazos. Siempre, hacia medianoche, con el vestido puesto a toda prisa y el sombrero del que casi ni se tomaba la molestia de anudar los lazos, el mayordomo iba a buscar un coche a esta orden: «Aprisa.» Una vez, sin embargo, un poco adormilada por las caricias más prolongadas, ella se retrasó, con la cabeza sobre la almohada en sus cabellos despeinados, y yo tuve la delicia de ver apagarse lentamente, bajo las largas pestañas, los queridos ojos que tanto había besado. Que deliciosa estaba así, y como emanaba de ella, de su juventud, de su frescor rosa y blanco, ese olor de flores que se cierran a medias en la oscuridad. Pero de repente, un sonido ronco, con estertores, prolongado, – espantoso. Y era de sus labios, ¡de sus labios! de donde procedía ese ruido. ¡Oh! no había la menor duda posible. ¡La señora de Lurcy-Sévi roncaba! ¿Hice un movimiento de sorpresa? ¿Había despertado por los ruidos de su respiración? Lo que es cierto es que abrió los ojos en un sobresalto, exclamando: «¡Me he dormido!»,

me miró a la cara y ¡comprendió! Sí, supo que yo la había oído roncar. Es inútil añadir que se levantó, se visitó y salió, después de algunas palabras apenas. ¡Se había acabado! No la volví a ver. Es natural que tenga que servir de alimento a los negros famélicos, puesto que yo sé que la boca dormida de la señora de Lurcy-Sévi es una rosa sin duda, pero una rosa con un abejorro en su interior.

ZO VICTORIOSA

¡Ha ganado la apuesta, ha triunfado! Y con un bonito aire de orgullo y el labio un poco retraído, mira a la pequeña Jo y a la pequeña Lo. ¿Qué podrían objetar? ¿Acaso las cosan no habían pasado como se había convenido? ¿La lucha no ha sido leal? ¿El mismo Ludovic, – tras la triple prueba,– no ha manifestado, con una ruda franqueza, que Jo es encantadora, que Lo es adorable, pero que ni la una ni la otra podrían ser igualadas, desde el más dulce punto de vista, a la incomparable Zo? Se ha de convenir que semejante derrota tiene que humillar a personas un poco preocupadas por su honor. Jo tiene un aspecto descontento de un espadachín tocado en pleno pecho cinco veces seguidas, y Lo parece una gata atrapada que quien se le hubiese puesto vinagre en su cuenco de leche.

En fin, una dando patadas y la otra poniéndose a caminar por la habitación con una cólera que ganas daban de golpear las paredes.

–¿Cómo has hecho eso? – dijo Jo. – ¿Mediante qué ardidés, mediante que sortilegios has conquistado las preferencias de Ludovic? Pues en verdad nosotras somos bonitas las tres, más o menos iguales, e imagino que tú no te atreverás a pretender que tus ojos saben encontrar miradas más turbadoras que las nuestras, o que hay en tus labios un sabor perfumado que no está sobre los nuestros. ¡Ah! ese Ludovic es un ingrato. Para ganar la apuesta, he puesto en juego todas las simpatías y ternuras así como las emociones mejor representadas. Fingiendo languideces e ingenuidades también, le he dicho: «Te amo», como si en efecto lo hubiese amado, con un aire más convencido incluso; mi abandono ha tenido el pudor amable de no parecer premeditado, y el vencedor ha podido añadir a las delicias de su victoria la dicha de no deberla más que a la sinceridad de mi entrega.

–¡Sí! ¿Cómo lo has conseguido? – dijo Lo a su vez, más furiosa todavía. – Yo, para que Ludovic me juzgase más atractiva y más preciosas que ninguna otra, no he olvidado nada. He sido socarrona, culpable, deliciosamente diabólica. Las fotografías de los enamorados de antes, sobre la chimenea, parecían tomar un aire celoso, los espejos no sabían que pensar. Cortar un cabello en cuatro partes es un juego fácil, pero, con una sola caricia, hacer mil caricias completamente diferentes las unas de las otras y siempre más exquisitas, es un arte que no pertenece más que a un pequeño número de personas y no se ignora que yo soy una experta. Esta vez, me he superado a mí misma! Y era con la conciencia de haber sido sorprendente como esperaba, segura de haber merecido el premio, el juicio de Ludovic.

Sin embargo Zo las dejaba hablar, en el orgullo de las victorias bien logradas; esperaca con paciencia que acabasen de habar para preguntar, sonriendo:

–¿Tenéis muchas ganas de saber lo que me ha hecho ganar la apuesta?

–¡Sí! – dijo Jo.

–¡Sí! – dijo Lo.

–¡Pues bien! sabedlo.

Y, tomándolas por la cintura e inclinándose hacia sus oídos casi juntos, Zo les habló en voz baja. ¿Qué palabras pronunció? Lo que es cierto es que Jo hizo una mueca sorprendentemente asustada y Lo exclamó con un serio tono de reproche:

–¡Ah! fí, Zo, ¡eso no es un juego!

LA SARTEN DE FREIR

Según personas bien informadas, – y con relación a este asunto no faltan, – la cama de la Señora de Soïnoff difiere esencialmente de un frío y austero camastro. Habría más bien alguna semejanza, a causa de los besos intensos, de los cosquilleos cantarines y de los bruscos sobresaltos, con una parrilla de san Lorenzo sobre la cual no sería penoso estar acostado. Eso es al menos lo que dan a entender los amigos de la princesa, delgada y siempre deslumbrante como un sarmiento en llamas, eso es lo que cuentan sus amigas también, amigas no de su mundo, aprendices en una tienda de novedades o del Conservatorio, que venidas para tomar el té por la tarde, algunas veces no se van porque serían reprendidas en la casa si regresasen después de media noche, Y la señora de Soïnoff no penetra más que tras una extraña ceremonia en esa cama semejante a un agradable infierno. Cuando ha humedecido con perfumes su frágil cuerpo desnudo donde las gotas de esencia se secan rápidamente, se introduce completamente en un largo baúl de madera exótica que está casi lleno de polvos de arroz y de polvos de iris; allí se reboza, girando, dando vuelta, como un pájaro sin plumas en la dulce polvareda; y permanece largo rato; vuelve a girar con encarnizamiento, tanto que al final, salida del baúl está tan blanca, desde el pulgar del pie a la raíz de los cabellos, como la cara de Pierrot; y entonces, si alguien le pregunta por qué se acomoda de esa guisa, «es por la misma razón, dice saltando a la cama, que hay que rebozar al pescado con harina antes de freírlo en la sartén !»

LA FLECHA

A causa de la tormentosa tarde, las ventanas permanecían abiertas, pero las cortinas de seda japonesa, apenas transparente, habían sido bajadas por un celoso pudor en la habitación donde Louissette arreglaba por la noche a la condesa de Orizolles. La doncella no tenía nada de desagradable: bajita, bien llenita, con unas curvas que llenaban por todas partes el vestido, por mejillas dos mitades de manzana, una naricita gruesa que ríe y respinga, como para ir a jugar bajo las cintas del gorro con los rizos desordenados. «¡Yo me conformaría con ella!» Pero la condesa, alta y blanca bajo la avalancha negra de sus cabellos despeinados, era en verdad la más bella mujer que jamás hubiese cambiado una camisa ante un espejo; cuando incluso se hubiese moldeado sobre la bombeada firmeza de su seno una copa de un metal mil veces más precioso que el oro, conteniéndolo, sabedlo, ¡ésta no hubiese valido su contenido! Cuando la camisa, levantada en su totalidad por Louissette, iba a deslizarse a lo largo de la piel gruesa y lisa, se produjo un ruido de seda que se desgarró, y una flecha, tras haber apartado la cortina, cayó sobre la alfombra. ¡Una flecha! ¿de dónde procedía? ¿quién la había lanzado? ¡Una flecha en París, en la calle Castiglione, en el tercer piso, como en las soledades forestales alrededor de una tienda de Pielas Rojas! Louissette observó que un papel se unía mediante un hilo al proyectil. «¡Una carta, señora!» Y la carta estaba preparada para que a la sorpresa inicial, sucediese la cólera. «¡Soy el vecino de enfrente! Tengo veinticinco años, estoy destinado a morir de la enfermedad contraria a la anemia, y en esta velada ardiente, oh la persona más bella del mundo, ¡estoy solo!, mientras vos dejáis caer uno a uno todos los velos ante el encantado espejo. Reconoceréis que en este estado de cosas, la caridad más común os ordena una elección inmediata entre estas dos líneas de conducta: cerrar las ventanas o abrir la puerta.» ¡Podéis creer que en un abrir y cerrar de ojos, contras, ventanas, cortinas, todo fue herméticamente cerrado! Y la condesa no por ello dejó de estar alarmada. Le daba la impresión de que la mirada del insolente vecino estaba fijada sobre ella a través de las maderas y las telas. Por fin, calmada poco a poco, se deslizó en la cama, furtiva, todavía con miedo a ser vista, cuando Louissette exclamó: «¡Esta flecha es muy hermosa! se diría que es de oro, con diamantes, rubís y perlas.» En efecto, un precioso y raro objeto que había debido tintinear en el carcaj de alguna cazadora hindú, favorita de un maharajá. Esto complicaba la situación. Era imposible conservar un instante más un objeto de un valor tan considerable. «¡Louissette!, ¡hija mía! tienes que ir enseguida al domicilio de ese caballero de enfrente. – Sí señora. – Le entregarás su flecha diciéndole que si se le ocurre poner los pies en mi casa, lo pondré de patitas en la calle por mis sirvientes. – No dejaré de decírselo y de regreso contaré a la señora la cara que habrá puesto. – Como quiera, ¡ve aprisa!» Si Louissette fue rápido, hay que creer que regresó mucho más lentamente, pues una hora había transcurrido cuando reapareció en la habitación. «¿Me explicaréis vuestra conducta, señorita?», dijo la condesa roja de cólera. ¿De dónde venís? ¿dónde habéis pasado el tiempo? ¡Eh! Dios mío, añadió, ¿qué significa ese gorro sobre la oreja, esos cabellos despeinados, y ese cuello, señorita, que no se sujeta ya a nada? – ¡Hi! ¡hi! ¡hi!, sollozó Louissette buscando con el dedo en la esquina de su ojos una lágrima que no hubiese dejado de enjuagar enrojando. Comete un error regañándome. ¡No fue mi culpa! yo no quería. Pero ese caballero estaba tan seguro de sí, parecía tan al corriente de las intenciones de la señora... Por lo demás, he aquí una nota que ha escrito para la señora condesa. La nueva carta decía: «Os doy las gracias, ¡oh, misericordiosa vecina! pues Louissette es más bonita que todo lo que no

sois vos; e incluso yo ya no os desearía, – puesto que ya no estaba solo, – si hubieseis vuelto a abrir las ventanas»

EL ALMUERZO DE ZO

Pues bien, sí, ¿por qué no? ¿qué hay de malo? Zo ha invitado a almorzar a la pequeña Lila Biscuit. Algunas palabras sobre una tarjeta de visita, con un gran ramo, y Lila Biscuit, que estaba haciendo su cambio para la segunda escena, respondió al conserje del teatro, rompiendo a reír: «Está bien, dígame que iré.» Zo hace una fiesta de ese almuerzo. ¡Oh! ella no disimula en absoluto que se ha atrevido a una locura bastante comprometida. Pues al fin y al cabo, conviene conservar una cierta medida, y hay personas que no se podrían ver en la intimidad. Se puede ser irreprochable y haber cometido, aquí y allá, algunas imprudencias que no siempre permanecen secretas; es un mal menor, cuando una es una mujer casada, – con un auténtico marido que vive en Ruán – relacionarse con una actriz que nunca ha oído hablar del matrimonio más que en el tercer acto de las operetas. ¡Bah! una vez no hace costumbre. Una no está en la tierra para aburrirse a todas horas. Esta Lila Biscuit es tan bonita y divertida, con sus rizos desordenados cayéndole sobre los ojos; y su risa de granada agujereada, que muestra todos los dientes. Hay que escucharla cantar el cuplé del Balancín, en las Novedades. Esa canción es muy casta, pero cuando ella la canta... ¡Ah! ¡la picarona! Las palabras no dicen nada, pero la boca lo dice todo. Qué divertido será charlar con esa boca. Zo está absolutamente decidida: después del champán se hará contar todas las historias locas de entre bambalinas; si es divertido enseñar todas las noches a todo el público sus piernas y su pecho; y los amantes, aquellos a los que se ama, a aquellos a los que no se ama; y lo demás, y todo, otras cosas aún. Nada más alegre que encanallarse un poco, solo un poquito! Desde la mañana, Zo ha dado permiso a su doncella, – nunca se debe una comprometer ante el servicio, – y es ella misma quién dispone, sobre el velador chino, las ostras, el asado de agachadizas de Córcega, los cangrejos a la pimienta, y las dos botellas de champán, cuyos corchos saltarán con un ruidos que dice: «¡Qué divertido!» Y por supuesto, no ha olvidado vestirse del modo más bonito del mundo; nada complicado: un camisón sobre un falda rosada y sobre un corsé rosa; como una camisa sobre la piel. Con algunas personas resulta de buen gusto no atenerse al protocolo. La relajación de la conducta se acomoda un poco al descamisado de la vestimenta. Una no debe vestirse para recibir a una diva del teatro como se vestiría para recibir a una embajadora. Zo siempre ha tenido una buena intuición para las conveniencias. Al final todo está listo. Arroja una última mirada a la mesa donde brillan los vasos de Venecia, sobre el buen fuego que crepita y ríe en el cobre de los morillos, sobre las cortinas a medio bajar como párpados de ojos discretos, y sobre las dos ninfas de barro, tan encantadoras, que ella ha colocado – un capricho, no sabe por qué – sobre un zócalo de ébano incrustado de estaño. ¡Suena el timbre! Es Lila Biscuit. Zo corre a la puerta y la abre muy aprisa. ¡Pero os habrías reído de buena gana si hubieseis visto la cara que puso! Desde luego era Lila Biscuit, pero Lila Biscuit vestida de gentleman, con un sombrero negro sobre la rizada peluca, el falso cuello subido hasta las mejillas y el bastón en la mano. «¡Ah! bien, no, entonces!» Y Zo, tras haber cerrado la puerta en las narices del visitante, regresa a la salita donde almuerza sola, dando golpes de rabia con el pie, mientras las ninfas de barro, tan encantadoras, parecen burlarse sobre su zócalo de ébano incrustado de estaño.

LA MUÑECA

Completamente sonrojada de cólera, – ¡ah! el bonito maquillaje sobre sus mejillas, – la marquesa Raimunda desgarraba con dientes y uñas el pañuelo que se levantaba el vuelo en pequeñas alas de encajes-

–Sí, querida, él me engaña, no puedo dudarle, es indigno. Le he ofrecido todo mi cariño, he hecho todos los sacrificios; le gustaba que yo fuese demasiado escotada al baile o a la Ópera: se han cosido a mis corsés bordillos de dos dedos, como a los de las colegialas. He llegado a olvidar mis obligaciones hasta llegar a no ir a las carreras de Longechamps, para recibirle en mi casa a él solo. En definitiva, su esclava. Y me engaña. ¿Conoces a esa rusa, Wanda Pétrowna, una extravagante, ni siquiera bonita, alta y flaca como un listón, y plana, – una perca del Néva – que se viste bien, eso es cierto, y que tiene en las orejas, en el cuello, en los dedos, por todas partes, todos los diamantes de la tierra? Me engaña con ella, imagínate. Estoy rabiosa. ¿Qué viene ella a hacer aquí? ¿Acaso vamos nosotras a Petersburgo a flirtear con los amigos de sus maridos?

–¡Pobre Raimunda! – dijo la baronesa Gilberta, con condolencia.

–¡Oh! ¡no me compadezcas! pues pienso vengarme.

–¿De él?

– Por desgracia aún amo todavía a ese ingrato.

–¿De ella, entonces?

–Terriblemente. ¿Recuerdas lo que habían urdido para hacer sufrir a sus rivales las princesas enamoradas de antaño, bajo el reinado de Carlos VIII o el de Luis XIII, no lo sé exactamente. En aquella época más o menos. Está en Dumas. Ellas tomaban unas figuras de cera a quiénes daban los nombres detestados, y cada día, como lo explica Eliphaz Levi, – ¡soy muy conocedora de estas cuestiones!– « les infligían torturas imaginarias para alcanzar y atormentar por simpatía a aquellas que las figuras representaban. »

–¿Y bien?

–Pues bien, ¡haré lo que ellas hacían! He comprado una muñeca, casi una mujercita, vestida por Worth, peinada por Anaïs Martin; le dado, con maldiciones, el nombre de Wanda Pétrowna; y me vengo.

–¿Estás segura de que tu rival experimenta en efecto el daño al que sometes a su imagen, que le sucede todo lo que le sucede a la otra?

–Muy segura. Mi sonámbula lo afirma categóricamente. La imagen de Wanda es la propia Wanda.

–Me asustas. Se que eres celosa. ¿Debes morder a la muñeca en el rostro, después de haberla abofeteado, dislocarle los brazos y las piernas hasta rompérselas, apretarle el cuello hasta el estrangulamiento, hundirle alfileres en los pechos, tal vez envenenados?

–No – dijo la marquesa Raimunda – esas serían venganzas muy suaves.

Y añadió, con la risa odiosa de todos sus pequeños dientes, con el aspecto de un salvaje que baila sobre el cadáver de su enemigo:

–Todas las mañanas le pongo vestidos de india estampados de flores, cortados por una costurera a diario, sombreros comprados de paso en Saumon, y unos aros en la oreja de falso coral que encantan a mi doncella.

EL AMANTE BRUTAL

La virtuosa muchacha se resistía muy concienzudamente a ese brutal enamorado. Con una mano sobre la boca, por temor al beso demasiado próximo, – temor no es horror, – y la otra mano en los botones de la blusa, pedía por favor con bonitos suspiros asustados, con pequeñas súplicas poco perceptibles a causa de los dedos que interceptaban el sonido; señora, hay que elegir: ser besada o no ser escuchada. El rudo seductor, digno de todas las censuras, no se dejaba desanimar por esa hurañía infantil. En una ocasión ella logró escapar el amenazador abrazo. Por desgracia, fue precisamente en la dirección de un diván donde él la volvió a abrazar de inmediato. El desenlace de la batalla, a partir de ese momento, no tenía absolutamente nada de dudoso. En vano ella quería defender, de corchete en corchete, de nudo en nudo, todo el misterioso tesoro de su frágil cuerpo ingenuo; tenía en el cuello, en los cabellos, en las orejas unos alientos que la embriagaban, la enloquecían, hacían cerrarse, con latidos, sus párpados y relajar sus brazos con lasas languideces. De modo que, al igual que las ninfas del Oaristys que llamaban a Diana en su ayuda en las altas hierbas de los prados, ella se vio reducida al recurso supremo, muy utilizado en semejante situación, gritando: «¡Mamá!» Pero ese grito donde se refugian las últimas esperanzas de las inocencias, no pareció producir más que una impresión bastante mediocre sobre el implacable amante. Y, tras un largo silencio, con el cinismo completamente condenable en un hombre seguro de sí mismo, éste dijo: «¡Mamá!, en efecto, es probable.»

LAS DOS VÍCTIMAS

–¿Y si os equivocáis? – dijo ella.

–Os mataré a los dos, ¡a ti y a tu amante!– dijo él.

–¡Oh! ¡qué feroz corazón! Por lo que respecta al amante que yo pueda tener, concibo que sería lamentable perdonarlo; y, matándolo no os hubieseis equivocado en absoluto. ¿Pero realmente sentiríais el espantoso valor de asesinar a aquella que tanto amáis, hacerme daño a mí, tan pequeña y dulce y que siempre os sonrío con la boca y los ojos?

–No sería demasiado un doble asesinato para vengar un tan abominable ultraje.

–¿Cómo? ¡dos víctimas! dos víctimas sangrientas, horribles, con la cabeza destrozada por las balas o el pecho abierto por la espada, ¿eso es lo que haríais?

–Sí, – dijo él – ¡dos cadáveres!

–¡Ah! – dijo ella, con un escalofrío que hizo temblar los pequeños cabellos de su nuca.

Luego, habiendo reflexionado, comentó:

– Será entonces prudente, si nunca os he engañado, que en lugar de un amante tome dos.

Él la miraba espantado.

–¡Eh! sí, – dijo ella rompiendo a reír, – ¡de ese modo os saldrán las cuentas sin que a mí me cueste nada!

EL APARTAMENTO INHABITABLE

–¿Cómo? – dijo Lo, – ¿Te mudas?

Jo respondió:

–Me mudo.

–¡Eso es una gran locura! ¿Dónde encontrarás este apartamento estrecho, bonito, íntimo y dispuesto a propósito para las visitas furtivas que se deslizan en la salita sin pasar por el salón, y tan hábilmente dispuestas sus puertas que, en caso de sorpresa, la retirada es siempre posible por el corredor que lleva a la escalera de servicio? Además, abandonar un domicilio, es abandonar también todos los queridos recuerdos de la vida que en él se han vivido. ¿Es que no echarás de menos la ventana desde donde tantas veces has mirado venir a Gontran, Gaston o Ludovic? ¡Eh!, querida, ¡y si no viniesen cuando tú vigilaras desde otra ventana! Cuantas dichas han anidado en cada rincón; no podrás llevar contigo las felicidades si abandonas el nido. ¿Podrás pensar sin pena que un canapé banal usurpará el lugar de tu diván, todo de seda y encajes arrugados, donde te dejas hacer mil locuras? Se dice que las paredes oyen; tal ven tengan bocas; ¿y si las de tu habitación se dedicasen a repetir a los nuevos inquilinos las cosas que tantas veces han escuchado? Pequeña Jo, hay que tener cuidado con la reputación. Por lo que a mi respecta, yo no abandonaré sin inquietud el apartamento donde tantas veces he retirado mi corsé ante el espejo enmarcado en madera exótica, – ¡ni sin algunos celos! pues al fin y al cabo, los amores de antes son una especie de espectros; y ellos podrían, alguna noche, llevados por la costumbre y engañados por los seres acostumbrados, a tomar por mi cama la de alguna antigua burguesa dormida bajo sus papillotes.

Durante este discurso Jo se había vuelto muy seria. Ni un movimiento, ella, que era tan vivaracha de ordinario y que no podía mantenerse quieta. ¡Extraordinariamente seria! Hubieseis dicho que se parecía a un pequeño conejo golpeando un tambor que dejase de repente de golpear el instrumento.

–Por desgracia, – suspiró ella, – ya he pensado en eso, y en muchas otras cosas. Pero qué le vamos a hacer, querida, hay que buscar una razón, y es cierto que ya no puedo vivir más aquí.

–¿Por qué?

–Escucha. De entrada debo confesar que tengo una costumbre completamente inocente, pero a la que me sería imposible renunciar.

–¿A causa de su inocencia? – dijo Lo.

–Evidentemente – dijo Jo. – Me han contado, no sé quién ni cuando, que una ilustre emperatriz romana tenía por costumbre al día siguiente de sus primeras complacencias hacia un apuesto caballero de la corte o hacia algún joven esclavo galo, conservar preciosamente bajo las telas y las mantas de su cama el vestido con el que ella había resistido tan mal. Un ejemplo de emperatriz no podría ser malo a seguir: yo jamás dejo, cuando me despierto por la mañana, de meter entre el somier y el colchón la camisa de cada primera noche de amor.

–¡He aquí lo que nunca me podría imaginar! – dijo Lo. – De modo que te duermes sobre las delicias pasadas, sobre las más dulces, puesto que fueron las de los primeros abandonos; tienes una cama amueblada de recuerdos; y, cuando el azar de nuestras debilidades nos inclina a nuevos desfallecimientos, debe ser algo bastante picante superponer, al pasado, el presente, de amar sobre los antiguos amores. Pero, en verdad, pequeña Jo, no veo en absoluto del todo que relación puede haber con tu mudanza.

–¡Eh! – dijo Jo – una relación muy estrecha. Vas a comprenderlo de inmediato. Hace un año que vivo aquí, y mi dormitorio es tan bajo de techo que pronto no podría

poner la cabeza sobre la almohada sin engancharme los cabellos o rascarme la nariz con el yeso de la cornisa.

ENSAYO GENERAL

Aquellos que han leído el libro de Charles Darwin, titulado: «La expresión de las emociones en el hombre y los animales», juzgarán perfectamente conforme a las leyes naturales que el Sr. de Cléguerec, apenas entrado en la salita de su esposa, haya temblado de pies a cabeza, abierto la boca y los ojos desmesuradamente y llevado sus dos brazos encima de su cabeza! Pues, en realidad, el espectáculo que se presentaba ante sus ojos estaba perfectamente combinado para provocar la sorpresa en un marido sin desconfianza que regresa decentemente a su domicilio a la hora de la cena: acostada sobre una piel de león, y con todos sus cabellos desperdigados, semejando las crines de un animal salvaje, Anne de Cléguerec, en una pose de delicioso abandono, sonreía, lánguidamente, y rodeaba el cuello del Sr. de Puyroche arrodillado, con brazos cariñosos que no quieren que éste se vaya.

–¡Por todos los diablos! – proclamó el marido.

Pero Anne de Cléguerec, como no habiendo escuchado esta brutal frase, y en absoluta turbada, dijo sin un movimiento:

–Realmente, señor, no podría haber llegado más oportunamente.

–¡Oportunamente!

El marido dio un paso, con la bilis en la mirada, enseñando los puños.

–¡Bien! ¡bien! ¡perfectamente!– dijo ella. – Únicamente, acercaos un poco más. Adelantad la pierna derecha. Mis felicitaciones, señor, tenéis un aspecto muy amenazador y salvaje.

Confundido por tanta impudicia, él permanecía inmóvil.

–Sin embargo, – continuó ella – no hay suficiente desorden en vuestros cabellos, en vuestra barba. Sería necesario que tuvieseis el aspecto de un desaliñado por la cólera. No importa, os felicito de todos modos.

–¡Señora!

–No me gustan mucho los puños; eso es vulgar, carece de grandeza épica. ¡Ah! esta silla que está a vuestro alcance, empuñadla y levantadla en el aire como una temible maza.

–¡Señora!

Él había, en efecto, tomado la silla y la mantenía levantada, terriblemente sobre la cabeza de los culpables.

–Esta vez, no hay nada que reprochar. Actitud y expresión, todo es admirable. Vos tenéis de un modo absoluto el aspecto de Vulcano, como nosotros parecemos, el Sr. Puyroche y yo, Marte y Venus; y veréis que con los trajes y bajo la luz eléctrica, este cuadro vivo nos hará el más grande honor la semana próxima en casa de la Sra. de Soïnoff. ¡Ah! Habéis hecho bien en venir a ensayar con nosotros.

–¡Soy un idiota! – pensó el marido, encantado, sentándose sobre la silla que había sido una maza, – ¡había olvidado los cuadros vivos!

Luego en voz baja:

–Sí, no estará mal. Sin embargo – ¿no os molestaréis por esta franqueza? – ¡me da la impresión de que el Sr. de Puyroche no tiene el aire suficientemente extasiado para un dios que tiene en sus brazos a una diosa tan bella como vos, señora!

BAJO LA CAMA

¡Sí! ¡bajo la cama! como una gata perseguida, ella se había metido bajo la cama y allí había permanecido hasta la mañana, con la cabeza contra el zócalo, temiendo dejar ver sus talones rosados, entre la alfombra que pica y la madera que araña, y porque estaba en camisa, se encontraba más incómoda aún que el caballero de Faublas sobresaltándose bajo el sofá a cada ruido de un beso.

–¡Eh! Dios mío, mi pequeña Zo, – le dije yo – ¿qué es lo que te había obligado a elegir tal escondite, y que hacías debajo, tú que estás tan encantadora encima?

–¡Es toda una historia! – dijo Zo. Imagínese que saliendo del teatro, Jo y yo habíamos tenido la idea de ir a cenar a casa de Lo. ¡Una persona precavida, la pequeña Lo! Siempre tiene un velador chino con unos platos de Saxe, una perdiz fría y un cuenco de cangrejos, a causa de los posibles desvelos. ¡Ah! la bonita cena; un vino que pone la locura en los ojos; y mil conversaciones. En camisón se inclina a beber con los brazos desnudos. Es como un tentempié después del baño antes de ponerse el corsé. Jo tiene un modo de sazonar los cangrejos que hace partirnos de risa. Figúrese, ¿es que no podemos divertirnos entre amigas? Cuando hay hombres no es tan divertido, porque se tiene cuidado con lo que se dice y lo que se hace. Yo, al principio, usted sabe, lo tenía! Pero, entre nosotras es diferente, no hay nada malo en dejarse ir un poco, ¿verdad? A las tres de la madrugada habíamos acabado de reír y de contar historias, – ¡ésta Jo, qué loca! – y era demasiado tarde para regresar a nuestra casa; luego el vino que se sube a la cabeza, y a las piernas también. ¡Bah! la cama era bastante grande. ¿Usted conoce la cama de Lo? ¿No? Es extraordinario. Muy grande, con el edredón que se mueve y encajes por todas partes. No tardamos mucho en desvestrinos, se lo aseguro, y usted pensará que estábamos de buen humor, saltando sobre las sábanas como chiquillas; ¡Jo hacía un montón de bromas! Creo que no hubiese dormido nunca si no hubiese tenido los párpados un poco pesados a causa del buen vino. ¡Pero hete aquí otra historia! Apenas habíamos cerrado los ojos cuando se oyó un ruido de pasos en la antesala, en el salón. «Ay!, dijo Lo, es Ludovic! ¡es necesario que una de vosotras se oculte! – Sí, sí, dijo Jo, ocúltate tú, Zo!» ¡Muy bien! pero ¿dónde? Salté de la cama. Ningún rincón, excepto la puerta del salón por la que Ludovic iba a entrar. ¿Los armarios? llenos de vestidos. ¿El cuarto de baño? Tal vez él entrase allí. Entonces me puse a cuatro patas, me extendí y me deslice, y Ludovic entraba en la habitación en el mismo instante en el que yo desaparecía bajo la cama.

–¡Pobre Zo! – dije yo. – ¿Pero por qué diantre tenias miedo?

Zo se puso muy seria.

–Señor – dijo – tengo el aspecto un poco loco, es posible. Pero en me preocupa mucha mi buen renombre y el de las personas que estimo.

–¿Y bien?

–Pues bien, – dijo Zo – las personas, de un tiempo acá, hacen ver tales mojigaterías y Ludovic, por su parte, tiene unos principios tan austeros que si me hubiese encontrado junto a mis dos amigas ¡habría sido capaz de mostrarse muy escandalizado!

LA PRIMAVERA EN SÍ

– Junio ilumina el cristal de su sonrisa dorada, y, hace un rato, sobre el balcón, una avispa libaba en la campanilla de un volúbilis. Ponte, sin corsé, el vestido que se desabrocha tan rápido y el bonito sombrero que tiene el aspecto de una boina arrugada y recogida al otro lado de los molinos. Pues es tiempo y hora, querida, de ir a los bosques.

–Nuestra habitación – dijo ella – donde merodean los recuerdos de los besos ente las colgaduras de seda pompadour, es tan perfumada y florida como el bosque de Meudon o de Ville d’Avray.

–Sí. Pero más allá de los claros, bajo el matorral que desaparece, el sueño, después del abrazo, es tan dulce sobre el musgo.

–El misterio de la alcoba, con su cálida ensoñación, no es menos propicio al descanso bien ganado.

–Sí. Pero la curruca de cabeza negra mezcla sus trinos ligeros con el rozamiento de las hojas soleadas.

–Mi voz, en la sombra de oro de mis cabellos, gorjea tan deliciosamente como las locas curruacas.

–Sí. Pero las gavanzas apenas abiertas son como ramos de jóvenes sonrisas al girar los senderos.

–A mi boca, que, incluso abierta, tiene el aspecto medio cerrado, pues es más pequeña que la rosa de los bosques, le gusta sonreír bajo tu beso.

–Sí. Pero, aquí, no veré la rama de los majuelos hincharse en matas de nieve aromática, inclinándose en los barrancos.

–La nieve de mis senos es más redonda y más balsámica que las matas de los majuelos.

–Sí, pero aquí, no puedo coger la bonita fresa madura, tan encantadora, y furtiva, y mojada de rocío, que apenas muestra su fina punta rosa bajo el enmarañamiento del fresal celoso.

–¡Ah! – dijo ella enrojeciendo un poco – es que no sabes buscar.

Cuando era pequeño, me paseaba en cierta ocasión por un jardín y vi salir detrás de un rosal a una hada que estaba vestida de dragón. ¡Ah!, el apuesto dragón, tan encantador, tan bien formado, en todo punto semejante a la Señorita Virginie Déjazet en el papel de Gentil-Bernard. Habiendo visto representar esta obra en el teatro de Toulouse algunos días antes, pronto reconocí el uniforme de gala deslumbrador, y el torneado de los muslos bajo los pantys bien tensos, dentro de las altas botas que caminan haciendo un ruido de espuelas y sables. El dragón tenía en el brazo una damita muy grande, de nariz respingona, y muy alborotada; llevaba también una bolsa de escudos en la cintura, – sin duda el precio de su enrolamiento, – y a un lado de la boca una pipa que fumaba. «Soy un hada que te quiere bien, dijo el dragón; y, puesto que ya eres mayor, vengo a ofrecerte la elección entre las únicas cosas que valen la pena ser deseadas sobre la tierra. ¿Quieres el amor? toma la damita, tiene el pecho hermoso y no tiene el corazón falso. ¿Quieres la riqueza? toma mi bolsa, está llena de bonitos escudos de oro. En cuanto a mi pipa, sin duda no te gusta demasiado. – En eso estáis equivocada, señora hada, o señor dragón, respondí yo, tras haber mirado no sin alguna concupiscencia a la bella muchacha de la blusa que se desperezaba, y no sin alguna codicia luciendo el metal a través de las mallas de la bolsa. –¿Cómo? ¿Es la pipa lo que eliges? – No, no la pipa, dije yo levantando los ojos, ¡sino el humo que sale de ella, y que asciende! » Fue desde ese día como yo prefiero, a todo lo que existe, a todo lo que no es, y que, siempre fingiendo escuchar lo que Jo y Lo dicen a su amiga Zo, yo persigo con tanto amor las queridas y vanas bellezas vanas del pensamiento y del ideal y a las diáfanas nubes en el horizonte, que son el sueño y el humo, muy lejano.

INDICE

Jo y Lo	3
La caseta encantada	4
La prescripción	6
El coche volcado.....	7
La lección de sor Perla.....	8
El sentimiento de las conveniencias	10
El juicio de las rosas	11
Conciliábulo	12
El Amor trapero	13
Segura de sí misma.....	14
La bofetada perdonada.....	15
El querido perfume	16
El amor a la gloria	17
La impertinente.....	19
La inesperada flor	20
El gran viaje.....	21
La hábil afrenta.....	22
El comienzo de todo	24
Zo prudente.....	26
Julietta en los infiernos	27
Zo perspicaz.....	30
Lecturas nocturnas.....	32
La caridad recompensada	33
Bajo el bigote.....	34
La prueba	35
La buena enfermedad.....	37
Fidelidad al juramento	38
La tarjeta de visita.....	39
Preludios en menor	40
Idilio	41
El vendedor de felicidad	42
Los dos ramos.....	43
El cigarrillo rosa	45
La buena nota.....	47
La reina Coelia.....	48
Pudor.....	49
El expreso	50
En las cenizas.....	52
Bodas bohemias.....	53
Los pantys falsos	54
El amante egoísta.....	56
El lis de oro.....	57
La buena bailarina	58
El rompedor de rubís	59
La lección de canto	60
Zo cazadora.....	61

La teta de Venus	63
Las piernas decentes	64
La reliquia.....	66
El largo túnel	67
El futuro.....	69
Jean y Jeanne	70
El marido médium	72
El juramento de Alaette	74
El timbre	75
El regimiento de Rosalinda.....	76
La ocasión.....	77
La pobreza del lenguaje.....	78
La buena sirvienta.....	79
El abejorro	80
Zo victoriosa.....	82
La sartén de freír.....	83
La flecha	84
El almuerzo de Zo.....	86
La muñeca.....	87
El amante brutal.....	88
Las dos víctimas	89
El apartamento inhabitable	90
Ensayo general.....	92
Bajo la cama	93
La primavera en sí	94